Módulo 1

# Introducción a la Fe, Historia de la Salvación






Diplomado para Catequistas

# INDICE

# Sesión 1
# El hombre es capaz de conocer a Dios

**Esquema de la lección**

I. Introducción.
II. La persona humana es naturalmente “un ser religioso”.
III. El hombre puede conocer a Dios con la sola razón.
IV. El conocimiento natural del hombre tiene sus dificultades.
V. Síntesis conclusiva:

**Profundiza tu fe**

Desde su nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios, por eso la razón más alta de su dignidad consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios.

**Catecismo**

La búsqueda de Dios exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscarlo. CEC 27-38

**Cuerpo doctrinal**

**I. Introducción.**

Los ateos o más bien los no practicantes afirman que buscar a Dios es un fanatismo trasnochado e inútil. Esta no es una actitud nueva. El salmista comentaba: el impío menosprecia a Dios (Sal 10,3) y si no se atreve a negar explícitamente su existencia (Sal 10,4; 14,1; 53,2), de hecho vive como si Dios no existiera, tanto que según la imagen antropomórfica del salmista “se asoma Yahvé desde los cielos hacia los hijos de Adán para ver si hay un sensato, alguien que busque a Dios” (Sal 14, 2); pero como “están en la etapa productiva de la vida” tienen prioridades más inmediatas. Ya llegará la vejez para filosofar. Pero Dios, sigue ahí esperando a quienes lo quieren encontrar.

**II. La persona humana es naturalmente “un ser religioso”**

Es un hecho, sociológicamente comprobado que a lo largo de la historia, los hombres de todos los tiempos y culturas han buscado a Dios por medio de sus creencias y sus comportamientos religiosos.

El hombre es por naturaleza y por vocación un ser religioso, sensible a lo sobrenatural, de tal forma que viniendo de Dios y llamado hacia Dios, no lleva una vida plenamente humana si no vive libremente su vínculo con Dios (Cfr. CEC n. 44).

San Agustín, quien ha entendido que vivir en comunión con Dios es la plenitud de la dicha, lo expresa así: "*Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, no habrá ya para mí penas ni pruebas, y mi vida, toda llena de ti, será plena*" (Conf. 10, 28, 39; Cfr. CEC, n. 45).

El hombre que no quiere ser religioso, lo es precisamente por esa voluntad de no serlo. Puede huir delante de Dios, pero no le es posible esquivarlo»[1]. Por lo demás, bajo una forma u otra, después de las negaciones más desfiguradas, el hombre vuelve siempre a la adoración; ésta es, al mismo tiempo que su deber esencial, la necesidad más profunda de su ser. Dios es el polo que no cesa de atraer al hombre e incluso aquellos que creen negarlo, a pesar de sí mismos, dan aun testimonio de Él, refiriendo, según palabras del gran Orígenes, «a cualquier cosa antes que a Dios, su indestructible noción de Dios»[2].

El hombre puede alcanzar la certeza de la existencia de Dios, causa y fin de todo, gracias a la luz natural de la razón humana (Cfr. DS 3026), cuando escucha el mensaje de las criaturas y la voz de su conciencia (Cfr. CEC n. 46).

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar. Otra vez san Agustín: *'Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti'.* (Cfr. CEC n. 27)

De múltiples maneras, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medios de sus creencias y sus comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.).

A pesar de las ambigüedades que pueden entrañar, estas formas de expresión son tan universales que se puede llamar al hombre un ser religioso: (Cfr. CEC 28)

'Él creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de

[1] Cf. G. VAN DER LEEUW: *L' homme primitif et la religion, étude anthropologique* (Alcan, 1940), págs. 167-168 y 94-195.
[2] Cf. HENRI DE LUBAC: El origen de la Religión,

nosotros; pues en él vivimos, nos movemos y existimos' (Hech. 17, 26-28; Epiménides de Cnosos; poeta y filosofo griego, vivió en Creta durante el siglo VI, a. C.)

Por lo anterior, podemos concluir que si Dios mismo puso en el corazón del hombre el deseo de buscarlo este puede satisfacer de un modo natural el deseo de su corazón de encontrar a su Creador.

**III. El hombre puede conocer a Dios con la sola razón.**

La fe en un Dios que se revela, encuentra también un apoyo *en los razonamientos de nuestra inteligencia.* Cuando reflexionamos, constatamos que no faltan las *pruebas de la existencia de Dios* elaboradas bajo forma de demostraciones filosóficas, de acuerdo con la concatenación de una lógica rigurosa. Pero, pueden revestir también una forma más sencilla accesible a todo hombre que trata de comprender lo que significa el mundo que lo rodea.

Cuando hablamos de pruebas de la existencia de Dios, no nos referimos a pruebas científicas de laboratorio. Las pruebas científicas valen sólo para las cosas perceptibles por los sentidos, puesto que sólo sobre éstas pueden ejercitarse los instrumentos de investigación y de verificación de que se sirve la ciencia. Pretender una prueba científica de Dios, significaría *rebajar a Dios al rango de los seres de nuestro mundo,* y por tanto equivocarse ya metodológicamente sobre aquello que Dios es.

Creado a imagen de Dios, llamado a conocerlo y amarlo, el hombre lo puede descubrir siguiendo ciertas 'pistas, o huellas' que lo conducen a Él.

Estas 'pistas' para encontrar a Dios están en la creación; en el mundo material y en la persona humana. No hay que ir tan lejos, mundo material es un ramo de flores y persona humana, cada uno de nosotros.

- ***El mundo material:*** A partir del movimiento del universo y del devenir, se puede llega a la acción creadora y conservadora de Dios invisible porque su poder y su divinidad se dejan ver a la inteligencia a través de sus obras (Cfr. Rm. 1, 19-20; Hech. 14, 15.17; 17, 27-28; Sab. 13, 1-9; Sal 19,1-4)).

- ***El hombre*****,** con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha se interroga sobre la existencia de Dios. En esta apertura percibe signos de su alma espiritual, y que la 'semilla de eternidad que lleva en sí, no es resultado de la materia' (Cfr. Const. Gaudium et spes 18; 14), su alma espiritual, no puede tener origen más que en Dios espiritual (Cfr. CEC 33).

- ***La razón*** nos dice que ni siquiera la *vida vegetativa* de una planta y menos la *vida sensitiva* de los animales, y muchísimo menos la *vida intelectiva* del hombre, han podido brotar de la materia, porque nadie da lo que no tiene; y como la materia carece de vida, no puede darla, o ¿ya le pedimos peras al olmo, y en el cubilete le apostamos al 7? Los dados no tienen número 7, ni la materia vida.

  «*Yo no sé cómo fuisteis formados en mi seno* -decía a sus hijos la madre de los Macabeos-*, porque ni yo os di el alma y la vida ni fue tampoco la que coordiné vuestros miembros, sino el Creador del universo, que es el que formó al hombre en su origen y el que dio principio a todas las cosas*» (2 Mac. 7, 22).

El mundo y el hombre atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su principio ni su fin último, sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin. Así, por estas diversas 'vías', el hombre puede acceder al conocimiento de la existencia de una realidad que es la causa primera y el fin último de todo, 'y que llaman Dios' (S. Tomás de A. S. Th., 1, 2, 3). (CEC n.34)

"La santa Iglesia, nuestra madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas" (Cc. Vaticano I: DS 3004; Cfr. 3026; Cc. Vaticano II, DV 6). Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios. El hombre tiene esta capacidad porque ha sido creado "a imagen de Dios" (Cfr. Gn 1,26). CEC 36

Ya antes Santo Tomas de Aquino había expuesto la demostración racional de la existencia de Dios, en su famosas cinco 'vías'[3].

Se les llama también 'pruebas de la existencia de Dios', en el sentido de 'argumentos convergentes y convincentes' que permiten llegar a verdaderas certezas.

Las vías que demuestran la existencia de Dios utilizan o se basan en su proceso demostrativo en el principio de causalidad.

**PRINCIPIO DE CAUSALIDAD: No** hay efecto sin causa, o bien, todo ser que comienza a existir tiene una causa de si.

[3] Cf. Suma de teología (I, q. 2 a.3) y en la Suma contra los gentiles (I, 13).

**Primera Vía: El movimiento**

**Formulación:** El movimiento del universo exige un Primer Motor inmóvil, que es precisamente Dios.

Basta abrir los ojos para contemplar el movimiento por todas partes. Todo movimiento supone un motor; pero como no se puede suponer una *serie infinita* de motores que se comuniquen el movimiento unos a otros, puesto que *un número infinito es imposible,* hay que llegar necesariamente a un ser primero que comunique el movimiento sin haberlo recibido; hay que llegar a un *primer motor inmóvil.* A este motor originante de todo movimiento los creyentes le llamamos Dios.

**Segunda Vía: La Causalidad Eficiente.**

**Formulación**: Las causas eficientes segundas requieren necesariamente la existencia de una Primera Causa eficiente no dependiente, a la que llamamos Dios'

Precisemos:

- Se entiende por *'causa eficiente'* la que, al actuar produce un efecto distinto de sí misma.

- Se entiende por *'causa eficiente segunda'* la que ha sido hecha por otra causa eficiente anterior. En este sentido, son causas segundas todas las del universo, dependientes de la *'Primera Causa Incausada'*

'Las *ciencias físicas y naturales* nos enseñan que hubo un tiempo en que no existía ningún ser viviente sobre la tierra. ¿De dónde, pues, ha salido la vida que ahora existe en ella: la vida de las plantas, la vida de los animales, la vida de los hombres?

Después de los experimentos concluyentes de Pasteur, ya no hay quien defienda la *hipótesis de la generación espontánea;* la verdadera ciencia establece que nunca un *ser viviente nace sin germen vital, semilla, huevo o renuevo,* proveniente de otro ser viviente de la misma especie.

Por tanto en el origen del primer viviente de cada especie, no se puede remontar de generación en generación hasta el infinito, habrá que llegar a un primer creador, que es Dios, *causa primera de todas las cosas.*

**Tercera Vía: La Contingencia de los seres.**

**Formulación**: La contingencia de las cosas del mundo nos lleva con toda certeza al conocimiento de la existencia de un Ser Necesario que existe por sí mismo, al que llámanos Dios.

Precisemos:

- *Ser contingente* es aquel que existe, pero podría no existir. O también, aquel que comenzó a existir y dejará de existir algún día.

- *Ser necesario* es aquel que existe por si mismo y no puede dejar de existir; teniendo la existencia por sí mismo, ha existido siempre y no dejará jamás de existir. Y es necesario para que existan los demás seres.

No todos los seres son meramente posibles o contingentes, sino que forzosamente ha de hacer entre los seres alguno que sea necesario. Pero una de dos: este ser necesario o tiene la razón de su necesidad en sí mismo o no la tiene.

Si su necesidad depende de otro, como es posible admitir una serie indefinida de cosas necesarias cuya necesidad dependa de otras -según hemos visto al tratar de las causas eficientes-, es forzoso llegar a un Ser que exista necesariamente *por sí mismo*, o sea, que no tenga fuera de si la causa de su existencia necesaria, sino que sea causa de la necesidad de los demás. Y a este Ser absolutamente necesario le llamamos Dios'.

*El Ser necesario es infinitamente perfecto.* Por el mero hecho de existir en virtud de su propia esencia o naturaleza, lo cual supone el conjunto de todas las perfecciones posibles y en grado supremo.

- *No hay más que un Ser necesario.* El Ser necesario es infinito; y dos infinitos no pueden existir al mismo tiempo. Sería una contradicción.

- *El Ser necesario es eterno.* Si no hubiera existido siempre, o si tuviera que dejar de existir, evidentemente no existiría en virtud de su propia naturaleza.

- *El Ser necesario es absolutamente inmutable.* Pero el Ser necesario no puede adquirir nada, porque posee todas las perfecciones; y no puede perder nada, porque la simple posibilidad de perder algo es incompatible con su suprema perfección.

- *El Ser necesario es absolutamente independiente.* Porque no necesita de nadie, se basta perfectamente a sí mismo, ya que es el Ser que existe por sí mismo.

- *El Ser necesario es un espíritu.* El Ser necesario tiene que ser forzosamente espíritu, no cuerpo o materia. Porque, si fuera *corporal*, sería limitado en su ser, como todos los cuerpos. Si fuera *material* sería divisible y no sería infinito. Tampoco sería *infinitamente perfecto*, porque la materia no puede ser el principio de la inteligencia y de la vida, que están mil veces por encima de ella.

Ahora bien: estos y otros caracteres que la simple razón natural descubre sin esfuerzo y con toda certeza en el ser necesario coinciden absolutamente con los atributos divinos. Luego el ser necesario es Dios.

**Cuarta Vía: Los Distintos grados de perfección**

**Formulación**: Los distintos grados de perfección que se encuentran en los seres creados, suponen la existencia de uno que sea la perfección misma y el origen de todas las perfecciones.

Partiendo del hecho experimental completamente cierto y evidente -la existencia de diversos grados de perfección en los seres-, la razón natural se remonta a la necesidad de un ser perfectísimo que tenga la perfección en grado máximo, o sea que la tenga *por su propia esencia y naturaleza, sin haberla recibido de nadie,* y que sea, por lo mismo, la causa o manantial de todas las perfecciones que encontramos en grados muy diversos en todos los demás seres.

A modo de ejemplo: Cualquier maestro de matemáticas explica que hay *"quebrados"* y fracciones porque antes hay un entero.

**Quinta Vía: La Finalidad y Orden del universo**

'La quinta vía se toma del gobierno del mundo. Vemos, en efecto, que cosas que carecen de conocimiento, como los cuerpos naturales, *obran por un fin,* lo que se comprueba observando que siempre, o la mayor parte de las veces, obran de la misma manera para conseguir lo que más les conviene; de donde se deduce que no van a su fin por casualidad, sino obrando intencionalmente.

Ahora bien: es evidente que lo que carece de conocimiento no tiende a un fin si no lo dirige alguien que entienda y conozca, como el arquero dispara la flecha hacia el blanco. Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios'.

**Conclusión**: Tomás de Aquino nos hubiera ahorrado dolores de cabeza si en lugar de tanta filosofía nos invita al boliche, ahí observaremos que: la bola derriba los pinos porque es puesta en movimiento por el brazo que la lanza sobre la duela. La bola no arranca sola. Alguien la puso en movimiento. Lo mismo ocurre en la creación, **Alguien** la puso en movimiento. De eso estamos seguros. Posteriormente ese **Alguien**, nos dirá quién es **El** y cómo se llama.

## IV. El conocimiento natural del hombre tiene sus dificultades.

Las facultades del hombre lo hacen capaz de conocer la existencia de un Dios personal. Pero para que el hombre pueda entrar en su intimidad, Dios ha querido revelarse al hombre y darle la gracia de poder acoger en la fe esa revelación en la fe. Sin embargo, las pruebas de la existencia de Dios pueden disponer a la fe y ayudar a ver que la fe no se opone a la razón humana (Cfr. CEC 35).

No podemos conocer y nombrar a Dios, sino a partir de las criaturas, y según nuestro modo humano limitado de conocer, pensar y expresar por lo que nuestro conocimiento no agota todo el misterio de Dios (Cfr. CEC 40). Ahora bien, la Iglesia enseña que el Dios único y verdadero, nuestro Creador y Señor, puede ser conocido con certeza por sus obras, gracias a la luz natural de la razón humana (Cfr. Cc. Vaticano I: DS 3026). (Cfr. CEC 47)

Hasta aquí las posibilidades, pero en la práctica el hombre experimenta dificultades para conocerlo con la sola razón natural, porque las verdades que se refieren a Dios y a los hombres sobrepasan absolutamente el orden de las cosas sensibles y cuando deben traducirse en actos y proyectarse en la vida exigen que el hombre se entregue y renuncie a sí mismo. Esto hace que muchos hombres se olviden de Dios, no lo quieran conocer e incluso lo rechacen.

Tales actitudes pueden tener orígenes muy diversos (Cfr. GS 19-21): la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o la indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas (Cfr. Mt 13,22), el mal ejemplo de los creyentes, las corrientes del pensamiento hostiles a la religión, y finalmente esa actitud del hombre pecador que, por miedo, se oculta de Dios (Cfr. Gn 3,8-10) y huye ante su llamada (Cfr. Jon 1,3). (Cfr. CEC 29)

## V. Síntesis conclusiva

Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (Cf. Ex 33, 18; Sal 27 [26], 8-9; 63 [62], 2-3; Jn 14, 8; 1 Jn 3, 2).

Podemos conocer a Dios a partir de las perfecciones de sus criaturas, "pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor" (Sb 13,5). (Cfr. CEC n. 41). La tierra y los cielos cuentan la gloria de Dios (Sal 19, 2).

**Lecturas complementarias**

*Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Dei Verbum, n. 6*

*6. Mediante la revelación divina quiso Dios manifestarse a Sí mismo y los eternos decretos de su voluntad acerca de la salvación de los hombres, "para comunicarles los bienes divinos, que superan totalmente la comprensión de la inteligencia humana".*

*Confiesa el Santo Concilio "que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con seguridad por la luz natural de la razón humana, partiendo de las criaturas"; pero enseña que hay que atribuir a Su revelación "el que todo lo divino que por su naturaleza no sea inaccesible a la razón humana lo pueden conocer todos fácilmente, con certeza y sin error alguno, incluso en la condición presente del género humano.*

*Juan Pablo II, Catequesis 20 de Marzo de 1985*

***El hombre puede llegar con la razón al conocimiento de Dios***

*1. En la anterior catequesis dijimos que la fe está condicionada por la Revelación y que ésta precede a la fe. Por consiguiente hemos de aclarar la noción de Revelación y verificar su realidad siguiendo la Constitución Dei Verbum del Concilio Vaticano II. Pero antes de esto, concentrémonos todavía un poco sobre el sujeto de la fe: sobre el hombre que dice "creo" respondiendo de este modo a Dios que "en su bondad y sabiduría" ha querido "revelarse al hombre".*

*Antes de pronunciar su "credo", el hombre posee ya algún concepto de Dios que obtiene con el esfuerzo de la propia inteligencia. Al tratar de la Revelación divina, la Constitución Dei Verbum recuerda este hecho con las palabras siguientes: «El Santo Sínodo profesa que el hombre "puede conocer ciertamente a Dios con la razón natural por medio de las cosas creadas" (cf. Rom 1, 20) (Dei Verbum, 6)».*

*El Vaticano II se remite aquí a la doctrina expuesta con amplitud por el Concilio anterior, el Vaticano I. Es la misma de toda la Tradición doctrinal de la Iglesia que hunde sus raíces en la Sagrada Escritura, en el Antiguo y Nuevo Testamento.*

*2. Un texto clásico sobre el tema de la posibilidad de conocer a Dios —en primer lugar su existencia— a partir de las cosas creadas, lo encontramos en la Carta de San Pablo a los Romanos: "... lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó; porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras. De manera que son inexcusables" (Rom 1, 19-21). Aquí el Apóstol tiene presentes a los hombres que "aprisionan la verdad con la injusticia" (Rom 1, 18). El pecado les impide dar la gloria debida a Dios, a quien todo hombre puede conocer. Puede conocer su existencia y también hasta un cierto grado su esencia, perfecciones y atributos. En cierto sentido Dios invisible "se hace visible en sus obras".*

*En el Antiguo Testamento, el libro de la Sabiduría proclama la misma doctrina del Apóstol sobre la posibilidad de llegar al conocimiento de la existencia de Dios a partir de las cosas creadas. La encontramos en un pasaje algo más extenso que conviene leer entero:*

*"Vanos son por naturaleza todos los hombres, en quienes hay desconocimiento de Dios, / y que a partir de los bienes visibles son incapaces de ver al que es, / ni por consideración de sus obras conocieron al artífice.*

*Sino que al fuego, al viento, al aire ligero, / o al círculo de los astros, o al agua impetuosa, / o a las lumbreras del cielo tomaron por dioses rectores del universo.*

*Pues si, seducidos por su hermosura, los tuvieron por dioses, / debieron conocer cuánto mejor es el Señor de ellos, / pues es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas.*

*Y si se admiraron del poder y de la fuerza, / debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su plasmador.*

*Pues en la grandeza y hermosura de las criaturas, / proporcionalmente puede contemplar a su Hacedor original.*

*Pero sobre éstos no cae tan grande reproche, / pues por ventura yerran/buscando realmente a Dios y queriendo hallarle.*

*Y ocupados en la investigación de sus obras, / a la vista de ellas se persuaden de la hermosura de lo que ven, aunque no son excusables.*

*Porque si pueden alcanzar tanta ciencia/ y son capaces de investigar el universo, / ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?" (Sab 13, 1-9).*

*El pensamiento principal de este pasaje lo encontramos también en la Carta de San Pablo a los Romanos (1, 18-21): Se puede conocer a Dios por sus criaturas; para el entendimiento humano el mundo visible constituye la base de la afirmación de la existencia del Creador invisible. El pasaje del libro de la Sabiduría es más amplio. En él polemiza el autor inspirado con el paganismo de su tiempo que atribuía a las criaturas una gloria divina. A la vez nos ofrece elementos de reflexión y juicio que pueden ser válidos en toda época, también en la nuestra. Habla del enorme esfuerzo realizado para conocer el universo visible. Habla asimismo de hombres que "buscan a Dios y quieren hallarle". Se pregunta por qué el saber humano que consigue "investigar el universo" no llega a conocer a su Señor. El autor del libro de la Sabiduría, al igual que San Pablo más adelante, ve en ello una cierta culpa. Pero convendrá volver de nuevo a este tema por separado.*

*Por ahora preguntémonos también nosotros esto: ¿Cómo es posible que el inmenso progreso en el conocimiento del universo (del macrocosmos y del microcosmos), de sus leyes y avatares, de sus estructuras y energías, no lleve a todos a reconocer al primer Principio sin el que el mundo no tiene explicación? Hemos de examinar las dificultades en que tropiezan no pocos hombres de hoy. Hagamos notar con gozo que, sin embargo, son muchos también hoy los científicos verdaderos que en su mismo saber científico encuentran un estímulo para la fe o, al menos, para inclinar la frente ante el misterio.*

*3. Siguiendo la Tradición que, como hemos dicho, tiene sus raíces en la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento, en el siglo XIX, durante el Concilio Vaticano I, la Iglesia recordó y confirmó esta doctrina sobre la posibilidad de que está dotado el entendimiento del hombre para conocer a Dios a partir de las criaturas. En nuestro siglo, el Concilio Vaticano II ha recordado de nuevo esta doctrina en el contexto de la Constitución sobre la Revelación divina (Dei Verbum ). Ello reviste suma importancia.*

*La Revelación divina constituye de hecho la base de la fe: del "creo" del hombre. Al mismo tiempo, los pasajes de la Sagrada Escritura en que está consignada esta Revelación, nos enseñan que el hombre es capaz de conocer a Dios con su sola razón, es capaz de una cierta "ciencia" sobre Dios, si bien de modo indirecto y no inmediato. Por tanto, al lado del "yo creo" se encuentra un cierto "yo sé". Este "yo sé " hace relación a la existencia de Dios e incluso a su esencia hasta un cierto grado. Este conocimiento intelectual de Dios se trata de modo sistemático en una ciencia llamada "teología natural", que tiene carácter filosófico y que surge en el terreno de la metafísica, o sea, de la filosofía del ser. Se concentra sobre el conocimiento de Dios en cuanto Causa primera y también en cuanto Fin último del universo.*

*4. Estos problemas y toda la amplia discusión filosófica vinculada a ellos, no pueden tratarse a fondo en el marco de una breve instrucción sobre las verdades de fe. Ni siquiera queremos ocuparnos con detenimiento de las "vías" que conducen a la mente humana en la búsqueda de Dios (las cinco "vías" de Santo Tomás de Aquino). Para nuestra catequesis de ahora es suficiente tener presente el hecho de que las fuentes del cristianismo hablan de la posibilidad de conocer racionalmente a Dios. Por ello y según la Iglesia todo nuestro pensar acerca de Dios sobre la base de la fe, tiene también carácter "racional" e "intelectivo". E incluso el ateísmo queda en el círculo de una cierta referencia al concepto de Dios. Pues si de hecho niega la existencia de Dios, debe saber ciertamente de Quién niega la existencia.*

*Claro está que el conocimiento mediante la fe es diferente del conocimiento puramente racional. Sin embargo, Dios no podía haberse revelado al hombre si éste no fuera ya capaz por naturaleza de conocer algo verdadero a su respecto. Por consiguiente, junto y más allá de un "yo sé", que es propio de la inteligencia del hombre, se sitúa un "yo creo", propio del cristiano: en efecto, con la fe el creyente tiene acceso, si bien sea en la oscuridad, al misterio de la vida íntima de Dios que se revela.*

***SAN AGUSTIN***
*Capítulo 1*
*Invocación*

*¡GRANDE sois, Señor, y muy digno de alabanza (Ps. 144,3); grande vuestro poder, e infinita vuestra sabiduría! (Ps. 146,5). ¡y os quiere alabar el hombre, alguna parte de vuestra creación: el hombre, que lleva por todas partes su mortalidad, que lleva por todas partes la marca de su pecado y el testimonio de que Vos resistís a los soberbios! (1) (Fac., 4,6). Con todo, quiere alabaros el hombre, alguna parte de vuestra creación. Vos le despertáis para que se deleite en alabaros; pues nos hicisteis para Vos, y nuestro corazón anda desasosegado hasta que descanse en Vos.*

*Dadme, Señor, a conocer y entender ¿qué es primero: invocaros, o alabaros?; ¿qué es primero: conoceros, o invocaros? Pero ¿quién os invocará si no os conoce? Pues no conociéndoos, podrá invocar una cosa por otra.*

*¿O es, más bien, que sois invocado para ser conocido? (2). Mas ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? Y ¿cómo creerán sin predicador? (Rom., 10,14). Y alabarán al Señor los que le buscan (Ps. 21,27). Porque los que le buscan le hallarán (Mt., 7,8), y hallándole, le alabarán.*

*¡Búsqueos yo, Señor, invocándoos; invóqueos yo creyendo en Vos; pues ya me habéis sido predicado! A Vos, Señor, invoca mi fe, la fe que me disteis, la que*

*me inspirasteis por la humanidad de vuestro Hijo, por el ministerio de vuestro predicador (3).*

*Que Dios está en el hombre y el hombre en Dios*

*Mas ¿cómo invocaré yo a mi Dios, a mi Dios y mi Señor? Porque, sin duda, cuando le invocare le llamaré para que venga a mí (4). Y ¿qué lugar hay en mí, a donde venga mi Dios a mí?, ¿a donde Dios venga a mí, el Dios que hizo el cielo y la tierra? (Gen., 1,1). ¿Es verdad que hay algo en mí, Señor Dios mío, donde Vos podáis caber? ¿Por ventura pueden conteneros los cielos y la tierra que hicisteis, y en que me hicisteis?*

*¿O será que, pues nada de lo que tiene ser existiría sin Vos, resulta que todo lo que existe os tiene dentro de sí? Pues teniendo yo ser, ¿por qué os suplico que vengáis a mí, pues no lo tendría si no estuvieseis en mí?*

*Todavía no estoy yo en el infierno; y aun allí estáis Vos; porque si descendiere al infierno, allí estáis (Ps. 138,8).*

*No sería yo, pues, Dios mío, absolutamente no sería yo, si Vos no estuvieseis en mí (5).*
*¿O será más bien que no existiría yo si no estuviese en Vos, de quien, por quien, y en quien tienen ser todas las cosas? (Rom., 11,36).*

*Así es también, Señor, así es también. Pues ¿adónde os llamo, si yo no estoy en Vos?, o ¿de dónde habéis de venir a mí? Porque ¿a qué lugar iré fuera del cielo y de la tierra, para que desde él venga a mí mi Dios, que dijo: Yo lleno cielo y tierra? (Jerem., 23,24)*

## AUTOEVALUACIÓN

1. ¿En qué consiste la razón más alta de la dignidad del hombre?

2. ¿La búsqueda de Dios es algo inmediato o requiere del esfuerzo personal?

3. ¿Cuál es el alcance existencial de esta afirmación?: "Sin el Creador la criatura se diluye" (Cfr Vaticano II, Gaudium et Spes n. 36)

4. Si el hombre es religioso por naturaleza y ha sido invitado a la comunión con Dios, ¿por qué hay quien olvida o rechaza esta unión íntima y vital?

5. Si Dios es inefable, incomprensible, invisible, inalcanzable, ¿cómo podemos hablar apropiadamente de Él?

6. ¿Nuestro conocimiento de Dios es analógico o metafórico?

7. ¿Las facultades humanas pueden descubrir la existencia de un Dios personal?

8. Según el CEC en las condiciones históricas en que vive el hombre, ¿Cuáles son los obstáculos que impiden a la razón usar eficazmente y con fruto su poder natural?

# Sesión 2
# Dios al encuentro del hombre en la revelación

**Esquema de la lección**

I. Introducción
II. El conocimiento natural de Dios.
III. El conocimiento de Dios por la fe
IV. ¿Cómo se revela Dios?
V. Características de la Revelación.
VI. Contenido de la Revelación.
VII. La existencia de Dios como objeto de fe.

**Profundiza tu fe**

Dios, revelándose da al hombre una respuesta a las grandes interrogantes que se plantea sobre el sentido y la finalidad de su vida. Dios enviando a su propio Hijo le comunica su propio Misterio. El Hijo es la Palabra definitiva del Padre, de manera que no habrá ya otra Revelación después de El.

**Catecismo**

Dios se comunica gradualmente al hombre, lo prepara por etapas para acoger la Revelación sobrenatural que hace de sí mismo y que culminará en la Persona y la misión del Verbo encarnado, Jesucristo. CEC 50 - 67

**Cuerpo doctrinal:**

**I. Introducción**

Es importante observar cómo las religiones fundadas por hombres son un intento de llegar a Dios. En las religiones bíblicas, por el contrario, como la judía y la cristiana, el proceso es a la inversa porque es Dios quien toma la iniciativa de salir al encuentro del hombre para conversar con él y darse a conocer. “En los libros Sagrados el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (cfr DV 21).

Si Dios no hubiese querido decírnoslo, libremente y por puro amor, no sabríamos quién es y cómo es Él, ni cuál es su ‘actitud’ para con nosotros los hombres.

## II. El conocimiento natural de Dios. “Vía del saber”

Mediante la razón natural, el hombre puede descubrir con certeza la **existencia** de Dios personal a partir de la creación (CEC, n. 32) y por tanto su poder eterno y su divinidad (Rm 1, 19-20). Esta vía del conocimiento que, en algún sentido, tiene su comienzo en el hombre y en su mente y que permite a la criatura subir al Creador, podemos llamarla *la vía del «saber».* Pero no llega a más.

El conocimiento por medio de la razón, ascendiendo a Él «a partir de las cosas creadas», corresponde a la naturaleza racional del hombre. Corresponde también al designio original de Dios, el cual, al dotar al hombre de esta naturaleza, quiere poder ser conocido por él. «Dios, creando y conservando el universo por su Palabra (cfr *Jn* 1, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de Sí mismo (cfr Rom 1, 19-20)» *(Dei Verbum, 3).*

## III. El conocimiento de Dios por la fe. “Vía de la fe”

Pero, **cómo es** Dios, se sitúa en otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas. Necesita una segunda vía, *la vía de la «fe»,* que tiene su comienzo exclusivamente en Dios.

Será la revelación acatada con fe la que nos diga espléndidamente cómo es el Dios que podemos descubrir con la razón. (CEC, n. 50)

Tomamos como punto de partida sobre Dios que se revela un texto del Concilio Vaticano II: «Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, *revelarse a Sí mismo* y manifestar el misterio de su voluntad (cfr *Ef* 1, 9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (cfr *Ef* 2, 18; *2 Pe 1,* 4). En esta revelación, *Dios invisible (cfr Col 1,* 15; *1 Tim* 1, 17), movido de amor, *habla a los hombres como amigos (cfr Ex* 33, 1; *Jn* 15, 14-15), trata con ellos (cfr *Bar* 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía» *(Dei Verbum, 2).*

Si el conocimiento mediante la razón a partir «de las criaturas» *sólo indirectamente* lleva a Dios, en el conocimiento mediante la fe *Dios «se da a conocer a Sí mismo» directamente, por la revelación.*

En el conocimiento mediante la fe el hombre acepta como verdad todo el contenido sobrenatural y salvífico de la Revelación; este hecho *lo introduce, al* mismo tiempo, en *una relación profundamente personal* con Dios mismo que se revela. *«Abandono a Dios»* por parte del hombre constituye *una respuesta adecuada.*

***Dios no podría haberse revelado al hombre si éste no fuera capaz por naturaleza de conocer algo verdadero al respecto.***

Estas dos vías son diversas entre sí, pero se encuentran en el hombre mismo y, en cierto sentido, se completan y se ayudan recíprocamente.

Obviamente nos referimos a la revelación bíblica de carácter público, que nada tiene que ver con las revelaciones privadas, incluso reconocidas, que algunos santos han tenido, y mucho menos con las alucinaciones de algunos fundadores de sectas.

## IV. ¿Cómo se revela Dios?

Dios nos manifiesta cómo es Él, cómo somos nosotros y cuál es su plan para toda la humanidad. Es lo que llamamos Revelación. Y la realiza valiéndose de diversos mediadores, muchos de ellos humanos, en un proceso lento y gradual, con acciones y palabras.

### a. En los acontecimientos

Dios se revela primeramente por las obras que realiza en beneficio del hombre y que constituyen la historia de la salvación. Su aparición es operativa, iniciando con la creación; ésta es la revelación de Dios que hay que descubrir examinando los signos de los tiempos (Mt 16,1-4).

Así, por ejemplo, Dios en el Antiguo Testamento no sólo anunció a los israelitas su proyecto de liberarlos de la esclavitud egipcia (Ex. 3), sino que también de hecho los liberó y sacó de Egipto (Ex. 12-15).

Posteriormente en el Nuevo Testamento, Jesús multiplica los panes y luego se nos revela como el Pan de Vida explicando así el signo que había realizado (Jn. 6). Declara también que Él es la resurrección y la vida, y de hecho resucita a Lázaro (Jn. 11). De esta forma captamos mejor que Dios se revela a través de obras y palabras íntimamente ligadas

### b. Con palabras

Dios se revela con palabras que ya están escritas en la Biblia, que contiene la Palabra viva de Dios para que siga resonando a lo largo de los siglos (Hb 4,12-13).

A través de esta palabra Dios habla sin interrupción con la Iglesia. De forma que, cuando en la Iglesia se lee la Sagrada Escritura, es Dios mismo quien nos habla, e “ignorar la Escritura es ignorar a Cristo”.

## V. Características de la Revelación.

### a. Es iniciativa de Dios

Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designo benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo a favor de todos los hombres. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo. (Cfr. CEC n. 50)

La iniciativa de Dios es la gran diferencia entre el cristianismo y las religiones naturales: El hecho fundamental de nuestra religión es que Dios *se nos revela*; en las otras religiones se trata del intento del hombre por encontrar a Dios.

### b. Gratuita, Dios se revela por amor

¿Y qué intención mueve a Dios a salir al encuentro del hombre? Le mueve el amor, porque "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (cfr 1 Tm 2,4), es decir, al conocimiento de Cristo Jesús, y para que el hombre "se haga partícipe de los bienes divinos, que superan totalmente la inteligencia humana" (cfr. DV 6).

Por más que la necesite para conocer a Dios, la revelación no es un derecho del hombre. Por generosidad, al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas. (Cfr. CEC 52)

### c. Necesaria para conocer a Dios.

Sin embargo, en las condiciones históricas, consecuencia del pecado original y porque las verdades que se refieren a Dios y a los hombres sobrepasan absolutamente el orden de las cosas sensibles, el hombre experimenta muchas dificultades para conocer a Dios con la sola luz de su razón.

Por esto el hombre necesita ser iluminado por la revelación de Dios, no solamente acerca de lo que supera su entendimiento, sino también sobre "las verdades religiosas y morales que de suyo no son inaccesibles a la razón, a fin de que puedan ser, en el estado actual del género humano, conocidas de todos sin dificultad, con una certeza firme y sin mezcla de error" (Cfr CEC n. 38)

### d. Progresiva

Siguiendo una pedagogía propia, Dios se ha revelado gradualmente mediante ***hechos y palabras intrínsecamente ligadas entre sí***, de manera que las

obras manifiestan y confirman las realidades que las palabras expresan, a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio (Cfr CEC n. 53)

Dios conoce nuestras limitaciones, y poco a poco, en etapas se va revelando, va preparando al hombre para que reciba la revelación plena que culminará en Jesucristo.

Una negación práctica de este progreso *es la* costumbre de algunas sectas de apoyar sus enseñanzas sobre un verso o pasaje de la Sagrada Escritura ignorando el conjunto.

**e. Histórica**

La Revelación es un hecho histórico porque se han dado intervenciones de Dios en la historia para hablar a todos los hombres. Para ello ha utilizado a unos enviados concretos (ángeles y profetas) y un pueblo determinado (Israel), que prepararan el camino para la llegada de su Hijo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Este aquí y ahora, con una connotación temporal ineludible se produce mediante hechos (historia sagrada, creación) y palabras (profetas...). Su culmen es Jesucristo: "De muchos modos... (Heb 1,1). No es final, es la perfección de la revelación*: el que me ve a mí, ve al Padre".*

Esta revelación no fue interrumpida por el pecado de nuestros primeros padres. Dios, en efecto, "después de su caída alentó en ellos la esperanza de la salvación con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras (cfr DV 3)

La doctrina cristiana sobre la revelación no es sobre un dios cualquiera sino sobre el Dios Único de Abraham y los patriarcas: El Dios de Jesucristo que se revela en formas y tiempos humanos.

La automanifestación de Dios encuentra correspondencia en la fe del hombre *(fides qua creditur*, *la fe con la que cree* o fe subjetiva), por eso no creemos cosas sino a una persona. La fe en su objeto (*fides quae creditur, la fe que creemos* o fe objetiva) también es personal: creemos en Dios, creemos a Dios y creemos por (Cfr. Suma Th II-II q 2a 3).

Finalmente la revelación en la historia es una imagen y parábola; primicia y anticipo de la Revelación escatológica, cuando veremos a Dios cara a cara (1 Cor 13,12), como es (I Jn 3,2.) Moisés solo escuchaba su voz que provenía de la zarza (Ex 34), pero no le veía su rostro. (Ex 33,23).

## VI. Contenido de la Revelación.

- Dios, primeramente, se revela a sí mismo y su voluntad salvífica: "Así dice el Señor (Is 6,9); Yo soy tu Dios (Ex 20,2); yo soy el que soy...

- *Dios revela su* 'designio' o plan de amor que estableció desde la eternidad para que todos los hombres, por medio de Cristo, su Hijo, tengamos acceso a Dios nuestro Padre, hacer de nosotros sus hijos adoptivos, y hacernos capaces de responderle, conocerle y amarle mucho más allá de lo que podríamos por nuestras propias fuerzas.

### El depósito de la fe

El depósito de la fe es el conjunto de la Revelación divina, contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición, Fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia.  (Cfr. CEC n 84)

El contenido de este depósito no puede estar sujeto a alteración, aunque se avance en la progresiva comprensión de las verdades que contiene.   Podríamos decir que participa ese depósito sagrado de la parábola del tesoro escondido que se oculta (el mensaje no se puede perder) (cf. Mt. 13, 44), y de la parábola de los talentos que es preciso hacer fructificar (el mensaje debe trasmitirse a todos) (cf. Mt. 25, 14).

La Revelación se contiene de modo inseparable en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia que el Magisterio Eclesiástico custodia: «Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio  están así unidos de tal forma, que no pueden subsistir independientemente, y todos ellos juntos contribuyen a la salvación de las almas (cfr  DV, n.10).

El Magisterio de la Iglesia (el Papa y los obispos en comunión) tiene el oficio  de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escritura,  ejercita su oficio en nombre de Jesucristo" (Cfr. DV 10,  CEC n  85).

"El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído" (DV 10).

Los fieles, recordando la palabra de Cristo a sus Apóstoles: "El que a vosotros escucha a mi me escucha" (Lc 10,16; cf. LG 20), reciben con docilidad las enseñanzas y directrices que sus pastores les dan de diferentes formas. (Cfr. CEC n 87)

## No habrá otra revelación

No hay que esperar otra relación pública que venga a superar o corregir la Revelación de la que Cristo es la plenitud. Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos. (Cfr. CEC n 66)

A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas "privadas", algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de "mejorar" o "completar" la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia. Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (sensus fidelium) sabe discernir y acoger lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia. (Cfr. CEC n 67)

La fe cristiana no puede aceptar "revelaciones" que pretenden superar o corregir la Revelación de la que Cristo es la plenitud. Es el caso de ciertas Religiones no cristianas y también de ciertas sectas recientes que se fundan en semejantes "revelaciones". (Cfr. CEC n 67)

## VII. La existencia de Dios como objeto de fe.

**El dogma** es una verdad revelada por Dios contenida en la Sagrada Escritura y en la Sagrada Tradición y propuesta por el Magisterio de la Iglesia con obligación de ser creída. (Cfr. CEC n 88) Son luces en el camino de nuestra fe, que lo iluminan y lo hacen seguro (Cfr. CEC n 89)

La existencia de Dios no sólo es objeto del conocimiento de la razón natural, sino también objeto de la fe sobrenatural.

El Credo católico comienza con el siguiente artículo fundamental de nuestra fe: "*Credo in unum Deum*", *Creo en un solo Dios*. El concilio del Vaticano enseña: *La santa iglesia católica, apostólica y romana cree y confiesa que existe un solo Dios verdadero* (Ds 3001). Dicho concilio condena por herética la negación de la existencia de Dios (Ds 3021).

Según la Carta a los Hebreos (11,6) la fe en la existencia de Dios es condición indispensable para salvarse: *Sin la fe es imposible agradar a Dios; pues es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan.* Y solo la fe sobrenatural puede obrar en nosotros la salvación eterna. (Cfr. Ds 1526).

La revelación sobrenatural en la existencia de Dios confirma el conocimiento natural de Dios y hacen que todos puedan conocer la existencia de Dios con facilidad, con firme certidumbre y sin mezcla de error: *ab omnibus expedite, firma certitudine et nullo admixto errore"* (Ds 3005. Cfr S. Th. I 1, 1).

**Lecturas complementarias**

*Juan Pablo II, Catequesis 27 de marzo de 1985*

*Dios que se revela es la fuente de la fe del cristiano*

*1. Nuestro punto de partida en la catequesis sobre Dios que se revela sigue el texto del Concilio Vaticano II: "Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9): por Cristo, la palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (cf. Ef 2, 18; 2 Pe 1, 4). En esta revelación, Dios invisible, movido por amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33, 11; Jn 15, 14-15), trata con ellos (cf. Bar 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía". (Dei Verbum, 2).*

*Pero ya hemos considerado la posibilidad de conocer a Dios con la capacidad de la sola razón humana. Según la constante doctrina de la Iglesia, expresada especialmente en el Concilio Vaticano I (Const. dogm. Dei Filius, 2), y tomada por el Concilio Vaticano II (Const. dogm. Dei Verbum, 6), la razón humana posee esta capacidad y posibilidad: "Dios, principio y fin de todas las cosas —se dice— puede ser conocido con certeza con la luz natural de la razón humana partiendo de las cosas creadas (cf. Rom 1, 20)", aún cuando es necesaria la Revelación divina para que "todos los hombres, en la condición presente de la humanidad, puedan conocer fácilmente, con absoluta certeza y sin error las realidades divinas, que en sí no son inaccesibles a la razón humana".*

*Este conocimiento de Dios por medio de la razón, ascendiendo a El "a partir de las cosas creadas", corresponde a la naturaleza racional del hombre. Corresponde también al designio original de Dios, el cual, al dotar al hombre de esta naturaleza, quiere poder ser conocido por él. "Dios creando y conservando el universo por su Palabra (cf. Jn 1, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de Sí mismo" (cf. Rom 1, 19-20)"(Dei Verbum, 3). Este testimonio se da como don y, a la vez, se deja como objeto de estudio por parte de la razón humana. Mediante la atenta y perseverante lectura del testimonio de las criaturas, la razón humana se dirige hacia Dios y se acerca a El. Esta es, en cierto sentido, la vía "ascendente": por las gradas de las criaturas el hombre se eleva a Dios, leyendo el testimonio del ser, de la verdad, del bien y de la belleza que las criaturas poseen en sí mismas.*

*2. Esta vía del conocimiento que, en algún sentido, tiene su comienzo en el hombre y en su mente, permite a la criatura subir al Creador. Podemos llamarla la vía del "saber". Hay una segunda vía, la vía de la "fe". que tiene su comienzo exclusivamente en Dios. Estas dos vías son diversas entre sí, pero se encuentran en el hombre mismo y, en cierto sentido, se completan y se ayudan recíprocamente.*

*De manera diversa que en el conocimiento mediante la razón a partir "de las criaturas", las cuales sólo indirectamente llevan a Dios, en el conocimiento mediante la fe nos inspiramos en la Revelación, con la que Dios "se da a conocer a Sí mismo" directamente. Dios se revela, es decir, permite que se le conozca a El mismo manifestando a la humanidad "el misterio de su voluntad" (Ef 1, 9). La voluntad de Dios es que los hombres, por medio de Cristo, Verbo hecho hombre, tengan acceso en el Espíritu Santo al Padre y se hagan partícipes de la naturaleza divina. Dios, pues, se revela al hombre "a Sí mismo", revelando a la vez su plan salvífico respecto al hombre. Este misterioso proyecto salvífico de Dios no es accesible a la sola fuerza razonadora del hombre. Por tanto, la más perspicaz lectura del testimonio de Dios en las criaturas no puede desvelar a la mente humana estos horizontes sobrenaturales. No abre ante el hombre "el camino de la salvación sobrenatural" (como dice la Constitución Dei Verbum, 3), camino que está íntimamente unido al "don que Dios hace de Sí" al hombre. Con la revelación de Sí mismo Dios "invita y recibe al hombre a la comunión con El" (cf. Dei Verbum, 2).*

*3. Sólo teniendo todo esto ante los ojos, podemos captar que es realmente la fe: cuál es el contenido de la expresión "creo".*

*Si es exacto decir que la fe consiste en aceptar como verdadero lo que Dios ha revelado, el Concilio Vaticano II ha puesto oportunamente de relieve que es también una respuesta de todo el hombre, subrayando la dimensión "existencial" y "personalista" de ella. Efectivamente, si Dios "se revela a Sí mismo" y manifiesta al hombre el salvífico "misterio de su voluntad", es justo ofrecer a Dios que se revela esta "obediencia de la fe", por la cual todo el hombre libremente se abandona a Dios, prestándole "el homenaje total de su entendimiento y voluntad" (Vaticano I, Dei Filius), "asintiendo voluntariamente a lo que Dios revela" (Dei Verbum, 5).*

*En el conocimiento mediante la fe el hombre acepta como verdad todo el contenido sobrenatural y salvífico de la Revelación; sin embargo, este hecho lo introduce, al mismo tiempo, en una relación profundamente personal con Dios mismo que se revela. Si el contenido propio de la Revelación es la "auto-comunicación" salvífica de Dios, entonces la respuesta de la fe es correcta en la medida en que el hombre —aceptando como verdad ese contenido*

*salvífico—, a la vez, "se abandona totalmente a Dios". Sólo un completo "abandono a Dios" por parte del hombre constituye una respuesta adecuada.*

## Capítulo 2: Sobre la revelación (Dei Filius)

*La misma Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza a partir de las cosas creadas con la luz natural de la razón humana: «porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de lo creado»[4]. Plugo, sin embargo, a su sabiduría y bondad revelarse a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad al género humano por otro camino, y éste sobrenatural, tal como lo señala el Apóstol: «De muchas y distintas maneras habló Dios desde antiguo a nuestros padres por medio los profetas; en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo»[5].*

*Es, ciertamente, gracias a esta revelación divina que aquello que en lo divino no está por sí mismo más allá del alcance de la razón humana, puede ser conocido por todos, incluso en el estado actual del género humano, sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla de error alguno. Pero no por esto se ha de sostener que la revelación sea absolutamente necesaria, sino que Dios, por su bondad infinita, ordenó al hombre a un fin sobrenatural, esto es, a participar de los bienes divinos, que sobrepasan absolutamente el entendimiento de la mente humana; ciertamente «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó lo que Dios preparó para aquellos que lo aman»[6].*

*Esta revelación sobrenatural, conforme a la fe de la Iglesia universal declarada por el sagrado concilio de Trento, «está contenida en libros escritos y en tradiciones no escritas, que fueron recibidos por los apóstoles de la boca del mismo Cristo, o que, transmitidos como de mano en mano desde los apóstoles bajo el dictado del Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros»[7].*

*Los libros íntegros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, según están enumerados en el decreto del mencionado concilio y como se encuentran en la edición de la Antigua Vulgata Latina, deben ser recibidos como sagrados y canónicos. La Iglesia estos libros por sagrados y canónicos no porque ella los haya aprobado por su autoridad tras haber sido compuestos por obra meramente humana; tampoco simplemente porque contengan sin error la revelación; sino porque, habiendo sido escritos bajo la*

---

[4] Cf. Rom 1,20.
[5] Cf. Heb 1,1ss.
[6] Cf. 1Cor 2,9
[7] Cf. Concilio de Trento, sesión IV, dec. I.

*inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor y han sido confiadas como tales a la misma Iglesia. Ahora bien, ya que cuanto saludablemente decretó el concilio de Trento acerca de la interpretación de la Sagrada Escritura para constreñir a los ingenios petulantes, es expuesto erróneamente por ciertos hombres, renovamos dicho decreto y declaramos su significado como sigue: que en materia de fe y de las costumbres pertinentes a la edificación de la doctrina cristiana, debe tenerse como verdadero el sentido de la Escritura que la Santa Madre Iglesia ha sostenido y sostiene, ya que es su derecho juzgar acerca del verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras; y por eso, a nadie le es lícito interpretar la Sagrada Escritura en un sentido contrario a éste ni contra el consentimiento unánime de los Padres.*

**Autoevaluación**

1. ¿A que llamamos Revelación?

2. ¿Cómo realiza Dios su Revelación?

3. ¿Podemos decir qué Dios busca más a los hombres que ellos a su Creador? Sí ¿Por qué?

4. ¿Cuáles son las características de la Revelación?

5. ¿Qué es el depósito de la fe?

6. Según San Pablo ¿qué podemos conocer de la esencia divina con la sola luz de la razón?

7. ¿Cuáles el oficio del Magisterio respecto del depósito de la revelación?

8. Según la Dei Verbum n. 7 ¿Qué medios utilizaron los Apóstoles para trasmitir la revelación?

9. ¿Qué dice San Pablo respecto a la necesidad de la fe en la existencia de Dios para salvarse?

# Sesión 3
# La Historia de la Salvación

**Esquema de la lección**

I. ¿Qué es la Historia de la Salvación?
II. Los protagonistas
III. Etapas previas de la Historia de la salvación
IV. Dios pone en marcha nuestra salvación

**Profundiza tu fe**

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. A través de la propia historia del hombre, Dios lo prepara para que reconozca al Mesías.

**Catecismo**

La victoria sobre el pecado obtenida por Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó el pecado. CEC 54-64; 410-412

**Cuerpo doctrinal:**

**I. ¿Qué es la Historia de la Salvación?**

Por Historia de la Salvación entendemos el conjunto de acontecimientos históricos, de cuanto Dios ha hecho y continúa haciendo por los hombres para comunicarles, de acuerdo a un proyecto eterno suyo, su amor misericordioso y hacerles participar de su propia vida divina[8].

Para comprender lo que se quiere decir con esta noción hay que tener en cuenta dos cosas:

La historia es siempre historia de los hombres, porque solamente el hombre vive en el espacio y el tiempo. Pero en esta historia ha entrado Dios, porque quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. A todos los hombres les es ofrecida y concedida la salvación, a menos que se cierren a tal ofrecimiento de forma libre y definitivamente.

La historia humana se convierte en Historia de la Salvación cuando se interpreta y descubre su sentido a la luz de la fe. La historia no es la salvación,

---

[8] Cf. CEC 234

pero en ella acontece la salvación y resultaría ambigua si le faltase el criterio de la palabra Revelada, que la oriente y le ayuda a distinguir lo divino de lo que es simplemente humano.

Esta historia nos refiere que Dios ha creado el mundo y ha dado al hombre la vida para manifestar su amor gratuito.

Nos relata también que Dios intervino históricamente, es decir, en un espacio geográfico y en una época histórica determinada, en la historia del Pueblo de Israel, y más en concreto en la vida de algunos de sus miembros, mediante signos, prodigios y palabras para hacerlos participar de vida y amistad[9].

Nos testimonia la venida del mismo Dios, nacido de María Virgen, para, una vez rescatados del pecado y de la muerte, llevar a cabo el proyecto eterno de Dios: comunicar a los hombres su amor misericordioso y hacerlos participes de su vida.

Esta historia, después de la resurrección de Cristo y la venida del Espíritu Santo, se continúa en la Iglesia, donde invocamos a Dios como Padre y tratamos a todos los hombres como hermanos. Es el conjunto de acontecimientos históricos por los que Dios expresa su amor para con el hombre y procura llevarlo a una vida de amistad y de intimidad con Él, que es el resultado final de la salvación.

## II. Los protagonistas

Los dos grandes protagonistas de esta Historia son:

- **Dios,** que ama a los hombres como un Padre y por eso los crea, los pone en la cima de la creación, les da un trato preferencial y**,** cuando pecan, los busca con su amor y les da una nueva oportunidad de recuperar su amistad[10].

- **Los hombres,** que no saben reconocer sus propios privilegios de criatura, y menos aún corresponder al gran amor de Dios; que caen y se levantan en un diálogo continuo entre la fidelidad y el pecado.

Es evidente que cuando se habla de Historia de la Salvación nos estamos refiriendo a la situación posterior al pecado original. Antes de él, Dios no tenía que salvar al hombre ni conducirlo a ese estado de amistad que después tanto buscara. La amistad con Dios, la vida íntima y las relaciones de amor con Él eran el ambiente propio del estado de inocencia en el Paraíso, ¿Qué hubiera

[9] Cf. CEC. 212, 218, **234** y **280**
[10] Cf. CEC. 431

pasado si no hubiera tenido lugar el pecado original? ¡Quien sabe! No hubiera sido necesaria la salvación. Pero de hecho lo hubo y hay que fijarse en lo que existe, no en lo que pudo o habría podido ocurrir.

Para comprender qué es la Historia de la Salvación debemos considerar que el mensaje de la Biblia puede resumiese en esta proposición: La Biblia nos narra la Historia de la Salvación. Pero es una historia escrita por inspiración divina. Tiene un punto central: la persona de Jesucristo, que es la Palabra de Dios que entra en nuestra Historia humana con un cuerpo, en una tierra determinada y un momento preciso del tiempo.

De repente la gente se pregunta ¿Qué es lo que Dios hace y lo que no hace; hasta dónde llega la acción de Dios en la Historia y lo que no debemos atribuirle? La Historia de la salvación, es la historia de la salvación del hombre en su paso por el mundo mediante intervenciones especiales de Dios y el concurso de algunos hombres que tienen la capacidad de cooperar libremente en la realización de los designios de Dios[11].

## III. Etapas previas de la Historia de la salvación

La revelación llega a los hombres de forma gradual (Heb 1,1) según etapas que constituyen realizaciones parciales del designio divino Cfr. Hb 1,1). Esta revelación de Dios en el tiempo del hombre, hace de la historia una historia de la salvación, donde los acontecimientos manifiestan y realizan las intenciones salvíficas de Dios, quien está cerca y de hecho interviene en momentos privilegiados de la historia del hombre para salvarlo: *«El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio. La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre, que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la Revelación"*[12].

Hablando de las etapas fundamentales de la historia de la salvación, se pueden mencionar dos momentos iniciales, que son como la "prehistoria", mientras el tercero viene a ser la historia de la salvación en sentido más estricto.

### a. La creación.

En la fe cristiana la verdad acerca de la creación del mundo y del hombre por obra de Dios ocupa un puesto fundamental por la riqueza especial de su contenido.

[11] Cf. CEC 306
[12] Cf. Concilio Vaticano II, DV 2

La verdad en la creación es tan importante para toda la vida humana que Dios, en su ternura, quiso revelar a su pueblo todo lo que es saludable conocer a este respecto. Más allá del conocimiento natural que todo hombre puede tener del Creador (cf. Hch 17,24-29; Rom 1,19-20), Dios reveló progresivamente a Israel el misterio de la creación[13].

Efectivamente, en el libro del Génesis la creación, es decir la llamada del mundo y del hombre de la nada a la existencia, no se refiere sólo al origen del mundo como resultado del acto creador de Dios, sino que es presentada como el primero de los actos de la revelación de Dios y el comienzo de la Historia de la salvación y también como su *actividad continua,* como el fundamento de todo. Dios lo *cuida* todo, lo *sostiene* todo, *da vida* a todo. Sin la continua conservación de Dios, el mundo, las cosas volverían a la nada[14].

Es solo la primera etapa de la revelación, porque en lo sucesivo no será interrumpida ni por el pecado de nuestros primeros padres. Dios, en efecto, "después de su caída alentó en ellos la esperanza de la salvación con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras" (DV 3). Cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonó al poder de la muerte[15].

Existimos sólo porque Dios quiso, por amor, llamarnos a la existencia y más aún, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio (DV 3) y los invitó a una comunión íntima con él revistiéndolos de gracia y felicidad[16].

Cierto que la inteligencia humana puede por sí sola llegar a formular la verdad de que el mundo y los seres contingentes dependen del Absoluto.

Efectivamente, no se la encuentra sino muy vagamente en las cosmologías mitológicas fuera de la Biblia, y está ausente de las especulaciones de antiguos filósofos, incluso de los máximos, como Platón y Aristóteles, que no obstante han elaborado un concepto bastante elevado de Dios como Ser totalmente perfecto, como Absoluto. La inteligencia humana puede por sí sola llegar a formular la verdad de que el mundo y los seres contingentes (no necesarios) dependen del Absoluto. Pero *la formulación de esta dependencia como "creación"* —por lo tanto, basándose en la verdad acerca de la creación—

[13] Cf. CEC 287
[14] Cf. CEC 301
[15] Cf. CEC 55
[16] Cf. CEC 54.

pertenece originalmente a la Revelación divina[17].

Desde luego no se trata sólo de saber cuándo y cómo han surgido materialmente el mundo y el hombre, sino más bien de conocer la respuesta de la fe cristiana a la pregunta básica sobre el origen y destino del hombre y de todo lo que existe.

Salvación significa liberación del mal, y, en particular, liberación del pecado. Obviamente el término va más allá porque comprende la riqueza de la vida divina que Cristo ha traído al hombre, y la misteriosa conciliación de la justicia y la misericordia que son las dimensiones de su bondad redentora.

Esta es la verdad central de la soteriología cristiana que profesamos en el credo: "*por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo*".

El libro del Génesis, al describir la creación del hombre destaca la "bondad" originaria de todo lo creado y de modo especial la "bondad" del hombre, creado por Dios: "y vio Dios que era muy bueno cuanto había hecho" (Gn 1, 31). Puesto que se trata del ser creado a imagen de Dios, racional y libre, la frase alude a la "bondad" propia de ese ser según el designio del Creador. Más aún, presenta el estado del hombre antes del pecado, en una *condición de perfección original*, expresada, en cierto modo, en la imagen del "paraíso".

La fe, enseñada por la Iglesia, sobre la inocencia original del hombre se basa en esta descripción que el Génesis hace del hombre salido de las manos de Dios y que vive en total familiaridad con Él (cf. Gen 2, 8-25); Posteriormente el libro del Eclesiastés dirá que "Dios hizo recto al hombre" (Ecl 7, 29). Cuando el concilio de Trento enseña que el primer Adán perdió la santidad y la justicia en la que había sido constituido”. (Cfr. *Decr. De pecc. Origi.*, ds 1511), quiere decir que antes del pecado el hombre poseía la gracia santificante con todos los dones sobrenaturales que hacen al hombre "justo" ante Dios, y vivía en amistad con Él.

La fuente de dicha perfección se hallaba en la amistad con Dios mediante la gracia santificante y en aquellos dones, llamados en el lenguaje teológico "preternaturales", que el hombre perdió por el pecado.

Gracias a estos dones divinos, el hombre, que estaba unido en amistad y armonía con su Creador, poseía y mantenía en sí mismo el equilibrio interior y no sentía angustia ante la perspectiva de la decadencia y de la muerte.

---

[17] Cf. CEC 286; y Cfr. Juan Pablo II, Catequesis 1de enero de 1986

**b. Caída.**

El estado de justicia y de perfección original en el hombre, creado a imagen de Dios, que conocemos por la revelación, no excluía que, en cuanto criatura dotada de voluntad libre, es decir sujeto autónomo, fuente de las propias acciones y por lo tanto capaz de hacer una elección responsable, fuera desde el principio sometido por su Creador a la prueba de la libertad como los demás seres espirituales.

La misma revelación que nos permite conocer el estado de justicia original del hombre antes del pecado en virtud de su amistad con Dios, nos pone al corriente de la prueba fundamental reservada al hombre y a la mujer en la cual fracasaron, pues ellos desconfiaron de Dios y lo desobedecieron, perdiendo así su capacidad de ser felices.

La libertad del hombre es finita y falible. De hecho el hombre erró y libremente pecó. Al rechazar el proyecto del amor de Dios, se engañó a sí mismo y se hizo esclavo del pecado. La historia de la humanidad, desde sus orígenes, atestigua desgracias y opresiones nacidas del corazón del hombre a consecuencia de un mal uso de la libertad[18].

Según la revelación, el pecado es el mal principal y fundamental del hombre, quien abusando de su libertad rechaza el amor que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente[19].

Esto significa que el Creador se revela, desde el principio, a un ser racional y libre como Dios de la alianza y de la amistad, pero también como fuente del bien y, por tanto, de la distinción entre el bien y el mal en sentido moral.

El Génesis describe esta prueba con una imagen antropomórfica, como una prohibición de comer los frutos "del árbol de la ciencia del bien y del mal" (Gn 2, 16-17), con la que evoca simbólicamente el límite insuperable que el hombre, en cuanto criatura, debe reconocer y respetar (Cfr. CEC 396). El hombre depende del Creador y se halla sujeto a las leyes sobre cuya base el Creador ha constituido el orden del mundo creado por él, el orden esencial de la existencia; y, por consiguiente, también se halla sujeto a las normas morales que regulan el uso de la libertad.

**c. La promesa de salvación**

---

[18] Cf. CEC 1739
[19] Cf. CEC 387

Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. Gn 3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. Gn 3,15). (Cfr. CEC 410)

La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del "nuevo Adán" (cf. 1 Co 15,21-22.45) que, por su "obediencia hasta la muerte en la Cruz" (Flp 2,8) repara con sobreabundancia la descendencia de Adán (Cfr. Rm 5,19-20). En la cuarta plegaria eucarística se dirige a Dios con las siguientes palabras: "Te alabamos, Padre santo, porque eres grande: porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya *creaste al hombre* y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a Ti, su Creador, dominara todo lo creado. *Y, cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte...*".

De hecho, dirigiéndose a la serpiente tentadora, Dios le dice "Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza mientras acechas tu su calcañar" (*Gen* 3, 15).

Estas palabras del Génesis se han considerado como el "*protoevangelio*", como *el primer anuncio del Mesías Redentor*, pues dejan entrever el designio salvífico de Dios hacia el género humano, que después del pecado original se encontró en el estado de decadencia que conocemos. Ellas expresan sobre todo lo que en el plan salvífico de Dios constituye *el acontecimiento central*, pues a través del anuncio y promesa contenidos en él, que Dios no abandonó al hombre al poder del pecado y de la muerte, quiso tenderle la mano para salvarlo.

Esta respuesta inmediata de Dios al pecado del hombre, nos permite conocer desde el principio a Dios como *infinitamente justo* y al mismo tiempo *infinitamente misericordioso*. Él, desde el primer anuncio, se manifiesta como el Dios que "tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito" (*Jn* 3, 16); que "mandó a su hijo *como víctima propiciatoria* por nuestros pecados" (*1 Jn* 4, 10); que "no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros" (*Rom* 8, 32).

## IV. Dios pone en marcha nuestra salvación

### a. La alianza con Noé

Una vez rota la unidad del género humano por el pecado, Dios decide desde el comienzo salvar a la humanidad a través de una serie de etapas. La Alianza con Noé hombre justo en medio de la corrupción general, después del diluvio (cf. Gn 9,9) expresa el principio de la Economía divina y de la misericordia de Dios con todos los hombres (Gn 10,5; cf. 10,20-31).

Al salir del arca Noe construyó un altar y ofreció un sacrificio a Dios, quien lo aceptó, e hizo un convenio con Noé, y a través de Él con la raza humana, que El no volvería a destruir el hombre de nuevo por medio de un diluvio. El arco iris seria la señal para acordarse por siempre de su convenio.

Este orden a la vez cósmico, social y religioso de la pluralidad de las naciones (cf. Hch 17,26-27), está destinado a limitar el orgullo de una humanidad caída que, unánime en su perversidad (cf. Sb 10,5), quisiera hacer por sí misma su unidad a la manera de Babel (cf. Gn 11,4-6). Pero, a causa del pecado (cf. Rom 1,18-25), el politeísmo así como la idolatría de la nación y de su jefe son una amenaza constante de vuelta al paganismo para esta economía aún no definitiva.

Por esto, la alianza con Noé da continuidad a la promesa de salvación y permanece en vigor hasta la proclamación universal del Evangelio.

**b. La elección de Abraham**

Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abraham llamándolo fuera de su tierra, de su patria y de su casa (Gn 12,1), para hacer de él el padre de una multitud de pueblos (Gn 17,5) y por quien serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gn 12,3 LXX; cf. Ga 3,8; CEC 59)

Con la vocación de Abraham la historia de la salvación entra en una etapa muy especial, pues se sitúa en un espacio y en un tiempo determinado, en Ur de Caldea, en torno al año1850 a. C.

A la llamada de la amistad con Dios respondió generosamente y por eso se le llamó AMIGO DE DIOS. Primero Dios le llama a que salga de su tierra y le siga. Le promete grandes cosas, porque Dios da el ciento por uno. Abraham cree todo lo que Dios le dice sin dudar de su palabra. Aunque parece que las cosas no salen como él esperaba, sin embargo sigue confiando en Dios y por eso espera el cumplimiento de sus promesas. Abraham tenía un amigo fiel. Confió en Dios y Dios le colmó de bendiciones.

En los planes de Dios Abraham está llamado a ser el origen de una bendición que no se limitará al pueblo que surgirá de él y por parte éste, a todos los habitantes de la tierra. Con la promesa hecha a Abraham se inaugura la Historia de la Salvación[20].

Su hijo Isaac nacido fuera de toda plan humano será el signo concreto y la continuidad en el cumplimiento de la promesa.

---

[20] Cf. CEC 705

Dios no realiza la salvación sin contar con el hombre. Esto es que Dios aunque hace saber su plan, siempre espera la respuesta del hombre. Abraham dará una respuesta de fe, de obediencia, de confianza a Dios, por ello cuando Yahvé le pide que le ofrezca su hijo en sacrificio, él no duda ni por un momento en ofrecerlo ya que si había sido posible que él le diera un hijo, seguramente él tendría una respuesta en el momento del sacrificio, como de hecho sucedió.

**c. Dios forma a su pueblo Israel**

El enunciado es solo metodológico, para dejar constancia de una etapa importante de la historia de la salvación.

La amplitud del tema requiere más atención, por eso le dedicaremos el capitulo siguiente.

**d. La venida del Salvador**

Todas las intervenciones de Dios en la antigua alianza estaban orientadas a la intervención definitiva y plena, hacia «aquel que había de venir» hacia el Mesías que establecería el Reino de Dios en el mundo. Después de una larga espera, cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la Ley (Cfr. Gal 4,4), dando así perfecto cumplimiento a todas las promesas del Antiguo Testamento y coronando la Historia de la Salvación con la instauración del Reino de Dios.

Con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad; instaura y hace presente el Reino de Dios, nos revela la misericordia de Dios que es nuestro Padre, manifiesta y realiza la reagrupación de los hombres dispersos y divididos por el pecado. Agrupa en torno a sí, discípulos y gente que lo sigue, formando con ellos la comunidad, el nuevo Pueblo de Dios, abierto a judíos y gentiles. En su sangre sella la Nueva y definitiva Alianza.

**e. La Historia de la Salvación continúa en la Iglesia**

Dios, que en el antiguo testamento eligió al pueblo de Israel para revelar y actuar su plan de salvación universal, lleva a plenitud su designio salvífico llamando a todos los hombres a formar parte de su nuevo pueblo que es la Iglesia.

Pedro llama a la joven comunidad cristiana, compuesta en su mayoría por gentiles, pueblo de Dios, y le atribuye todas aquellas características que los profetas Isaías y Oseas consideraban propias del antiguo pueblo de Israel. Y añade que este nuevo pueblo es fruto de la compasión divina: *"Pero vosotros sois 'linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido'...vosotros que un*

*tiempo erais 'no pueblo' y que ahora sois pueblo de Dios, de los que antes 'no se tuvo compasión', pero ahora 'son compadecidos'"* (cf. 1 Pe 2,9; Is 43,20-21 y Os 1,6-9).

Continuando esta reflexión el Vaticano II, enseña qué la Iglesia de Cristo, prefigurada y preparada por Dios en el antiguo pueblo de Israel, es el nuevo y definitivo pueblo de Dios que peregrina en la historia hacia la plenitud escatológica. Esta afirmación recalca la continuidad entre los dos pueblos y simultáneamente la superioridad del segundo. Continuidad porque en la Iglesia se cumplen las antiguas profecías de Israel que anunciaban un nuevo pueblo y una nueva alianza, con amplitud universal. Diferencia y superioridad, pues en la Iglesia llegan a plenitud las realidades del antiguo pueblo de Dios, lo que en el antiguo pueblo era figura e imagen, en la Iglesia se hace realidad (Cfr. LG 9).

**Lecturas complementarias**

*Juan Pablo II, Catequesis, 11 de marzo de 1998*

***La salvación realizada en la historia***

*1. Después de considerar la salvación integral llevada a cabo por Cristo redentor, queremos reflexionar ahora sobre su progresiva realización en la historia de la humanidad. En cierto sentido, precisamente sobre este problema interrogan a Jesús los discípulos antes de la Ascensión: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el reino de Israel?» (Hch 1, 6).*

*La pregunta, formulada así, revela cuán condicionados están aún por las perspectivas de una esperanza que concibe el reino de Dios como un acontecimiento estrechamente vinculado al destino nacional de Israel. En los cuarenta días que median entre la Resurrección y la Ascensión, Jesús les había hablado del «reino de Dios» (Hch 1, 3). Pero ellos sólo podrán captar sus dimensiones profundas después de la gran efusión del Espíritu en Pentecostés. Mientras tanto, Jesús corrige su impaciencia, impulsada por el deseo de un reino con rasgos aún demasiado políticos y terrenos, invitándolos a remitirse a los designios misteriosos de Dios: «A vosotros no os toca conocer los tiempos y los momentos que ha fijado el Padre con su autoridad» (Hch 1, 7).*

*2. Esta advertencia de Jesús sobre «los tiempos fijados por Dios» resulta muy actual después de dos mil años de cristianismo. Frente al crecimiento relativamente lento del reino de Dios en el mundo, se nos pide que nos fiemos del plan del Padre misericordioso, que lo dirige todo con sabiduría trascendente. Jesús nos invita a admirar la «paciencia» del Padre, que adapta su acción transformadora a la lentitud de la naturaleza humana,*

*herida por el pecado. Esta paciencia ya se había manifestado en el Antiguo Testamento, en la larga historia que había preparado la venida de Jesús (cf. Rm 3, 26). Y sigue manifestándose, después de Cristo, en el desarrollo de la Iglesia (cf. 2 P 3, 9).*

*En su respuesta a los discípulos, Jesús habla de «tiempos» ("χρόνοι") y de «momentos» ("καιροί"). Estas dos expresiones del lenguaje bíblico sobre el tiempo presentan dos matices que conviene recordar. El "χρόνος" es el tiempo en su curso ordinario, que también está bajo el influjo de la Providencia divina, que lo gobierna todo. Pero en este curso ordinario de la historia Dios inserta sus intervenciones especiales, que confieren a determinados tiempos un valor salvífico completamente particular. Son, precisamente, los "καιροί", los momentos de Dios, que el hombre está llamado a discernir y por los que debe dejarse interpelar.*

*3. La historia bíblica contiene muchos de estos momentos especiales. Reviste una importancia fundamental el tiempo de la venida de Cristo. A la luz de esta distinción entre "χρόνοι" y "καιροί" se puede releer también la historia bimilenaria de la Iglesia.*

*Enviada a toda la humanidad, ha vivido momentos diversos en su desarrollo. En algunos lugares y períodos encuentra dificultades y obstáculos especiales; en otros, su progreso es mucho más rápido. A veces existen tiempos largos de espera, en los que sus intensos esfuerzos misioneros parecen totalmente ineficaces. Son tiempos que ponen a prueba la fuerza de la esperanza, orientándola hacia un futuro más lejano.*

*Pero hay también momentos favorables, en los que la buena nueva encuentra una acogida benévola y las conversiones se multiplican. El primer momento de gracia más abundante, un momento fundamental, fue Pentecostés. Muchos otros han venido después, y vendrán aún.*

*4. Cuando llega uno de estos momentos, los que tienen una responsabilidad especial en la evangelización están llamados a reconocerlo, para aprovechar mejor las posibilidades que brinda la gracia. Pero no se puede establecer con anticipación la fecha. La respuesta de Jesús (cf. Hch 1, 7) no se limita a frenar la impaciencia de los discípulos; también subraya su responsabilidad. Tienen la tentación de esperar que de todo se encargue Jesús. Y en cambio, reciben una misión que los llama a un compromiso generoso: «Seréis mis testigos» (Hch 1, 8). Aunque con la Ascensión se aleje de su vista, Jesús quiere seguir estando presente en medio del mundo precisamente mediante sus discípulos.*

*A ellos les confía la misión de difundir el Evangelio en todo el mundo, impulsándolos a salir de la estrecha perspectiva limitada a Israel. Ensancha*

*su horizonte, invitándolos a ser sus testigos «en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).*

*Todo se realizará, por consiguiente, en nombre de Cristo, pero todo se llevará a cabo también por la obra personal de estos testigos.*

*5. Ante esta comprometedora misión, los discípulos podían haberse echado atrás, considerándose incapaces de asumir una responsabilidad tan grave. Pero Jesús indica el secreto que les permitirá estar a la altura de la misión: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros» (Hch 1, 8). Con esta fuerza, los discípulos lograrán, a pesar de su debilidad humana, ser auténticos testigos de Cristo en todo el mundo.*

*En Pentecostés, el Espíritu Santo llena a cada uno de los discípulos y a toda la comunidad con la abundancia y la diversidad de sus dones. Jesús revela la importancia del don de la fuerza ("δύναμις"), que sostendrá su acción apostólica. En la Anunciación, el Espíritu Santo había descendido sobre María como «fuerza del Altísimo» (Lc 1, 35), realizando en su seno la maravilla de la Encarnación.*

*La misma fuerza del Espíritu Santo producirá nuevas maravillas de gracia en la obra de evangelización de los pueblos.*

**Autoevaluación**

1. ¿Qué se entiende por protoevangelio?

2. ¿Cuándo comienza da inicio la Historia de la salvación?

3. ¿Por qué María es la primera beneficiada de la Historia de la salvación?

4. ¿Cuál es el objetivo de la Historia de la salvación?

5. ¿Qué relación existe entre la Historia de la Salvación *y* la Revelación?

6. ¿Cuál es la importancia de la vocación que Abraham recibió en Ur de Caldea, en torno al año 1850 a. C.?

7. ¿Qué nos da a conocer Dios sobre sí mismo con su respuesta inmediata al pecado del hombres?

8. ¿A que protagonista de la historia de la salvación se le llamó *amigo* de Dios?

9. ¿Cómo lleva Dios su designio salvífico a plenitud?

# Sesión 4
# El pueblo de Israel, escenario de la Historia de la Salvación

**Esquema de la lección**

I. Introducción.
II. Dios forma a su pueblo.
III. Esclavitud y liberación de Egipto
IV. La alianza.
V. Purificación en el desierto.
VI. La tierra prometida, don y conquista
VII. La Prueba del exilio

**Profundiza tu fe**

Dios constituyó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la alianza del Sinaí y le dio por medio de Moisés su Ley, para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido (Cfr. DV 3).

**Catecismo**

El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección, llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de loa Iglesia. Cfr. CEC 60

**I. Introducción**

La reflexión sobre los fenómenos inexplicables que sucedían en medio del pueblo de Israel, alimentaban y vigorizaban su fe, pues detrás de estos acontecimientos encontraba la mano providente de Dios que les sostenía y fortalecía para afrontar la situación presente con todas sus contrariedades e incertidumbres.

Un ejemplo entre muchos, es la recolección del maná que describe el Éxodo: Por la mañana había una capa de rocío en torno al campamento y al evaporarse quedaba sobre el suelo una cosa menuda parecida a la escarcha o como granos de cilantro pero con sabor a bollo de miel. La recogían antes que calara el sol para preparar el alimento del día (cfr Ex 16,13-14,31; Nm 11,7).

Algunos comentaristas dicen que se trataba de una resina dulzona que segrega cierta variedad de tamariscos en la región central de la península del Sinaí. Lo

que puede parecer un fenómeno natural, para los ojos del pueblo creyente revistió un significado especial de amparo providencial y solicitud por parte de Yahvé que no los abandonaba y que de esta forma los alimentó durante los cuarenta años que duró el largo peregrinaje por el desierto, hasta que llegaron a territorio habitado en los límites de Canaán (cfr Ex 16, 35).

En lo oportuno de los fenómenos, el pueblo vio la mano protectora de Dios, quien no acostumbra a obrar espectacularmente ni en contra de las leyes naturales, sino que aprovecha el desarrollo normal de los acontecimientos para intervenir en la historia de los hombres.

La salvación era providencia diaria, era la constante e ininterrumpida presencia de Dios, no solo designio escatológico que se cumpliría al final de los tiempos. De hecho todos los acontecimientos son interpretados y vividos como actuales intervenciones salvíficas de Yahvé que para beneficiar a su pueblo se sirve del dinamismo natural de las cosas que Él creó.

Esta experiencia de salvación se puede concretar en diversos momentos importantes de la historia de Israel

## II. Dios forma a su pueblo Israel.

Dios se ha querido revelar haciendo de la historia de Israel el lugar donde acontece la salvación. Dios, para formar su pueblo comienza por escoger a los antepasados remotos, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, portadores de las promesas que se harán realidad en un futuro: promesas de descendencia, de la tierra y de la bendición a todos los pueblos.

El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. Rom 11,28), llamado a preparar la reunión de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf. Jn 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes[21].

Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la alianza del Sinaí y le dio por medio de Moisés su Ley, para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido (cfr DV 3). Israel es el pueblo de aquellos "a quienes Dios habló primero" (MR, Viernes Santo 13: oración universal VI), el pueblo de los hermanos mayores en la fe de Abraham.

[21] Cf. Rom 11,17-18.24. (cfr CEC 60)

Los acontecimientos están enlazados y unificados por la intervención personal de Dios como protagonista principal, con la colaboración que Él mismo pide a los hombres**.** Es que Dios no salva al hombre sin la cooperación del hombre**.** *El que te creó sin ti, no te puede redimir sin ti*, dirá más tarde san Agustín.

**III. La esclavitud y la liberación de Egipto**

Después de Abraham el libro del Génesis nos refiere la historia de Isaac y Jacob patriarcas depositarios de las promesas divinas, con quienes continúa la historia de la salvación.

También ellos, como Abraham, llevan una existencia seminómada recorriendo las cercanías de Canaán en busca de pastizales suficientes para sus rebaños de ovejas y cabras. Finalmente la carestía obliga a Jacob y sus hijos a desplazarse hacia el delta del Nilo e instalarse en territorios del faraón.

Durante más de diez generaciones crecieron y se multiplicaron hasta llenar el país (Ex 1,7), pero después de un largo período de bonanza y prosperidad el panorama político se modificó bruscamente. La Biblia lo atribuye a "la llegada de un nuevo rey que no conocía a José" (Ex 1,8); entonces fueron esclavizados y obligados a trabajos forzados con jornadas agotadoras bajo el agobiante sol y el brutal látigo de los capataces, principalmente en las ladrilleras que proveían de tabiques para la construcción de las *ciudades depósito* del faraón (cfr Ex 5,8-9).

El clamor del pueblo bajo el yugo de la servidumbre llegó a los oídos de Yahvé: «Oyó Dios sus gemidos y se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob y movido a compasión miró a los hijos de Israel» (cfr Ex. 2, 23-25). La historia de la salvación se pone en marcha de nuevo: llamó Dios a Moisés y le confió la misión de sacar a su pueblo de Egipto.

Este episodio fundante de la historia de Israel, tiene un antecedente: el Dios que se reveló a Moisés en el Sinaí es el mismo que había llamado y guiado a los patriarcas en sus peregrinaciones: es el Dios de Abraham, el Dios de lsaac y el Dios de Jacob (Ex 3,6) y el Dios Salvador de Israel, que es su pueblo elegido a quien decide sacarlo de Egipto, de la casa de la servidumbre (cfr Ex 20,1).

El Libro del Éxodo narra que Israel, y una *gran multitud abigarrada* bajo la guía de Moisés, consiguió huir y liberarse (Ex 12,38). Se lanzó por los caminos del desierto en busca de un espacio y de una identidad propia. Pero su liberación no resultó consecuencia de su habilidad o de su fuerza, fue obra de la iniciativa y del poder de Dios, quien facilitó lo que superaba las capacidades y recursos del pueblo, por entonces bastante desorganizado.

Salieron de Egipto atravesando los Lagos Salados o Mar de los Juncos, en la

zona alta del actual golfo de Suez al noroeste del Mar Rojo; dejando atrás al ejército perseguidor, llegaron al pie del Sinaí. Ahí el pueblo selló su alianza con Yahvé, el Dios que estuvo misteriosamente a su lado en aquella gesta de liberación. Así, con gestos de grandeza, aquel día Yahvé salvó a Israel (Ex 14,30).

La experiencia del éxodo y la posterior alianza en el Sinaí, llevaron a los hebreos a tomar conciencia de ser el pueblo elegido. Al reconocer en estos hechos providenciales la mano de Dios, confiesa una y otra vez, que Yahvé es quien ha hecho posible todo esto, aunque aquel conglomerado (el autor de Números no duda en llamarlo *chusma*, 11,4) estaba siempre dispuesto a levantarse y no desperdiciaba ocasión para murmurar contra a Yahvé y reclamarle a Moisés (cfr Ex 14,11).

## IV. La Alianza

Al pie del monte Horeb, donde Moisés pastoreaba el rebaño, *oyó en medio de la zarza ardiente la voz* que decía: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob».

Por lo tanto, es el Dios de los padres quien envía a Moisés a liberar a su pueblo de la esclavitud egipcia (cfr Ex 3,6). Pero es también, el Dios que había ya hecho una Alianza *con Abraham (cfr Gen* 17, 1-14) y con sus descendientes, los patriarcas, fundadores de los diversos clanes que se convirtieron en el pueblo elegido de Dios.

Yahvé, al llamar a Moisés, se revela como *el Dios de la Alianza* que prepara una nueva etapa de la historia de la salvación, con la alianza que estrechará con su pueblo precisamente en el Sinaí.

De hecho, las iniciativas del Dios de la Alianza se remontan incluso a antes de Abraham, como la Alianza con Noé después del diluvio (cfr Gen 9, 1- 1 7), y sitúan desde el principio, la historia del hombre en la perspectiva de su salvación y confirman una misma voluntad de salvación por parte de Dios.

La Alianza igual que la creación es un favor divino, una iniciativa completamente libre, gratuita y soberana de Dios. Como recalca el Deuteronomio: «No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres...» (Dt 7,7-8).

Por la alianza Israel se convierte en «propiedad personal de Yahvé» (Ex 19,5), en pueblo suyo (Lev. 26,12). Yahvé, por su parte, queda «aliado», comprometido con Israel como «su Dios» (Lev. 26,12) y a estar siempre cercano para

protegerle. A lo largo de su historia, sobre todo en las dificultades, Israel no dudará en apelar a este compromiso que Yahvé ha adquirido: «Recuerda tu alianza» (Sal 74,20).

El pueblo, por su parte, debe obedecer a la ley recibida de Yahvé para ser fiel a esta alianza; aunque la iniciativa sea de Dios, el pueblo debe adherirse a ella plenamente y esta adhesión debe expresarse de manera real y concreta en el cumplimiento de la voluntad de Yahvé en todas las circunstancias de la vida cotidiana.

## V. La purificación en el desierto

Después de la experiencia de la liberación, en la que Israel experimentó materialmente la mano de Dios que intervino en su favor, las dificultades del desierto constituyeron una llamada a vivir de la fe, a fiarse de ese Dios que constantemente les ha dado pruebas de su amor y de su poder.

El pecado de Israel en el desierto es la falta de fe: si se quejan de las penurias del camino y desesperan de la ayuda de su Dios, es porque dudan de Él. Más aún, llegan a pensar que Dios los sacó de Egipto por odio, para entregarlos en manos de los amorreos y destruirlos (Dt 1,27), cuando en realidad toda la intervención de Yahvé está motivada por el amor (cfr Dt 4,37; 7,8).

El desierto, además de ser un lugar para purificar al pueblo por el pecado será el lugar privilegiado del encuentro con Dios. En él Israel ha visto cara a cara a Dios, ha hablado con él, ha sentido sobre sí su mano cariñosa que le guía y le alimenta, le defiende, le mima. (Dt 1, 30.32; cf. 4, 25-40)

La muerte de Moisés al concluir la travesía del desierto no interrumpe la continuidad de la historia salvadora. Yahvé, para llevarla a cabo, elige ahora nuevos enviados en la persona de Josué y de los Jueces sobre los que derrama su espíritu, para que en su nombre lleven a término la nueva tarea, la nueva etapa de la historia de la salvación, mediante la posesión de la tierra que representaba el cumplimiento de la promesa (cfr Dt 1, 6-8).

## VI. La tierra prometida, don y conquista.

“Cuando se levantaba la Nube de encima de la Tienda, los hijos de Israel desmontaban el campamento, y acampaban en el lugar que se detenía la nube” (Núm 9,17; Ex 40,36).

Moisés, después de la travesía por el desierto coloca a Israel al alcance de la Tierra Prometida y ve concluida su misión. Desde las alturas del monte Nebo, frente a Jericó, Yahvé le mostró todo el país y le dijo: “esta es la tierra que bajo

juramento prometí a Abraham, Isaac y Jacob, te dejo que la veas con tus propios ojos, pero no pasarás a ella". Allí murió Moisés (cfr Dt 34, 1- 5).

En este tema existe el peligro de quedarse exclusivamente en la apreciación humana de los hechos; por eso es importante tener presente cómo los autores sagrados hacen ver que detrás de todo está el brazo providente de Dios que constantemente los acompaña, guía y sostiene, haciendo así realidad el cumplimento de su promesa.

La larga travesía del desierto, llena de incidentes, desánimos e infidelidades, toca a su fin cuando el pueblo de Israel llega a las puertas de la tierra de Canaán.

Es comprensible que la invasión más o menos pacífica de Palestina tenga el tono triunfal de una brillante campaña militar en la epopeya religiosa del Libro de Josué, así se pone de relieve la eficaz protección divina. La conquista del país de Canaán era la culminación del Éxodo y la realización de la promesa hecha por Dios a los Patriarcas de concederles en posesión la tierra prometida. Se engrandecen hechos, que se presentan con un significado religioso: resaltar la presencia de Yahvé en medio de su pueblo.

Durante este periodo de asentamiento, conquista y mestizaje el pueblo incurrió en la anarquía e inmoralidad. Asimilaron fácilmente los cultos de las religiones cananeas, por lo que Dios les castigó repetidamente.

Mas tarde los redactores bíblicos cerrarían el Libro de los Jueces con esta frase llena de pesar, retrato fiel de la realidad: "por aquel tiempo no había rey en Israel y cada uno hacía lo que le parecía bien" (Jue 21,25).

El libro de los Jueces al narrar los primeros tiempos del asentamiento de Israel en Canaán y la lenta adaptación al nuevo estilo de vida sedentaria de un pueblo acostumbrado a vagar de aquí para allá durante años, describe los peligros de contagio para la fe al entrar en contacto con las religiones y cultos locales de los cananeos.

Hay un esquema de fondo que se repite constantemente: el pueblo es infiel a la alianza y se aleja de Dios. El resultado serán los males que caen sobre él. El pueblo se da cuenta, se arrepiente y clama a Yahvé, Y Dios suscita un salvador en la persona de alguno de los jueces; estos guías carismáticos, *profetas de acción*, representantes de la fe primitiva, los libran del peligro.

Josué y los Jueces representan la continuidad de la Historia de la Salvación. Dios sigue presente entre el pueblo llevando a feliz término la conquista de la Tierra Prometida, símbolo de la salvación. La conquista es fruto de la promesa de Dios. La victoria es obra de Dios. Los hombres colaboran con Él. Sí Dios

había hecho una alianza con el pueblo ¿cómo podía abandonarlo en medio de la dificultad? (cfr Jue 6,13)

La revisión de la historia de Israel lleva a una conclusión: el bienestar y la paz del pueblo nacen de la fidelidad a la alianza. Alejarse de ella trae siempre desgracias y males. La fidelidad, en cambio, es fuente de todos los bienes. «Reconoced con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma que, de todas las promesas que Yahvé vuestro Dios había hecho en vuestro favor, no ha fallado ni una sola: todas se os han cumplido. Ni una sola ha fallado» (Jos 23,14). Y esta fidelidad es ratificada una vez más con la renovación de la alianza ya en posesión de la Tierra prometida (Jos 24).

**VII. La prueba del exilio.**

La Ley, signo de la Promesa y de la Alianza, habría debido regir el corazón y las instituciones del Pueblo salido de la fe de Abraham. Pero, después de David, Israel sucumbe a la tentación de convertirse en un reino como las demás naciones. El olvido de la Ley y la infidelidad a la Alianza llevan a la muerte: el Exilio, aparente fracaso de las Promesas, es en realidad fidelidad misteriosa del Dios Salvador y comienzo de una restauración prometida según el Espíritu. Era necesario que el pueblo de Israel sufriese esta purificación (cfr. Lc 24, 26; CEC 709-710), para poner en marcha una nueva etapa de la historia de la salvación.

El destierro a Babilonia se desarrolló en etapas, que coinciden con otras tantas rebeliones contra el dominador. Nabucodonosor, en una medida prudencial para impedir la rebelión, el año 597 a.C. llevó cautivos al rey Joaquín, a su familia y a los notables del país.

Posteriormente, el año 587, después de la toma y destrucción de Jerusalén, fueron deportados los que habían quedado en la ciudad y el resto de la población, a excepción de algunos pobres que dejaron para viñadores y labradores (2 Reyes 25, 12).

Parece que el número global de los deportados no fue excesivamente elevado en sí: cerca de 20,000, pero demasiados para un país pequeño, además se trataba de la población activa, de todos los que representaban algo en la vida política, económica, social y religiosa del pueblo. Por eso el autor puede escribir con razón que *todo* Judá "fue deportado lejos de su tierra" (2 Reyes 25, 21).

Desde el punto de vista humano, estos hechos significaban la destrucción y el fin político de Israel, pues lo más selecto del pueblo era arrastrado al exilio, lejos del país que Dios había prometido y dado a los hijos de Abraham. El templo, morada de la presencia divina y centro del culto de Israel, está en ruinas; Jerusalén, arrasada. La nación, como tal, dejaba de existir.

La catástrofe representaba una grave prueba para la fe de Israel, pues Parecía que Dios se había olvidado de su pueblo (Sal. 77,8-11), de la palabra dada, de las promesas hechas a David y a sus descendientes. Lejos de la patria se propaga el desaliento, *se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros* (Ez 37,11).

Pero, en los planes de Dios las cosas son diferentes, pues esta gran prueba será la ocasión de una profunda renovación interior en el pueblo de Israel. Al derrumbarse sus seguridades humanas y quedar desvalijado su orgullo nacional, los israelitas se vuelven a Yahvé y reconsideran su actitud ante Él. En esta situación los profetas, que fueron la boca de Yahvé, el instrumento a través del cual el Dios de la alianza no dejó de hablar a su pueblo, denunciaron las infidelidades, reanimaron la fe y la esperanza de sus compatriotas, infundiéndoles la certeza de que Yahvé es fiel y los salvaría para santificar su nombre y manifestar su gloria (cfr Ez 36,22-25).

En definitiva, el exilio formaba parte del plan de Dios, que *de los males sabe sacar bienes inmensamente mayores.*

El destierro llegó a su fin unos cincuenta años después, cuando Ciro el persa que había conquistado Babilonia, publicó la primavera del año 538 a.C. una ordenanza que daba libertad a los judíos para retornar a su tierra, reconstruir el Templo y reorganizar el país (Cfr. Neh 1,1-3).

Este decreto, significaba una nueva etapa de la Historia de la salvación y el cumplimiento de la palabra de Yahvé al profeta Ezequiel: *Yo os recogeré de entre los pueblos y os reuniré trayéndoos de los países a los que fuisteis dispersados, y os daré la tierra de Israel* (Ez 11, 17).

**Lecturas complementarias**

*Juan Pablo II, Catequesis 30 de octubre de 1991*

***El pueblo de Dios en el Antiguo Testamento***

*(Lectura: Deuteronomio, capítulo 7, versículos 6-8)*

*1. Según el Concilio Vaticano II, que recoge el texto de san Cipriano sobre el que hemos reflexionado en la catequesis anterior, «la Iglesia aparece como "un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"» (Lumen gentium, 4; cf. san Cipriano, De oratione dominica, 23: PL 4, 553). Como ya explicamos, con esas palabras el Concilio enseña que la Iglesia es ante todo un misterio arraigado en Dios-Trinidad. Un misterio cuya dimensión primera y fundamental es la dimensión trinitaria. La Iglesia «aparece como un pueblo» (Lumen gentium, 4; cf. san Cipriano, De oratione*

*dominica, 23: PL 4, 553) precisamente por su relación con la Trinidad, fuente eterna de la que brota. Así, pues, es el pueblo de Dios, del Dios uno y trino. A este tema queremos dedicar esta catequesis y las sucesivas, siguiendo siempre como hilo conductor la enseñanza del Concilio, que se inspira todo él en la Sagrada Escritura.*

*2. El Concilio declara, en efecto, que «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (Lumen gentium, 9). Este plan de Dios comenzó a manifestarse desde la historia de Abraham, con las primeras palabras que Dios le dirigió: «El Señor dijo a Abraham: Vete de tu tierra (...) a la tierra que yo te mostraré. De ti haré un gran pueblo y te bendeciré» (Gn 12, 1-2).*

*Esta promesa fue confirmada posteriormente con una alianza (Gn 15, 18; 17, 1-14) y proclamada solemnemente después del sacrificio de Isaac. Abraham, siguiendo el mandato de Dios, estaba dispuesto a sacrificarle su hijo único, que el Señor le había dado a él y a su esposa Sara en su vejez. Pero lo que Dios quería era sólo probar su fe. Isaac, por tanto, en este sacrificio, no sufrió la muerte, sino que permaneció vivo. Ahora bien, Abraham había aceptado el sacrificio en su corazón, y este sacrificio del corazón, prueba de una fe magnifica, le obtuvo la promesa de una descendencia innumerable: «Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa» (Gn 22, 16-17).*

*3. La realización de esta promesa debía comprender diversas etapas. En efecto, Abraham estaba destinado a convertirse en «padre de todos los creyentes» (cf. Gn 15, 6; Ga 3, 6-7; Rm 4, 16-17). La primera etapa se realizó en Egipto, donde «los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron; llegaron a ser muy numerosos y fuertes y llenaron el país» (Ex 1, 7). El linaje de Abraham ya se había convertido en «el pueblo de los israelitas» (Ex 1, 9), pero se encontraba en una situación humillante de esclavitud. Fiel a su alianza con Abraham, Dios llamó a Moisés y le dijo: «Bien vista tengo la aflicción de mí pueblo en Egipto y he escuchado su clamor (...). He bajado para librarle (...). Ahora, pues, ve: yo te envío a Faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto» (Ex 3, 7-10).*

*Así fue llamado Moisés para sacar a ese pueblo de Egipto, pero Moisés era sólo el ejecutor del plan de Dios, el instrumento de su poder, porque, según la Biblia, es Dios mismo quien saca a Israel de la esclavitud de Egipto. «Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo», leemos en el libro del profeta Oseas (11, 1). Israel es, por tanto, el pueblo de la predilección divina: «No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos*

*se ha prendado Yahveh de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres» (Dt 7, 7-8). Israel es el pueblo de Dios no por sus cualidades humanas, sino sólo por la iniciativa de Dios.*

*4. La iniciativa divina, esa elección soberana del Señor, toma forma de alianza. Así sucedió con respecto a Abraham. Y así acontece también después de la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. El mediador de esa alianza establecida a los pies del monte Sinaí es Moisés: «Vino, pues, Moisés y refirió al pueblo todas las palabras del Señor y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: "cumpliremos todas las palabras que ha dicho el Señor". Entonces escribió Moisés todas las palabras del Señor y, levantándose de mañana, alzó al pie del monte un altar y doce estelas por las doce tribus de Israel». Luego, se ofrecieron sacrificios y Moisés derramó sobre el altar una parte de la sangre de las víctimas. «Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo», tras lo cual recibió una vez más de los presentes la promesa de obediencia a las palabras de Dios. Y al fin, roció con la sangre al pueblo (cf. Ex 24, 3-8).*

*5. En el libro del Deuteronomio se explica el significado de ese acontecimiento: «Has hecho decir al Señor que él será tu Dios –tú seguirás sus caminos, observarás sus preceptos, sus mandamientos y sus normas, y escucharás su voz–. Y el Señor te ha hecho decir hoy que serás su pueblo propio» (Dt 26, 17-18). La alianza con Dios es para Israel una «elevación» particular. De este modo, Israel se convierte en «un pueblo consagrado al Señor su Dios» (cf. Dt 26, 19), y eso significa una particular pertenencia a Dios. Más aún: se trata de una pertenencia recíproca: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Jr 7, 23). Ésta es la disposición divina. Dios se compromete a sí mismo en la Alianza. Todas las infidelidades del pueblo, en las diversas etapas de su historia, no alteran la fidelidad de Dios a esa alianza. Si acaso, se puede decir que esas infidelidades abren, en cierto sentido, el camino a la nueva alianza, anunciada ya en el libro del profeta Jeremías: «Esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días (...): pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones le escribiré» (Jr 31, 33).*

*6. En virtud de la iniciativa divina en la alianza, un pueblo se transforma en el pueblo de Dios y, como tal, es santo, es decir, consagrado a Dios-Señor: «Tú eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios» (Dt 7, 6; cf. Dt 26, 19). En el sentido de esta consagración se aclaran también las palabras del Éxodo: «Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 6). A pesar de que, en el curso de su historia, aquel pueblo comete muchos pecados, no deja de ser pueblo de Dios. Por eso, remitiéndose a la fidelidad del Señor a la alianza establecida por él mismo, Moisés se dirige a él con la súplica*

*conmovedora: «No destruyas a tu pueblo, tu heredad», como leemos en el Deuteronomio (9, 26).*

*7. Dios, por su parte, no cesa de dirigirse al pueblo elegido con su palabra. Le habla muchas veces por medio de los profetas. El principal mandamiento sigue siendo siempre el del amor a Dios sobre todas las cosas: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6, 5). A este mandamiento se halla unido el mandamiento del amor al prójimo: «Yo soy el Señor. No oprimirás a tu prójimo (...). No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19, 13. 18).*

*8. Otro elemento emerge de los textos bíblicos: el Dios que establece la alianza con Israel quiere estar presente de un modo particular en medio de su pueblo. Esa presencia, durante la peregrinación a través del desierto, se expresa mediante la tienda del encuentro. Más adelante, se expresará mediante el templo, que el rey Salomón construirá en Jerusalén.*

*Con respecto a la tienda del encuentro, leemos en el Éxodo: «Cuando salía Moisés hacia la tienda, todo el pueblo se levantaba y se quedaba de pie ala puerta de su tienda, siguiendo con la vista a Moisés hasta que entraba en la tienda. Y una vez entrado Moisés en la tienda, bajada la columna de nube y se detenía a la puerta de la tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés. Todo el pueblo veía la columna de nube detenida en la puerta de la tienda y se levantaba el pueblo, y cada cual se postraba junto a la puerta de su tienda. El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo» (Ex 33, 8-11). El don de esa presencia era un signo particular de elección divina, que se manifestaba en formas simbólicas y casi en presagios de la realidad futura: la Alianza de Dios con su nuevo pueblo en la Iglesia.*

**Autoevaluación**

1. ¿Cuál es la respuesta de Abraham a la petición de Yahvé de sacrificar a su hijo?

2. ¿Cuál es el episodio fundante de Israel como pueblo de la salvación?

3. ¿Qué situación se repite constantemente en la relación de Dios con su pueblo?

4. ¿Qué reconocieron los hebreos con la experiencia del éxodo y la alianza en el Sinaí?

5. ¿Cuál debe ser la respuesta del hombre a la iniciativa de Dios de hacer una alianza con él?

6. ¿Qué aprende el hombre actual con la experiencia que vivió el pueblo de Israel en el desierto y la conquista de la Tierra Prometida?

7. ¿En qué consistió el pecado de Israel en el desierto?

8. ¿Según Juan Pablo II, cuál es el significado de la Alianza en el Sinaí?

9. ¿Qué realidad futura simboliza la presencia de Dios en la tienda del encuentro donde hablaba con Moisés cara a cara?

# Sesión 5
# Yahvé, Dios fiel y misericordioso

**Esquema de la lección**

I. Introducción.
II. Apostasía de Israel en el desierto
III. La respuesta de Dios
IV. La idolatría endémica
V. El arrepentimiento de David
VI. Israel, “La esposa infiel”**.**

**Profundiza tu fe**

El hombre reconoce su pequeñez y se da cuenta de que el amor de Dios prevalece sobre su justicia, ya que a pesar de que el hombre rechaza y ofende a Dios con sus infidelidades, Dios siempre lo escucha cuando humildemente y con un corazón arrepentido vuelve a Él.

**Catecismo**

Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que El mismo lleva el Nombre divino; “cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy” Cfr. CEC 211

**Cuerpo doctrinal:**

**I. Introducción.**

Dios al revelar su nombre a Moisés en la zarza ardiente, nos revela como es El, "Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (Ex 3,6), se está identificando como el Dios fiel y compasivo que se acuerda de las promesas hechas a los patriarcas y ahora viene para librar a sus descendientes de la esclavitud, pues su fidelidad es de siempre y para siempre.

Cuando se llama "Yo soy" se revela como el Dios que está siempre allí, presente junto a su pueblo para salvarlo.

**II. Apostasía de Israel en el desierto.**

Dios formó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Pero apenas se apagó el eco del canto triunfal de acción de gracias, mientras dejaban atrás el mar de las Cañas y daban sus primeros pasos de hombres

libres por el desierto, cuando empezaron a murmurar contra Yahvé porque no encontraban agua para beber.

Ese fue solo el principio de una larga historia de prevaricaciones y rebeldías (cfr Ex 16,8), porque muy pronto se apartaron del camino señalado por Dios.

De ahí a pocas semanas, cuando llegaron al Sinaí, Yahvé mandó a Moisés subir al monte para recibir la ley y los mandamientos.

Cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, se amotinó ante el sumo sacerdote Aarón para pedirle un dios que en adelante los guiara, ya que nada se sabía de Moisés.

Aarón no se tomó mucho tiempo para pensarlo, enseguida ordenó requisar los aretes y sortijas de oro que usaban las mujeres, hizo un molde y con el material recolectado hizo un becerro de fundición; mandó colocarlo sobre un altar y todo el pueblo lo adoró ofreciéndole holocaustos y sacrificios, porque, "ese era su dios, el que los había sacado de Egipto" (Cfr Ex 32, 1-6).

**III. La respuesta de Dios.**

A pesar del pecado de idolatría de Israel, que renegó de Dios para adorar al becerro de oro, Dios escucha la intercesión de Moisés y acepta marchar en medio de un pueblo infiel, reconociendo así, que es misericordioso, clemente, rico en amor y fidelidad; que perdona la rebeldía y que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merecen, mantiene su amor por mil generaciones.

No solo eso, renueva su alianza y por este su pueblo, realizará maravillas, como nunca se han hecho en nación alguna (Ex 34).

Israel fue el pueblo de la alianza con Dios, alianza que rompió muchas veces, pero que fue motivo para una experiencia muy especial de su misericordia, cuando adquiría conciencia de la propia infidelidad. Desde los comienzos, y a lo largo de su historia, tanto en los hechos como en sus palabras, Dios ha derrochado misericordia con el pueblo que escogió para sí.

A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito (Cfr. Dt 4,37; 7,8; 10,15). E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo y de perdonarle su infidelidad y sus pecados (Cfr. Os 2).

Incluso cuando, exasperado por la infidelidad de su pueblo, Yahvé piensa acabar con él, la ternura y el amor generoso prevalecen lo hacen sobreponerse a

su cólera (Cfr. Os 11,7-9). Por eso, cuando más adelante los salmistas desean expresar las alabanzas más sublimes del Señor, entonan himnos al Dios del amor, de la ternura, de la misericordia y de la fidelidad.

También los profetas ante los pecados del pueblo, cuando recurren a la misericordia, comparan el amor de Dios a Israel con el amor de un padre a su hijo. Dios ama a su Pueblo más que un esposo a su amada (Is 62,4-5); este amor vencerá incluso las peores infidelidades (Cfr. Ez 16; Os 11) y, cuando ve la penitencia, y la conversión auténtica, devuelve de nuevo la gracia a su pueblo.

Se resalta tanto la misericordia que puede parecer se contraponga en cierto sentido a la justicia divina y se revele en multitud de casos no sólo más poderosa, sino también más profunda que ella. En efecto, no se debe olvidar que, a lo largo de toda la revelación la primacía y la superioridad del amor respecto a la justicia *se manifiestan* precisamente a través de la *misericordia.*

Esto pareció tan claro a los salmistas y a los profetas que usaron el término mismo de *justicia* por significar la salvación llevada a cabo por Dios y su misericordia (Cfr. Sal 40, 11; 98, 2; Is 45, 21; 51, 5. 8; 56, 1).

## IV. La idolatría endémica.

La escena se repetiría, y no por única vez, durante el liderazgo de los Jueces, a quienes el pueblo tampoco escuchó, antes bien, quebrantó la alianza desertando del culto a Yahvé, el Dios de sus padres, para adorar a los Baales y las Astartés de los cananeos (Jue 3,7), sin renunciar en nada a las prácticas y a la conducta obstinada de sus padres (cfr Jue 2,19).

Durante este largo periodo de conquista y asentamiento en la tierra prometida, el pueblo de Israel se caracterizó por ser un reincidente en la idolatría, fácil para postrarse ante los dioses de los pueblos de alrededor (Jue 2, 12). El libro de los Jueces no se cansa de repetir: *Volvieron a hacer lo que desagradaba a Yahvé* (Jue 3,12; 4,1; 6,1; 8, 33; 10,6; 13,1), para concluir, con cierto dejo de tristeza: “*por aquel tiempo no había rey en Israel y cada quien actuaba según le parecía.* (Jue 21,25).

A pesar de todo, Yahvé se conmovía de su pueblo ante los gemidos que profería bajo el yugo de sus opresores (Jue 2,18), porque prevaleció siempre su amor salvífico sobre la infidelidad de su pueblo, *porque no podía soportar el sufrimiento de Israel* (Jue 10,16), aunque les dejó bien en claro que sus desgracias les ocurrían porque no escuchaban su voz (Jue 6,10).

## V. El arrepentimiento de David

En la predicación de los profetas la misericordia significa una fuerza especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido.

También a nivel personal la misericordia aparece como elemento correlativo de la experiencia interior de las personas que ante la desventura reconocen sus culpas. Así lo hace David, cuando ante la conciencia de la gravedad de su pecado (2 Sam 11, 27; 12, 9) recurre a la misericordia de Dios (2 Sam 24,10.14.17)

David, (Salmo 51), se confiesa culpable de un evento por demás penoso en su vida. El segundo libro de Samuel relata los detalles del pecado que el rey David cometió contra Dios en prejuicio de Urías al quitarle su esposa Betzabé y, luego propiciando su muerte en campaña para ocultar el abuso (2 Sam 11 y 12).

El arrepentimiento del propio corazón es el que Dios quiere, no los sacrificios sustitutos de animales. Se trata de reanudar el camino y rectificar las acciones de acuerdo a la justicia divina. Dios perdona o condena dependiendo de las actitudes interiores de la persona que asume la responsabilidad de las propias acciones, como en el caso de David: *yo fui quien pequé, yo cometí el mal, caiga tu mano sobre mí* (Cfr 2 Sam 24, 17).

Dios por medio del profeta Natán le hace ver su pecado. David se arrepiente, reconoce que Dios tiene razón (2 Sam 12,13), que es justo en denunciar su pecado y pronunciar su castigo, por eso pregona su misericordia: *Clamé a Yahvé en mi angustia, a mi Dios invoqué y escuchó mi voz desde su templo, resonó mi llamada en sus oídos (*2 Sam 22,7). El amor de Dios es la causa de su misericordia: *me salvó porque me amaba* (2 Sam 22, 20).

Su gran personalidad armoniza con acierto los deberes del ungido de Yahvé. Es un personaje lleno de virtudes, pero a la vez responsable de graves delitos. Por su humildad y capacidad de reacción ha quedado como el prototipo ejemplar del rey de Israel. En su reinado, nacen las esperanzas mesiánicas. El Mesías es descrito como el Hijo de David, que heredará su trono e instaurará un reino de justicia y de paz.

## VI. Israel, “La esposa infiel”.

La Biblia nos presenta la relación de Israel con Yahvé como la relación de un esposo con su esposa. El libro de Oseas nos revela como Dios desarrolla un nuevo método para rescatar a su pueblo de la idolatría: como si se tratara de una esposa alocada le confiesa su amor fiel y misericordioso, a pesar de sus infidelidades.

Sirviéndose de la experiencia personal de Oseas, profundamente enamorado de una mujer que lo deja y le es infiel, Yahvé, nos revela como quiere a su pueblo Israel con un amor apasionado, y le duele que su pueblo le abandone para irse tras dioses ajenos.

Yahvé siente por su pueblo un amor real y personal, como esposo enamorado, fiel hasta el extremo, pero herido por la traición de su amada: que *se engalanaba con anillos y  collares, para ir tras sus amantes, olvidándose de mi* (Cfr. Os 2,15).

Todavía Yahvé lamenta la superficialidad del amor de su pueblo: *"El cariño que me tiene es como una niebla mañanera, como el rocío que se evapora* (Os 6,4). A pesar de todo Él mantiene la esperanza de poder reavivar su amor de nuevo.

Su primer impulso es abandonar a la amada (Os 9,15), pero no es capaz, se le conmueve el corazón (Os 11,8). Le castiga sólo lo necesario para que recapacite y vuelva a Él. Entonces reconsiderará: ' voy a volver con mi primer marido, pues con él me iba mucho mejor que ahora'. Y yo la volveré a conquistar; la llevaré al desierto y allí le hablaré de amor" (Cfr. Os 2,9s.16), y ella me corresponderá ahí como en su juventud (Cfr. Os  2, 17).

No la obliga a volver, pero una vez que vuelve, aunque sea por interés personal, no hay reproches, sino amor sin límites. Yahvé, el esposo fiel, no se contenta con perdonar a su amada. Su amor es tal que llega a regenerarla y embellecerla todo lo posible, de modo que llegan a celebrar los dos unos nuevos desposorios, muy superiores a los primeros: "Yo me desposaré contigo para siempre; serás mi esposa en justicia y  rectitud, en lealtad amorosa y compasión. Me uniré a ti en fidelidad y tú sabrás quién es Yahvé (Os 2,21).

Este mismo libro de Oseas Yahvé utiliza también la comparación de la ingratitud de un hijo para con un padre cariñoso y tierno: "Cuando Israel era niño yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero mientras los llamaba yo, más se alejaban de mí... Yo, sin embargo, les enseñé a andar a Efraín, sujetándolo de los brazos, pero ellos no entendieron que era yo quien cuidaba de ellos" (11, 1-3). "Yo los trataba con gestos de ternura, como si fueran personas. Era para ellos como quien les da de comer en la propia mano" (11,4).

Yahvé como buen padre sufre por las ingratitudes de sus hijos y las consecuencias dolorosas que ellas le acarrean: "Mi pueblo está pagando ahora su infidelidad, pues invocan a Baal, pero nadie lo ayuda. ¿Cómo voy a dejarte abandonado, Efraín? ¿Cómo no te voy a rescatar, Israel? ¿Será posible que te abandone...? Mi corazón se conmueve y se remueven mis entrañas. No puedo dejarme llevar por mi indignación y destruirte, pues yo soy Dios y no hombre. Yo soy el santo que está en medio de ti, y no me gusta destruir" (11, 7-9).

Como en el caso de la esposa infiel, también el padre ofendido conserva la esperanza de regenerar al ingrato de su hijo: “Sanaré su infidelidad; lo amaré con todo el corazón, pues mi enojo se ha apartado de él” (Cfr. Os 14,5).

Dios busca en primer lugar que se le conozca con amor: “Yo quiero amor, no sacrificios; conocimiento de Dios, más que víctimas consumidas por el fuego” (6,6). Ofrece una nueva relación personal con él, nacida de un corazón purificado y renovado, lleno de conocimiento y amor de Dios. Para regresar a Dios el único camino es actuar con amor y justicia, confiando siempre en él (12,7).

En estas dos imágenes familiares el Dios de Oseas sabe perdonar una y otra vez por puro amor, cuando el pueblo realiza aunque sea el más mínimo gesto de querer volver a él. El castigo nunca tiene la última palabra; el amor es el que acaba triunfando: “La volveré a conquistar, la llevaré al desierto y allí le hablaré de amor” (Os 2,16). Así es como da a conocer lo más profundo de su ser: “Tú serás para mí una esposa fiel, y así conocerás quién es Yahvé” (2,21s), yo no guardo rencor para siempre, tan solo reconoce tu culpa (Cfr. Jer 3, 12-13), pues mi mano no se ha vuelto demasiado corta para rescatarte (Cfr. Is 50,2)

El Dios de Oseas, como el padre del Hijo prodigo (Cfr. Lc 15,11-31), ama a su pueblo con un amor inmenso de esposo y de padre, siempre tierno y fiel, a pesar de sus infidelidades y sus ingratitudes. Un Dios que termina haciendo triunfar su amor, porque es rico en misericordia hasta el extremo de entregar a su propio Hijo por la regeneración y salvación del pecador.

**Lecturas complementarias**

*Lectura del Evangelio de San Lucas 15, 11 - 32*

*11 Dijo: "Un hombre tenía dos hijos; 12 y el menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda. 13 Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. 14 "Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. 15 Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. 16 Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. 17 Y entrando en sí mismo, dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! 18 Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. 19 Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros." 20 Y, levantándose, partió hacia su padre. "Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le*

*besó efusivamente. 21 El hijo le dijo: "Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo." 22 Pero el padre dijo a sus siervos: "Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. 23 Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, 24 porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron la fiesta. 25 "Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; 26 y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. 27 El le dijo: "Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano." 28 El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. 29 Pero él replicó a su padre: "Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; 30 y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!" 31 "Pero él le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; 32 pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado."*

*Lectura del Libro del profeta Oseas.*

**Autoevaluación**

1. ¿Cómo responde Yahvé a la idolatría del pueblo?

2. ¿Cuál es el motivo de la fidelidad de Yahvé hacia su pueblo?

3. ¿De qué depende el perdón o la condena por parte de Dios?

4. ¿Cuál es la actitud de David cuando el profeta Natán le hace ver su pecado?

5. ¿Cuáles son las características que descubrimos de la naturaleza del Dios revelado?

6. En el Nuevo Testamento, ¿a qué límite llega la misericordia divina?

# Sesión 6
# La espera del Mesías

**Esquema de la lección**

I. Introducción.
II. La promesa del Mesías.
III. La misión de los profetas.
IV. La figura del Mesías.
V. La plenitud de los tiempos.

**Profundiza tu fe:**

El atribuir el nombre 'Cristo' a Jesús de Nazaret es el testimonio de que los Apóstoles y la Iglesia primitiva reconocieron que en El se habían realizado los designios del Dios de a alianza y las expectativas de Israel. Es lo que proclamó Pedro el día de Pentecostés cuando, inspirado por el Espíritu Santo, habló por la primera vez a los habitantes de Jerusalén y a los peregrinos que habían llegado a las fiestas: 'Tenga pues por cierto toda la casa de Israel que Dios le ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado' (Hech 2, 36).

**Catecismo**

Toda la misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías. CEC 727

**Cuerpo doctrinal:**

**I. Introducción.**

Dado que la finalidad del presente tema es hacer una lectura bíblica de la *Espera del Mesías*, se debe comenzar por precisar el significado propio de Mesías para evitar equívocos, y no desviarlo a significados ajenos.

Mesías, del arameo *meshiha* y del hebreo *mashiah*, significa «ungido» y fue traducido al griego por «*christós*», latinizado en *christus*. Semánticamente, nos encontramos ante una de las evoluciones más sorprendentes: el participio que habitualmente indicaba al «rey» de Israel -en alusión particular a su ceremonia de investidura- se convierte en el nombre propio de una persona histórica en la

que se ve realizada la antigua promesa[22]. (La etimología también puede ser encontrada Cfr. CEC 436)

Como fenómeno religioso, el mesianismo no es específico de Israel; encontramos formas de esperanza mesiánica en el antiguo Egipto, en Mesopotamia y en Grecia[23].

El término, de ser un adjetivo verbal que expresaba una función histórica, pasó a ser el nombre propio de Jesús de Nazaret porque él cumple perfectamente la misión divina que la palabra significa. Paradójicamente, muchos de sus contemporáneos no reconocieron en el rostro de Jesús al Mesías de Israel (Jn 7,26 -27).

En Israel eran ungidos por orden de Yahvé (1 Sam 9,16), los consagrados para una misión que habían recibido de Él, como era el caso de los reyes. El primer libro de Samuel refiere de esta forma la unción de Saúl: Entonces tomó Samuel un tarro de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, lo besó y le dijo: *esta será para ti la señal de que Yahvé te ha ungido como jefe de su pueblo* (Cfr. 1 Sam 10,1).

La descripción de la unción de David está un poco más desarrollada, concluye a la orden de Yahvé así: *Tomó Samuel el cuerno del aceite y lo ungió. Y a partir de entonces, vino sobre David el espíritu de Yahvé* (Cfr. 1 Sam 16,1-13).

Se unge también a los sacerdotes (Cfr. Ex 29, 7; Lv 8, 12) y, excepcionalmente a los profetas (Cfr. 1 R 19, 16).

Este debía ser por excelencia el caso del Mesías que Dios enviaría para instaurar definitivamente su Reino. El Mesías es ungido por el Espíritu del Señor (Cfr. Is 11, 2) a la vez como rey y sacerdote (Cfr. Za 4, 14; 6, 13) pero también como profeta (Cfr. Is 61, 1; Lc 4, 16-21). Jesús cumplió la esperanza mesiánica de Israel en su triple función de sacerdote, profeta y rey (Cfr. CEC 436).

La consagración mesiánica de Jesús manifiesta su misión divina. "Por otra parte eso es lo que significa su mismo nombre, porque en el nombre de Cristo está sobre entendido El que ha ungido, El que ha sido ungido y la Unción misma con la que ha sido ungido: El que ha ungido, es el Padre. El que ha sido ungido, es el Hijo, y lo ha sido en el Espíritu que es la Unción". Su eterna consagración mesiánica fue revelada en el tiempo de su vida terrena en el momento de su bautismo por Juan cuando "Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10, 38) "para que él fuese manifestado a Israel" (Jn 1, 31)

[22] Cf. Diccionario de Teología Herder
[23] Idem

como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como "el santo de Dios" (Mc 1, 24; Jn 6, 69; Hch 3, 14; CEC 438).

Durante el desempeño de su ministerio solo con reservas permitió se le llamara así, porque entonces se tenía una concepción demasiado humana del Mesías (Mt 22, 41-46). Precisó el auténtico significado de su realeza mesiánica, cuando al aceptar la confesión de fe de Pedro que le reconocía como el Mesías, le revela su identidad con el Hijo del Hombre (Cfr. Mc 8,31) que ha bajado del cielo como siervo doliente (Jn 3, 13; Cfr. Jn 6, 62; Dn 7, 13) que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos (Mt 20, 28; Cfr. Is 53, 10-12).

Por esta razón el verdadero sentido de la realeza mesiánica de Jesús se manifiesta plenamente desde lo alto de la Cruz (Cfr. Jn 19, 19-22; Lc 23, 39-43) y es proclamada públicamente por Pedro después de su resurrección ante el pueblo de Dios: "Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36; Cfr. CEC 440) y San Juan concluye su evangelio invitando a creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (Jn 20,31).

## II. La promesa del Mesías

La Iglesia en la cuarta plegaria eucarística se dirige a Dios con las siguientes palabras: "Te alabamos, Padre santo, porque eres grande, porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya *creaste al hombre* y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a Ti, su Creador, dominara todo lo creado. *Y, cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte...*".

Esta es, desde un inicio, la respuesta de Dios al primer pecado del hombre: la promesa original de un Salvador, cuando conmina a la serpiente, símbolo del mal: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje" (3,15). Estas palabras constituyen el primer anuncio del Mesías Redentor.

A este respecto es muy importante no atribuir a un texto, o a un episodio aislado, más de lo que el autor en realidad quiso decir y significar. No se debe violentar el auténtico progreso de la revelación por un inducido desfase del significado que los acontecimientos tuvieron en su tiempo. Pero tampoco se puede negar que en el Antiguo Testamento, durante siglos y generaciones, este anuncio se recordaba de diversos modos, en los ritos, en los simbolismos, en las plegarias, en las profecías, en la misma historia de Israel como pueblo de Dios orientado hacia un final mesiánico, aunque siempre bajo el velo de la fe inmadura y provisional que preparaba la venida de Cristo, redentor universal, y empleando elementos imperfectos y pasajeros.

Algunos ejemplos:

- En la época de los patriarcas, entre las bendiciones que se ponen en boca de Jacob, dice a Judá: "No se irá el cetro de manos de Judá, el bastón de mando de entre sus piernas hasta que venga al que le pertenece y al que rindan homenaje las naciones." (Gn 49,10).

- Se puede tomar también como preparación, el anuncio de Moisés al pueblo, de parte de Yahvé: "Yo les suscitaré de en medio de tus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande" (Dt 18,18).

- Cuando Balaam ha sido contratado por el rey de Moab para maldecir a Israel que viene a conquistar la tierra prometida, en lugar de hacerlo, lo bendice por orden de Yahvé: Lo veo, pero no es ahora; lo contemplo, pero no está cerca; de Jacob se alza una estrella, un cetro surge de Israel (Cfr. Núm 24,17).

- Posteriormente el profeta Natán, en nombre de Yavhé promete a David: “Cuando se cumplan tus días... suscitaré a tu linaje después de ti... y afirmaré su reino. El edificará casa a mí nombre y yo estableceré su trono por siempre. En un primer momento esta promesa se cumplió con Salomón, hijo y sucesor de David. Pero el sentido pleno de la promesa sobrepasa los confines de un reino terreno, para referirse a una realidad que va más allá de la historia, del tiempo y del espacio (Cfr. 2 Sam 7, 12-14).

## III. La misión de los profetas.

La dolorosa experiencia del destierro que dejó a los israelitas desamparados, intensificó en el pueblo la espera y la súplica de un nuevo ungido, de un rey que continuara la descendencia real de David y restableciera su reino: *Pastor de Israel, despierta tu poder y ven a salvarnos* (Sal 80,1-2), pero con el transcurso del tiempo, esta espera, en unos pocos, en el resto elegido, fue experimentando una transformación y una sublimación.

En estas circunstancias políticas adversas, Dios fue formando a su pueblo en la esperanza de la salvación, que tiene las características de una nueva alianza:

- Destinada a todos los hombres, no solo a Israel (Cfr. Is 2,2-4)

- Será grabada en los corazones (Cfr. Jr 31,31-34; Hb 10,16).

- Significa una redención radical del pueblo de Dios y la purificación de todas sus infidelidades (Cfr. Ez 36).

- La salvación que trae incluye a todas las naciones (Cfr. Is 49,5-6; 53,11).

**IV. La figura del Mesías.**

Los profetas, portadores de la promesa de salvación y restauración para el pueblo de Dios, también fueron dando los rasgos de aquel que habría de venir:

- La profecía más notable es de Isaías: "Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío en su hombro y se llamará su nombre 'Maravilla de consejero', Dios fuerte 'Siempre Padre', Príncipe de la Paz'. Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia. Desde ahora y hasta siempre el celo del Señor hará esto" (Is 9,5-6). "Saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño brotará de sus raíces. Reposara sobre él el Espíritu de Yahvé. (Cfr. Is 11,1-9; cfr CEC 712).

- El libro de Isaías también contiene uno de los poemas más hermosos de la Biblia referidos a la figura del Mesías. Es el poema del Siervo de Yahvé, que describe la imagen del justo que sufre y paga por los pecados de otros. Es el justo que intercede en favor de quienes necesitan la salvación.

  Pero asume la responsabilidad de los otros sin contraer su impureza. Es un servidor sin mancha. Este sacrificio que sustituye abre una nueva visión de la redención universal. El Siervo de Yahvé es un mediador de una alianza entre Dios y la humanidad entera.

- Jeremías, quien centra el mesianismo en anunciar la vuelta de los desterrados a su patria, profetiza que un descendiente de David reunificará a todas las tribus, como símbolo de la salvación que Dios desea para todos los pueblos y razas.

- El profeta Miqueas precisa que será rey y nacerá en Belén. (Miq 5, 1) Zacarías lo muestra como rey justo, que trae la paz y la victoria, aunque será un salvador humilde que vendrá montado sobre un asno. (Zac 9, 9)

- El profeta Daniel, por su parte, describe al Mesías como el Hijo del Hombre que viene de lo alto, sobre las nubes del cielo y a quien «se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas te sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás» (Cfr. Dn 7, 13-14)

- Es especialmente importante la de Isaías sobre el Emmanuel: *He aquí que una virgen ha concebido y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel* (Cfr. Is 7, 14) pues, Jesús, el Mesías, no solo significó, sino que con toda propiedad fue el Emmanuel, el Dios- con-nosotros.

  En esta profecía como en la de Daniel está fuertemente presente el carácter divino del Mesías.

**V. La plenitud de los tiempos.**

*"Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley"* (Gal 4,4). Después de una larga espera llega la plenitud de los tiempos, el ángel anuncia a María el nacimiento de Jesús: "Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su Padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin" (Lc 1,30-33).

Este acontecimiento se manifiesta a diversos testigos:

- A los pastores que lo vieron recién nacido acostado en un pesebre (Cfr. Lc.2,16)

- El anciano Simeón lo reconoce cuando María y José lo presentan en el Templo: "*Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación*" (Lc 2, 22-32).

- Lo mismo que a la profetisa Ana que "hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Israel" (Lc 2, 38).

- En la Sinagoga de Nazareth, leyendo el texto de Isaías: "El Espíritu del Señor esta sobre mi, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva…, declara Jesús. "Esta escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy" (Lc 4,16-21).

- Andrés no tiene la menor duda y le informa a su hermano Pedro: «Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo» (Jn. 1, 41).

- Cuando Juan que está preso manda preguntar a Jesús: "¿Eres tu el que ha de venir o debemos esperar a otro? Jesús responde a los enviados, que le cuenten lo que han visto y oído (Cfr. Mt 11, 2-6).

- A la Samaritana que comenta: Yo sé que el Mesías está por venir. Jesús le confiesa: "Soy yo, el que está hablando contigo» (Jn 4, 25).

- A *la* pregunta del Sumo Sacerdote: "¿Eres tu el Cristo, el Hijo del Bendito? Responde Jesús: Yo soy, y verán al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo. El Sumo Sacerdote se rasga las vestiduras y exclama: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Han oído la blasfemia. (Mc 14, 61-64).

- Bien entendieron los sumos sacerdotes y el Sanedrín lo que Jesús quiso decir: "Nosotros tenemos una ley y según esa ley debe morir porque se tiene por Hijo de Dios" (Jn 19,7

**Lecturas complementarias**

*Lectura del profeta Jeremías cap. 23*

*Juan Pablo II, Catequesis 25 de febrero de 1987*

***Jesucristo, Mesías "Profeta"***

*1. Durante el proceso ante Pilato, Jesús, al ser interrogado si era rey, primero niega que sea rey en sentido terreno y político; después, cuando Pilato se lo pregunta por segunda vez, responde: "Tú dices que soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad" (Jn 18, 37). Esta respuesta une la misión real y sacerdotal del Mesías con la característica esencial de la misión profética. En efecto, el Profeta es llamado y enviado a dar testimonio de la verdad. Como testigo de la verdad él habla en nombre de Dios. En cierto sentido es la voz de Dios. Tal fue la misión de los Profetas que Dios envió a lo largo de los siglos a Israel.*

*En la figura de David, rey y profeta, es en quien especialmente la característica profética se une a la vocación real.*

*2. La historia de los Profetas del Antiguo Testamento indica claramente que la tarea de proclamar la verdad, al hablar en nombre de Dios, es antes que nada un servicio, tanto en relación con Dios que envía, como en relación con el pueblo al que el Profetas se presenta como enviado de Dios. De ello se deduce que el servicio profético no sólo es eminente y honorable, sino también difícil y fatigoso. Un ejemplo evidente de ello es lo que le ocurrió al Profeta Jeremías, quien encuentra resistencia, rechazo y finalmente persecución, en la medida en que la verdad proclamada es incómoda. Jesús mismo, que muchas veces se refirió a los sufrimientos que padecieron los Profetas, los experimentó personalmente de forma plena.*

*3. Estas primeras referencias al carácter ministerial de la misión profética nos introducen en la figura del Siervo de Dios (Ebed Yahvéh) que se encuentra en Isaías (y precisamente en el llamado "Deutero-Isaías"). En esta*

*figura la tradición mesiánica de la Antigua Alianza encuentra una expresión especialmente rica, e importante, si consideramos que el Siervo de Yahvéh, en el que sobresalen sobre todo las características del Profeta, une en sí mismo, en cierto modo, también la cualidad del sacerdote y del rey. Los Cantos de Isaías sobre el Siervo de Yahvéh presentan una síntesis veterotestamentaria del Mesías, abierta a ulteriores desarrollos. Si bien están escritos muchos siglos antes de Cristo, sirven de modo sorprendente para la identificación de su figura, especialmente en cuanto a la descripción del Siervo de Yahvéh sufriente: un cuadro tan justo y fiel que se diría que está hecho teniendo delante los acontecimientos de la Pascua de Cristo.*

*4. Hay que observar que el término "Siervo", "Siervo de Dios", se emplea abundantemente en el Antiguo Testamento. A muchos personajes eminentes se les llama o se les define "siervos de Dios". Así Abraham (Gén 26, 24), Jacob (Gén 32, 11), Moisés, David y Salomón, los Profetas. La Sagrada Escritura también atribuye este término a algunos personajes paganos que cumplen su papel en la historia de Israel: así, por ejemplo, a Nabucodonosor (Jer 25, 8-9), y a Ciro (Is 44, 26). Finalmente, todo Israel como pueblo es llamado "siervo de Dios" (cf. Is 41, 8-9; 42, 19; 44, 21; 48, 20), según un uso lingüístico del que se hace eco el Canto de María que alaba a Dios porque "auxilia a Israel, su siervo" (Lc 1, 54).*

*5. En cuanto a los Cantos de Isaías sobre el Siervo de Yahvéh constatamos ante todo los que se refieren no a una entidad colectiva, como puede ser un pueblo, sino a una persona determinada a la que el Profeta distingue en cierto modo de Israel pecador: "He aquí a mi siervo, a quien sostengo yo -leemos en el primer Canto-, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él; él dará el derecho a las naciones. No gritará, no hablará recio ni hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que se extingue... sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el derecho en la tierra..." (Is 42, 1-4). "Yo, Yahvéh... te he formado y te he puesto por alianza del pueblo y para luz de las gentes, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del calabozo a los que moran en las tinieblas" (Is 42, 6-7).*

*6. El segundo Canto desarrolla el mismo concepto: "Oídme, islas; atended, pueblos lejanos: Yahvé me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre me llamó por mi nombre. Y puso mi boca como cortante espada, me ha guardado a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta y me guardó en su aljaba" (Is 49, 6). "Dijo: ligera cosa es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob... Yo te he puesto para luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra" (Is 49, 6). "El Señor, Yahvéh, me ha dado lengua de discípulo, para saber sostener con palabras al cansado" (Is 50, 4). Y también: "Así se admirarán muchos*

*pueblos y los reyes cerrarán ante él su boca" (Is 52, 15). "El Justo, mi Siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos" (Is 53, 11).*

*7. Estos últimos textos, pertenecientes a los Cantos tercero y cuarto, nos introducen con realismo impresionante en el cuadro del Siervo Sufriente al que deberemos volver nuevamente. Todo lo que dice Isaías parece anunciar de modo sorprendente lo que en el alba misma de la vida de Jesús predecirá el santo anciano Simeón, cuando lo saludó como "luz para iluminación de las gentes" y al mismo tiempo como "signo de contradicción" (cf. Lc 2, 32. 34).Ya en el libro de Isaías la figura del Mesías emerge como Profeta, que viene al mundo para dar testimonio de la verdad, y que precisamente a causa de esta verdad será rechazado por su pueblo, llegando a ser con su muerte motivo de justificación para "muchos".*

*8. Los Cantos del Siervo de Yahvéh encuentran amplia resonancia en el Nuevo Testamento, desde el comienzo de la actividad mesiánica de Jesús. Ya la descripción del bautismo en el Jordán permite establecer un paralelismo con los textos de Isaías. Escribe Mateo: "Bautizado Jesús. ... he aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre Él" (Mt 3 16); en Isaías se dice: "He puesto mi espíritu sobre Él" (Is 42, 1). El Evangelista añade: "Mientras una voz del cielo decía: Esté es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias" (Mt 3, 17), y en Isaías Dios dice del Siervo: "Mi elegido en quien se complace mi alma" (Is 42, 1). Juan Bautista señala a Jesús que se acerca al Jordán, con las palabras: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29), exclamación que representa casi una síntesis del contenido del Canto tercero y cuarto sobre el Siervo de Yahvéh sufriente.*

*9. Una relación análoga se encuentra en el fragmento en que Lucas narra las primeras palabras mesiánicas pronunciadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús lee el texto de Isaías: "EL Espíritu del Señor está sobre mi, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista: para poner en libertad a los oprimidos, par anunciar un año de gracia del Señor" (Lc 4, 17-19). Son las palabras del primer Canto sobre el Siervo de Yahvé (Is 42, 1-7; cf. también Is 61, 1-2).*

*10. Si miramos también la vida y el ministerio de Jesús. El se nos manifiesta como el Siervo de Dios, que trae la salvación a los hombres, que los sana, que los libra de su iniquidad, que los quiere ganar para Sí no con la fuerza, sino con la bondad. El Evangelio, especialmente el de San Mateo, hace referencia muchas veces al libro de Isaías, cuyo anuncio profético se realiza en Cristo: así cuando narra que "ya atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojaba con una palabra los espíritus, y a todos los que se sentían mal los curaba, para que se cumpliese lo dicho por el Profeta Isaías, que dice: El*

*tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias" (Mt 8, 16-17; cf. Is 53, 4). Y en otro lugar: "Muchos le siguieron, y los curaba a todos... para que se cumpliera el anuncio del Profeta Isaías: He aquí a mi siervo..." (Mt 12, 15-21), y aquí el Evangelista narra un largo fragmento del primer Canto sobre el Siervo de Yahvéh.*

*11. Como los Evangelios, también los Hechos de los Apóstoles demuestran que la primera generación de los discípulos de Cristo, comenzando por los Apóstoles, está profundamente convencida de que en Jesús se cumplió todo lo que el Profeta Isaías había anunciado en sus Cantos inspirados: que Jesús es el elegido Siervo de Dios (cf. por ejemplo, Act 3, 13; 3, 26; 4, 27; 4, 30; 1 Pe 2, 22-25), que cumple la misión del Siervo de Yahvéh y trae la nueva ley, es la luz y alianza para todas las naciones (cf. Act 13, 46-47). Esta misma convicción la volvemos a encontrar también en la "didajé", en el "Martirio de San Policarpo", y en la primera Carta de San Clemente Romano.*

*12. Hay que añadir un dato de gran importancia: Jesús mismo habla de Sí como de un siervo, aludiendo claramente a Is 53, cuando dice: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45; Mt 20, 28) y expresa el mismo concepto cuando lava los pies a los Apóstoles (Jn 13, 3-4; 12-15).*

*En el conjunto del Nuevo Testamento, junto a los textos y a las alusiones a al primer Canto del Siervo de Yahvéh (Is 42, 1-7), que subrayan la elección del Siervo y su misión profética de liberación, de curación y de alianza para todos los hombres, el mayor número de textos hace referencia al Canto tercero y cuarto (Is 50, 4-11; 52, 13-53, 12) sobre el Siervo Sufriente. Es la misma idea expresada de modo sintético por San Pablo en la Carta a los Filipenses, cuando hace un himno a Cristo: "el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de Sí mismo tomando la condición de siervo y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a Sí mismo, obedeciendo hasta la muerte" (Flp 2, 6-8).*

**Autoevaluación.**

1. ¿Qué significa Mesías?

2. ¿Cuándo fue revelada en el tiempo la consagración mesiánica de Jesús?

3. ¿Cómo manifestó Jesús que el era el Mesías, el Santo de Dios?

4. ¿Qué palabras de la Sagrada Escritura constituyen el primer anuncio del Mesías Redentor?

5. ¿Qué añade Gálatas 4,4 al Mesías el Hijo de David?

6. ¿Cuándo precisa Jesús el auténtico significado de su realeza mesiánica?

7. ¿Cuándo se manifiesta plenamente el verdadero sentido de la realeza mesiánica de Jesús?

8. ¿Quiénes son los portadores de la promesa de salvación y restauración para el pueblo de Dios?

9. ¿Quién profetiza que el Mesías será rey y nacerá en Belén?

10. ¿Quiénes el profeta que nos da más rasgos del Mesías?

# Sesión 7
# Jesucristo es la plenitud de la Revelación

**Esquema de la lección**

I. Introducción.
II. Plenitud y definitividad de la revelación de Jesucristo
III. El Logos encarnado y el Espíritu Santo en la obra de la salvación
IV. Unicidad y universalidad del misterio salvífica de Jesucristo
V. Unicidad y unidad de la Iglesia

**Profundiza tu fe**

*«La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación ». « Jesucristo, el Verbo hecho carne, "hombre enviado a los hombres", habla palabras de Dios y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre —, con su total presencia y manifestación, con palabras y obras, señales y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, y finalmente, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino [...]. La economía cristiana, como la alianza nueva y definitiva, nunca cesará; y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo». (Cfr. Dominus Iesus 5)*

**Catecismo**

Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. CEC 65

**Cuerpo doctrinal**

**I. Introducción**

La misión universal de la Iglesia nace del mandato de Jesucristo "Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación" (Mc 16,15-16); y se cumple en la proclamación del misterio de Dios, y del misterio de la encarnación del Hijo, como evento de salvación para toda la humanidad.

La Iglesia, en el curso de los siglos, ha proclamado y testimoniado con fidelidad este mandato de Jesús, núcleo de su Evangelio, sin embargo, esta misión está todavía lejos de su total cumplimiento.

Por eso, teniendo en cuenta que hay otras voces, otras religiones y otros valores «La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en ellas hay de santo y verdadero, cuando reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (Cfr. Nostra aetate, 2). En esta línea, se sirve del diálogo interreligioso, que forma parte de su misión evangelizadora (Cfr. Redemptoris missio, 55), para exponer nuevamente la doctrina de la fe católica con la intención de corroborar las verdades que forman parte del patrimonio de su fe.

Sin embargo este patrimonio es puesto hoy en peligro por teorías de tipo relativista, que tratando de justificar el pluralismo religioso, retienen superadas verdades como el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, y elaboran propuestas teológicas en las cuales la revelación cristiana y el misterio de Jesucristo y de la Iglesia pierden su carácter de verdad absoluta y de universalidad salvífica, o al menos se arroja sobre ellos la sombra de la duda y de la inseguridad.

## II. Plenitud y definitividad de la revelación de Jesucristo

Para poner remedio a esta mentalidad relativista, es necesario reiterar el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo. En efecto, siguiendo una pedagogía propia de adaptación al destinatario, Dios se reveló a los hombres gradualmente, mediante hechos y palabras íntimamente ligadas entre sí, de manera que las obras manifiestan y confirman las realidades que las palabras expresan, a su vez, las palabras esclarecen las obras y explican su misterio. Este largo proceso de la revelación culminó con el envío del propio Hijo de Dios (Cfr. DV 2; CEC 53). En él se da la revelación de la plenitud de la verdad divina, «porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9-10). En El, Dios lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta (Cfr. CEC 65).

Es, por lo tanto, contrario a la fe de la Iglesia sostener el carácter limitado, incompleto o imperfecto de la revelación de Jesucristo, que sería complementada por otras religiones.

Es necesario reiterar que si bien las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, son limitadas en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la Persona divina del Verbo encarnado, «verdadero Dios y verdadero hombre» (Cfr. DS 301) y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable.

La verdad sobre Dios no es abolida o reducida porque sea dicha en lenguaje humano. Ella sigue siendo única, plena y completa porque quien habla y actúa

es el Hijo de Dios encarnado. Por esto la fe profesa que el Verbo hecho carne, en todo su misterio, que va desde la encarnación a la glorificación, es la fuente participada más real, y el cumplimiento de toda la revelación salvífica de Dios a la humanidad.

A este respecto la Iglesia reitera que "La economía cristiana, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo" (DV 4C; CEC 66). Aunque el pleno conocimiento de la revelación divina se tendrá solamente el día de la venida gloriosa del Señor, la revelación histórica de Jesucristo ofrece ya todo lo que es necesario para la salvación del hombre, y no necesita ser completada por otras religiones: San Juan de la Cruz lo explica de esta manera: Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. (Cfr. Subida al monte Carmelo 2, 22,3-5)

Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos (Cfr. CEC n. 66)

La comprensión tanto de las realidades como de las palabras del depósito de la fe trasmitido en la revelación crece en la vida de la Iglesia, gracias a la asistencia del Espíritu Santo que enseña a los Apóstoles, y por medio de ellos a toda la Iglesia de todos los tiempos, « la verdad completa » (Jn 16,13):

- Cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón" (DV 8); es en particular la investigación teológica quien debe " profundizar en el conocimiento de la verdad revelada" (GS 62,7; Cfr. 44,2; DV 23; 24; UR 4).

- Cuando los fieles "comprenden internamente los misterios que viven" (DV 8). En palabras de San Gregorio Magno la comprensión de las palabras divinas crece con su reiterada lectura (Homilía sobre Ez 1, 7,8: PL 76, 843 D).

- "Cuando las proclaman los obispos, sucesores de los apóstoles en el carisma de la verdad" (DV 8C; CEC 94).

Pero el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios ha sido confiado únicamente al Magisterio de la Iglesia, al Papa y a los obispos en comunión con él (CEC 100).

**III. El Logos encarnado y el Espíritu Santo en la obra de la salvación**

Con frecuencia la reflexión teológica contemporánea se acerca a Jesús de Nazaret como si fuese una figura histórica particular y finita, que revela lo divino de manera no exclusiva sino complementaria a otras figuras reveladoras y salvíficas.

Según esta perspectiva el Misterio último de Dios se manifestaría a la humanidad en modos diversos y en diversas figuras históricas: Jesús de Nazaret sería una de esas, un rostro de tantos que el Logos habría asumido en el curso del tiempo para comunicarse salvíficamente con la humanidad.

Esta proposición discrepa profundamente con la fe cristiana, pues únicamente Jesús de Nazaret, hijo de María, es el Hijo y Verbo del Padre. El Verbo, que «estaba en el principio con Dios» (Jn 1,2), es el mismo que «se hizo carne» (Jn 1,14). En Jesús «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16) «reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9). Él es «el Hijo único, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18), el « Hijo de su amor, en quien tenemos la redención [...]. Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar con él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos » (Col 1,13-14.19-20).

Fiel a las Sagradas Escrituras y refutando interpretaciones erróneas y reductoras, el primer Concilio de Nicea definió solemnemente su fe en «Jesucristo Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos» (Cfr. 28) Conc. Ecum. de Nicea I, *DS* 125).

Al respecto Juan Pablo II ha declarado explícitamente: Cristo es Jesús de Nazaret, y éste es el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos (Cfr. *Redemptoris missio*, 6).

Es también contrario a la fe católica introducir una separación entre la acción salvífica del Logos en cuanto tal, y la del Verbo hecho carne. Con la encarnación, todas las acciones salvíficas del Verbo de Dios, se hacen siempre en unión con la naturaleza humana que él ha asumido para la salvación de

todos los hombres, pues el único sujeto que actúa en las dos naturalezas, la divina y la humana, es la única persona del Verbo (Cfr. San León Magno, *Tomus ad Flavianum*: *DS* 269).

Por lo tanto no es compatible con la doctrina de la Iglesia la teoría que atribuye una actividad salvífica al Logos como tal en su divinidad, que se ejercitaría «más allá» de la humanidad de Cristo, también después de la encarnación, pues la divinidad y la humanidad llegaron desde la concepción de la Virgen a una unidad tan grande que no se hubieran realizado ni sin el hombre las acciones divinas, ni sin Dios las acciones humanas (Cfr San León Magno, *Carta «Promisisse me memini» ad Leonem I imp*: *DS* 318).

En consecuencia el Magisterio de la Iglesia, fiel a la revelación divina, reitera que Jesucristo es el mediador y el redentor universal: «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvará a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor [...] es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos» (Cfr. *Gaudium et spes*, 45; Conc. de Trento, *De peccato originali*, 3: *DS* 1513).

También la teoría de una economía del Espíritu Santo con un carácter más universal que la del Verbo encarnado, crucificado y resucitado, es contraria a la fe católica, que, en cambio, considera la encarnación salvífica del Verbo como un evento trinitario. En el Nuevo Testamento el misterio de Jesús, Verbo encarnado, constituye el lugar de la presencia del Espíritu Santo y la razón de su efusión a la humanidad, no sólo en los tiempos mesiánicos (Cfr. Hch 2,32 36; Jn 20,20; 7,39; 1 Co 15,45), sino también antes de su venida en la historia (Cfr. 1 Co 10,4; 1 Pe 1,10-12).

El Concilio Vaticano II ha llamado la atención de la conciencia de fe de la Iglesia sobre esta verdad fundamental. Cuando expone el plan salvífico del Padre para toda la humanidad, el Concilio conecta estrechamente desde el inicio el misterio de Cristo con el del Espíritu. Toda la obra de edificación de la Iglesia a través de los siglos se ve como una realización de Jesucristo Cabeza en comunión con su Espíritu ( Cfr. *Lumen gentium*, 7).

Queda claro, por lo tanto, el vínculo entre el misterio salvífico del Verbo encarnado y el del Espíritu Santo, que actúa el influjo salvífico del Hijo hecho hombre en la vida de todos los hombres, llamados por Dios a una única meta, ya sea que hayan precedido históricamente al Verbo hecho hombre, o que vivan después de su venida en la historia: de todos ellos es animador el Espíritu del Padre, que el Hijo del hombre dona libremente (Cfr. Jn 3,34).

Por eso la Iglesia ha llamado la atención con firmeza y claridad sobre la verdad de una única economía divina. Este Espíritu es el mismo que se ha hecho presente en la encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús y que

actúa en la Iglesia. No es, por consiguiente, algo alternativo a Cristo, ni viene a llenar una especie de vacío que existiera entre Cristo y el Logos. Todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones, tiene un papel de preparación evangélica, y no puede menos de referirse a Cristo, Verbo encarnado por obra del Espíritu, para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas.

En conclusión, la acción del Espíritu no está fuera o al lado de la acción de Cristo. Se trata de una sola economía salvífica de Dios Uno y Trino, realizada en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios, llevada a cabo con la cooperación del Espíritu Santo y extendida en su alcance salvífico a toda la humanidad y a todo el universo: Los hombres, pues, no pueden entrar en comunión con Dios si no es por medio de Cristo y bajo la acción del Espíritu.

## IV. Unicidad y universalidad del misterio salvífico de Jesucristo

Así mismo, la teoría que niega la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo, no tiene ningún fundamento bíblico. En efecto, debe ser firmemente creída, como dato perenne de la fe de la Iglesia, la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único salvador, que en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en él su plenitud y su centro.

Los testimonios del Nuevo Testamento lo certifican con claridad: « El Padre envió a su Hijo, como salvador del mundo » (1 Jn 4,14). En su discurso ante el sanedrín, Pedro, para justificar la curación del tullido de nacimiento realizada en el nombre de Jesús (Cfr. Hch 3,1-8), proclama: « Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos » (Hch 4,12). El mismo apóstol añade además que « Jesucristo es el Señor de todos »; « está constituido por Dios juez de vivos y muertos »; por lo cual « todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados » (Hch 10,36.42.43).

Pablo, dirigiéndose a la comunidad de Corinto, escribe: "para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros" (1 Co 8,5-6).

En el Nuevo Testamento, la voluntad salvífica universal de Dios está estrechamente conectada con la única mediación de Cristo: «[Dios] quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tm 2,4-6).

Debe ser, por lo tanto, firmemente creída como verdad de fe católica que la voluntad salvífica universal de Dios Uno y Trino es ofrecida y cumplida de una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios.

Teniendo en cuenta este dato de fe, y meditando sobre la presencia de otras experiencias religiosas no cristianas y sobre su significado en el plan salvífico de Dios, la teología está hoy invitada a explorar si es posible, y en qué medida, que también figuras y elementos positivos de otras religiones puedan entrar en el plan divino de la salvación.

El Concilio Vaticano II, en efecto, afirmó que « la única mediación del Redentor no excluye, sino suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única »( Cfr. *Lumen gentium*, 62), pero « Aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas sin embargo cobran significado y valor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias ».(Cfr. *Redemptoris missio*, 5) y serían contrarias a la fe cristiana y católica aquellas propuestas que contemplen una acción salvífica de Dios fuera de la única mediación de Cristo (Cfr. CEC 67)

Algunos proponen que en teología se eviten términos como « unicidad », « universalidad », «absolutez», cuyo uso daría la impresión de un énfasis excesivo acerca del valor del evento salvífico de Jesucristo con relación a las otras religiones. En realidad, con este lenguaje se expresa simplemente la fidelidad al dato revelado, pues constituye un desarrollo de las fuentes mismas de la fe. Desde el inicio, en efecto, la comunidad de los creyentes ha reconocido que Jesucristo posee una tal valencia salvífica, que Él sólo, como Hijo de Dios hecho hombre, crucificado y resucitado, en virtud de la misión recibida del Padre y en la potencia del Espíritu Santo, tiene el objetivo de donar la revelación (Cfr. Mt 11,27) y la vida divina (Cfr. Jn 1,12; 5,25-26; 17,2) a toda la humanidad y a cada hombre.

En este sentido Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. Recogiendo esta conciencia de fe, el Concilio Vaticano II enseña: « El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, "punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización", centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos ».(Cfr. *Gaudium et spes*, 45)

Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el centro y el fin de la misma: "Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin" (Ap 22,13) ».(Cfr. *Redemptoris missio*, 6).

**V. Unicidad y unidad de la iglesia**

El Señor Jesús, único salvador, no estableció una simple comunidad de discípulos, sino que constituyó a la Iglesia como misterio salvífico. Y así como la cabeza y los miembros de un cuerpo vivo aunque no se identifiquen son inseparables, Cristo y la Iglesia no se pueden confundir pero tampoco separar, y constituyen un único Cristo total.

Por eso, en conexión con la unicidad y la universalidad de la mediación salvífica de Jesucristo, debe ser firmemente creída como verdad de fe católica la unicidad de la Iglesia por él fundada.

Así como hay un solo Cristo, uno solo es su cuerpo, una sola es su Esposa: una sola Iglesia católica y apostólica . Además, las promesas del Señor de no abandonar jamás a su Iglesia (Cfr. Mt 16,18; 28,20) y de guiarla con su Espíritu (Cfr. Jn 16,13) implican que, según la fe católica, la unicidad y la unidad, como todo lo que pertenece a la integridad de la Iglesia, nunca faltaran.

Existe una continuidad histórica —radicada en la sucesión apostólica— entre la Iglesia fundada por Cristo y la Iglesia católica: «Esta es la única Iglesia de Cristo [...] que nuestro Salvador confió después de su resurrección a Pedro para que la apacentara (Jn 24,17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (Cfr. Mt 28,18ss.), y la erigió para siempre como columna y fundamento de la verdad » (1 Tm 3,15).

Esta Iglesia, constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste [*subsistit in*] en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él. Con la expresión «*subsitit in*», el Concilio Vaticano II quiere armonizar dos afirmaciones doctrinales: por un lado que la Iglesia de Cristo, no obstante las divisiones entre los cristianos, sigue existiendo plenamente sólo en la Iglesia católica, y por otro lado que « fuera de su estructura visible pueden encontrarse muchos elementos de santificación y de verdad », ya sea en las Iglesias que en las Comunidades eclesiales separadas de la Iglesia católica. Sin embargo, respecto a estas últimas, es necesario afirmar que su eficacia deriva de la misma plenitud de gracia y verdad que fue confiada a la Iglesia católica.

De lo anterior se concluye que la Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación, pues Cristo es el único Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia, y Él, inculcando con palabras

concretas la necesidad del bautismo (Cfr. Mt 16,16; Jn 3,5), confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta.

Desde luego, esta doctrina no se contrapone a la voluntad salvífica universal de Dios (Cfr. 1 Tm 2,4); por lo tanto, «es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación»(Cfr. *Redemptoris missio*, 9; CEC 846-847)

La Iglesia es «sacramento universal de salvación» porque, siempre unida de modo misterioso y subordinada a Jesucristo el Salvador, su Cabeza, en el diseño de Dios, tiene una relación indispensable con la salvación de cada hombre

Para aquellos que no son formal y visiblemente miembros de la Iglesia, « la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella, sino que los ilumina de manera adecuada en su situación interior y ambiental. Esta gracia proviene de Cristo; es fruto de su sacrificio y es comunicada por el Espíritu Santo ». Ella está relacionada con la Iglesia, la cual « procede de la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo », según el diseño de Dios Padre, por caminos que Él sabe (Cfr. *Ad gentes*, 7), por tanto queda claro que sería contrario a la fe católica considerar la Iglesia como un camino de salvación al lado de aquellos constituidos por las otras religiones. Éstas serían complementarias a la Iglesia, o incluso substancialmente equivalentes a ella, aunque en convergencia con ella en pos del Reino escatológico de Dios. A ellas, sin embargo no se les puede atribuir un origen divino ni una eficacia salvífica *ex opere operato*, que es propia de los sacramentos cristianos. Por otro lado, no se puede ignorar que otros ritos no cristianos, en cuanto dependen de supersticiones o de otros errores (Cfr. 1 Co 10, 20-21), constituyen más bien un obstáculo para la salvación.

**Lecturas complementarias**

## *DOMINUS IESUS*

### *III. UNICIDAD Y UNIVERSALIDAD DEL MISTERIO SALVÍFICO DE JESUCRISTO*

*13. Es también frecuente la tesis que niega la unicidad y la universalidad salvífica del misterio de Jesucristo. Esta posición no tiene ningún fundamento bíblico. En efecto, debe ser firmemente creída, como dato perenne de la fe de la Iglesia, la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único salvador, que en su evento de encarnación, muerte y*

*resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en él su plenitud y su centro.*

*Los testimonios neotestamentarios lo certifican con claridad: «El Padre envió a su Hijo, como salvador del mundo» (1 Jn 4,14); «He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). En su discurso ante el sanedrín, Pedro, para justificar la curación del tullido de nacimiento realizada en el nombre de Jesús (cf. Hch 3,1-8), proclama: «Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4,12). El mismo apóstol añade además que «Jesucristo es el Señor de todos»; «está constituido por Dios juez de vivos y muertos»; por lo cual «todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados» (Hch 10,36.42.43).*

*Pablo, dirigiéndose a la comunidad de Corinto, escribe: «Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1 Co 8,5-6). También el apóstol Juan afirma: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17). En el Nuevo Testamento, la voluntad salvífica universal de Dios está estrechamente conectada con la única mediación de Cristo: «[Dios] quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tm 2,4-6).*

*Basados en esta conciencia del don de la salvación, único y universal, ofrecido por el Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo (cf. Ef 1,3-14), los primeros cristianos se dirigieron a Israel mostrando que el cumplimiento de la salvación iba más allá de la Ley, y afrontaron después al mundo pagano de entonces, que aspiraba a la salvación a través de una pluralidad de dioses salvadores. Este patrimonio de la fe ha sido propuesto una vez más por el Magisterio de la Iglesia: « Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos (cf. 2 Co 5,15), da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea posible salvarse (cf. Hch 4,12). Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro ».*[42]

*14. Debe ser, por lo tanto, firmemente creída como verdad de fe católica que la voluntad salvífica universal de Dios Uno y Trino es ofrecida y cumplida*

*una vez para siempre en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios.*

*Teniendo en cuenta este dato de fe, y meditando sobre la presencia de otras experiencias religiosas no cristianas y sobre su significado en el plan salvífico de Dios, la teología está hoy invitada a explorar si es posible, y en qué medida, que también figuras y elementos positivos de otras religiones puedan entrar en el plan divino de la salvación. En esta tarea de reflexión la investigación teológica tiene ante sí un extenso campo de trabajo bajo la guía del Magisterio de la Iglesia. El Concilio Vaticano II, en efecto, afirmó que «la única mediación del Redentor no excluye, sino suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única».[43] Se debe profundizar el contenido de esta mediación participada, siempre bajo la norma del principio de la única mediación de Cristo: «Aun cuando no se excluyan mediaciones parciales, de cualquier tipo y orden, éstas sin embargo cobran significado y valor únicamente por la mediación de Cristo y no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias».[44] No obstante, serían contrarias a la fe cristiana y católica aquellas propuestas de solución que contemplen una acción salvífica de Dios fuera de la única mediación de Cristo.*

*15. No pocas veces algunos proponen que en teología se eviten términos como «unicidad», «universalidad», «absolutez», cuyo uso daría la impresión de un énfasis excesivo acerca del valor del evento salvífico de Jesucristo con relación a las otras religiones. En realidad, con este lenguaje se expresa simplemente la fidelidad al dato revelado, pues constituye un desarrollo de las fuentes mismas de la fe. Desde el inicio, en efecto, la comunidad de los creyentes ha reconocido que Jesucristo posee una tal valencia salvífica, que Él sólo, como Hijo de Dios hecho hombre, crucificado y resucitado, en virtud de la misión recibida del Padre y en la potencia del Espíritu Santo, tiene el objetivo de donar la revelación (cf. Mt 11,27) y la vida divina (cf. Jn 1,12; 5,25-26; 17,2) a toda la humanidad y a cada hombre.*

*En este sentido se puede y se debe decir que Jesucristo tiene, para el género humano y su historia, un significado y un valor singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto. Jesús es, en efecto, el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. Recogiendo esta conciencia de fe, el Concilio Vaticano II enseña: «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, "punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización", centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos».[45] «Es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y*

*universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el centro y el fin de la misma: "Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin" (Ap 22,13)».*[46]

***El diálogo con los hermanos de otras religiones***

*Redemptoris Missio 55. El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco , no está en contraposición con la misión ad gentes; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor; y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no sólo en cada individuo sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan «lagunas, insuficiencias y errores».*[98] *Todo ello ha sido subrayado ampliamente por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio posterior, defendiendo siempre que la salvación viene de Cristo y que el diálogo no dispensa de la evangelización.*[99]

*A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión ad gentes. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables.*

*Recientemente he escrito a los Obispos de Asia: «Aunque la Iglesia reconoce con gusto cuanto hay de verdadero y de santo en las tradiciones religiosas del Budismo, del Hinduismo y del Islam —reflejos de aquella verdad que ilumina a todos los hombres—, sigue en pie su deber y su determinación de proclamar sin titubeos a Jesucristo, que es "el camino, la verdad y la vida"... El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos».*[100] *En efecto, Cristo mismo, «al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo... confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta».*[101] *El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación.*[102]

***Ad Gentes 5***

***La Iglesia, enviada por Cristo***

*El Señor Jesús, ya desde el principio "llamó a sí a los que El quiso, y designó a doce para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar" (Mc., 3,13; Cf. Mt., 10,1-42). De esta forma los Apóstoles fueron los gérmenes del nuevo Israel y al mismo tiempo origen de la sagrada Jerarquía. Después el Señor, una vez que hubo completado en sí mismo con su muerte y resurrección los misterios de nuestra salvación y de la renovación de todas las cosas, recibió todo poder en el cielo y en la tierra (Cf. Mt., 28,18), antes de subir al cielo (Cf. Act., 1,4-8), fundó su Iglesia como sacramento de salvación, y envió a los Apóstoles a todo el mundo, como El había sido enviado por el Padre (Cf. Jn., 20,21), ordenándoles: "Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado" (Mt., 28,19s).*

*"Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere se condenará" (Mc., 16,15-16). Por ello incumbe a la Iglesia el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo, tanto en virtud del mandato expreso, que de los Apóstoles heredó el orden de los Obispos con la cooperación de los presbíteros, juntamente con el sucesor de Pedro, Sumo Pastor de la Iglesia, como en virtud de la vida que Cristo infundió en sus miembros "de quien todo el cuerpo, coordinado y unido por los ligamentos en virtud del apoyo, según la actividad propia de cada miembro y obra el crecimiento del cuerpo en orden a su edificación en el amor" (Ef., 4,16). La misión, pues, de la Iglesia se realiza mediante la actividad por la cual, obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo por el ejemplo de la vida y de la predicación, por los sacramentos y demás medios de la gracia, de forma que se les descubra el camino libre y seguro para la plena participación del misterio de Cristo.*

*Siendo así que esta misión continúa y desarrolla a lo largo de la historia la misión del mismo Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio, y de la inmolación de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección. pues así caminaron en la esperanza todos los Apóstoles, que con muchas tribulaciones y sufrimientos completaron lo que falta a la pasión de Cristo en provecho de su Cuerpo, que es la Iglesia. Semilla fue también, muchas veces, la sangre de los cristianos.*

***Nostra Aetate 2***

***Las diversas religiones no cristianas***

*Ya desde la antigüedad y hasta nuestros días se encuentra en los diversos pueblos una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y en los acontecimientos de la vida humana y a veces también el reconocimiento de la Suma Divinidad e incluso del Padre. Esta percepción y conocimiento penetra toda su vida con íntimo sentido religioso. Las religiones a tomar contacto con el progreso de la cultura, se esfuerzan por responder a dichos problemas con nociones más precisas y con un lenguaje más elaborado. Así, en el Hinduismo los hombres investigan el misterio divino y lo expresan mediante la inagotable fecundidad de los mitos y con los penetrantes esfuerzos de la filosofía, y buscan la liberación de las angustias de nuestra condición mediante las modalidades de la vida ascética, a través de profunda meditación, o bien buscando refugio en Dios con amor y confianza. En el Budismo, según sus varias formas, se reconoce la insuficiencia radical de este mundo mudable y se enseña el camino por el que los hombres, con espíritu devoto y confiado pueden adquirir el estado de perfecta liberación o la suprema iluminación, por sus propios esfuerzos apoyados con el auxilio superior. Así también los demás religiones que se encuentran en el mundo, es esfuerzan por responder de varias maneras a la inquietud del corazón humano, proponiendo caminos, es decir, doctrinas, normas de vida y ritos sagrados.*

*La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn., 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas.*

*Por consiguiente, exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen.*

***Unitatis Redintegratio 4***

***Ecumenismo***

*Hoy, en muchas partes del mundo, por inspiración del Espíritu Santo, se hacen muchos intentos con la oración, la palabra y la acción para llegar a aquella plenitud de unidad que quiere Jesucristo. Este Sacrosanto Concilio exhorta a todos los fieles católicos a que, reconociendo los signos de los tiempos, cooperen diligentemente en la empresa ecuménica.*

*Por "movimiento ecuménico" se entiende el conjunto de actividades y de empresas que, conforme a las distintas necesidades de la Iglesia y a las circunstancias de los tiempos, se suscitan y se ordenan a favorecer la unidad de los cristianos.*

*Tales son, en primer lugar, todos los intentos de eliminar palabras, juicios y actos que no sean conformes, según justicia y verdad, a la condición de los hermanos separados, y que, por tanto, pueden hacer más difíciles las mutuas relaciones en ellos; en segundo lugar, "el diálogo" entablado entre peritos y técnicos en reuniones de cristianos de las diversas Iglesias o comunidades, y celebradas en espíritu religioso. En este diálogo expone cada uno, por su parte, con toda profundidad la doctrina de su comunión, presentado claramente los caracteres de la misma. Por medio de este diálogo, todos adquieren un conocimiento más auténtico y un aprecio más justo de la doctrina y de la vida de cada comunión; en tercer lugar, las diversas comuniones consiguen una más amplia colaboración en todas las obligaciones exigidas por toda conciencia cristiana en orden al bien común y, en cuanto es posible, participan en la oración unánime. Todos, finalmente, examinan su fidelidad a la voluntad de Cristo con relación a la Iglesia y, como es debido, emprenden animosos la obra de renovación y de reforma.*

*Todo esto, realizado prudente y pacientemente por los fieles de la Iglesia católica, bajo la vigilancia de los pastores, conduce al bien de la equidad y de la verdad, de la concordia y de la colaboración, del amor fraterno y de la unión; para que poco a poco por esta vía, superados todos los obstáculos que impiden la perfecta comunión eclesiástica, todos los cristianos se congreguen en una única celebración de la Eucaristía, en orden a la unidad de la una y única Iglesia, a la unidad que Cristo dio a su Iglesia desde un principio, y que creemos subsiste indefectible en la Iglesia católica de los siglos.*

*Es manifiesto, sin embargo, que la obra de preparación y reconciliación individuales de los que desean la plena comunión católica se diferencia, por su naturaleza, de la empresa ecumenista, pero no encierra oposición alguna, ya que ambos proceden del admirable designio de Dios.*

*Los fieles católicos han de ser, sin duda, solícitos de los hermanos separados en la acción ecumenista, orando por ellos, hablándoles de las cosas de la Iglesia, dando los primeros pasos hacia ellos. Pero deben considerar también por su parte con ánimo sincero y diligente, lo que hay que renovar y corregir en la misma familia católica, para que su vida dé más fiel y claro testimonio de la doctrina y de las normas dadas por Cristo a través de los Apóstoles.*

*Pues, aunque la Iglesia católica posea toda la verdad revelada por Dios, y todos los medios de la gracia, sin embargo, sus miembros no la viven consecuentemente con todo el fervor, hasta el punto que la faz de la Iglesia resplandece menos ante los ojos de nuestros hermanos separados y de todo el mundo, retardándose con ello el crecimiento del reino de Dios.*

*Por tanto, todos los católicos deben tender a la perfección cristiana y esforzarse cada uno según su condición para que la Iglesia, portadora de la humildad y de la pasión de Jesús en su cuerpo, se purifique y se renueve de día en día, hasta que Cristo se la presente a sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga.*

*Guardando la unidad en lo necesario, todos en la Iglesia, cada uno según el cometido que le ha sido dado, observen la debida libertad, tanto en las diversas formas de vida espiritual y de disciplina como en la diversidad de ritos litúrgicos, e incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada; pero en todo practiquen la caridad. Pues con este proceder manifestarán cada día más plenamente la auténtica catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia.*

*Por otra parte, es necesario que los católicos, con gozo, reconozcan y aprecien en su valor los tesoros verdaderamente cristianos que, procedentes del patrimonio común, se encuentran en nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las virtudes en la vida de quienes dan testimonio de Cristo y, a veces, hasta el derramamiento de su sangre, porque Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras.*

*Ni hay que olvidar tampoco que todo lo que obra el Espíritu Santo en los corazones de los hermanos separados puede conducir también a nuestra edificación. Lo que de verdad es cristiano no puede oponerse en forma alguna a los auténticos bienes de la fe, antes al contrario, siempre puede hacer que se alcance más perfectamente el misterio mismo de Cristo y de la Iglesia.*

*Sin embargo, las divisiones de los cristianos impiden que la Iglesia lleve a efecto su propia plenitud de catolicidad en aquellos hijos que, estando verdaderamente incorporados a ella por el bautismo, están, sin embargo, separados de su plena comunión. Más aún, a la misma Iglesia le resulta*

*muy difícil expresar, bajo todos los aspectos, en la realidad misma de la vida, la plenitud de la catolicidad.*

*Este Sacrosanto Concilio advierte con gozo que la participación de los fieles católicos en la acción ecumenista crece cada día, y la recomienda a los Obispos de todo el mundo, para que la promuevan con diligencia y la dirijan prudentemente.*

**Autoevaluación**

1. ¿De qué manera las teorías de tipo relativista tratan de justificar el pluralismo religioso?

2. ¿Qué respuesta se da a quienes consideran incompleta la revelación cristiana?

3. ¿Existen otras mediaciones fuera del único mediador, Cristo Jesús?

4. ¿Qué significa la afirmación: "la única Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia católica?

5. Según la afirmación: "fuera de la Iglesia no hay salvación" ¿Podemos decir que los que no son católicos se condenarán?

6. ¿Qué implican las promesas del Señor de no abandonar jamás a su Iglesia y de guiarla con su Espíritu?

7. ¿Hay alguna diferencia entre el Jesús histórico, y el Cristo de la fe?

8. ¿Con quién se da y cómo se debe entender el "diálogo interreligioso"?

9. ¿Qué se debe tener siempre presente en el "diálogo interreligioso"?

10. ¿Qué se entiende por movimiento ecuménico?

# Sesión 8
# La transmisión de la Revelación

**Esquema de la lección**

I. Situación del tema: ¿Transmisión o tradición?
II. El hecho de la tradición
III. La Tradición apostólica
IV. Complementariedad de Escritura y Tradición.
V. La transmisión, tarea eclesial
VI. Objeto de la Tradición
VII. Expresiones de la Tradición
VIII. Espíritu Santo, garante de la Transmisión

**Profundiza tu fe:**

Lo que Cristo confió a los apóstoles, éstos lo transmitieron por su predicación y por escrito, bajo la inspiración del Espíritu Santo, a todas las generaciones hasta el retorno glorioso de Cristo.

**Catecismo**

"La Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores, para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación" CEC 81

**Cuerpo doctrinal:**

**I. Situación del tema: ¿Transmisión o tradición?**

Primero vamos a definir estos dos conceptos:

**Transmisión:** Es el acto por el cual el pueblo de Dios, guiado por hombres escogidos, comunica, de forma oral principalmente, a la siguiente generación, la revelación divina hasta el momento en que dicha revelación cristaliza en texto sagrado y canónico.

**Tradición:** Es el resultado del acto de transmitir.

En otras palabras, lo que en la Iglesia llamamos Tradición, es la transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo. Por ella, la Iglesia con su enseñanza,

su vida, su culto, conserva y trasmite a todas las edades lo que es y lo que cree. (Cfr. CEC 78)

Para que cuanto ha revelado Dios para salvación de todos los pueblos se conserve por siempre fiel e íntegro, el mismo Jesús ha entregado su Espíritu a la comunidad viva de la Iglesia, la cual transmite, actualiza y hace presente la revelación en cada etapa de la historia.

A esta transmisión hecha de viva voz, distinta de la Sagrada Escritura, se le llama Tradición, y es lo que la Iglesia con su enseñanza, su vida y su culto, conserva y transmite (Cfr CEC 78).

## II. El hecho de la tradición

El cristianismo se funda en acontecimientos históricos muy concretos como son la vida, la doctrina, la muerte de Jesús en la cruz y la fe de los discípulos en su divinidad y resurrección.

Los apóstoles, en cumplimiento del encargo de Cristo, dieron testimonio de estos hechos a través de sus escritos, sus palabras y su propia vida. Esto es lo que constituye la razón de ser y el contenido de toda tradición cristiana; sin embargo, ese testimonio que va más allá de la simple transmisión verbal de acontecimientos ocurridos en el pasado y que permanece en el recuerdo, comunica, sobre todo, su experiencia de Cristo madurada en la fe, a quien ellos oyeron, vieron con sus propios ojos, observaron, tocaron con su manos y reconocieron como Palabra de vida (Cfr. 1 Jn 1,1).

### a. ¿Por qué es Importante la tradición?

La realidad histórica del hombre le permite trascender, y superar el presente pero apoyándose en el pasado; así hace historia, pero a su vez es influenciado por ella.

Por otro lado, el hombre por su realidad espiritual mantiene vivo el recuerdo del pasado. En este recuerdo se funda la tradición, la cual a lo largo de la historia coloca al hombre en una relación que supera los límites del tiempo con toda la comunidad humana, estableciendo así un lazo de actualidad entre las distintas épocas.

De aquí resulta que la tradición bien comprendida permite al hombre entender su existencia hoy a partir de lo que recibe de otras generaciones. La tradición tiene su importancia en cuanto que muestra cómo el hombre depende de lo que encuentra en el ambiente o en el pasado, no sólo en orden de las decisiones aisladas, sino también en la decisión fundamental, la cual está ya previamente

incrustada en un contexto determinado, ligado al conocimiento de la existencia que han tenido otros hombres en tiempos anteriores.

Finalmente uno de los elementos esenciales de la tradición es que alguien que ha recibido algo debe, a su vez, entregar lo recibido a otras personas. Este tratamiento de la tradición nos muestra que ella, a parte de un fenómeno religioso, es un hecho humano por medio del cual se forman las culturas y toma cuerpo la historia.

Poner ejemplos de alguna tradición regional o familiar, haciendo que el alumno participe.

**b. Tradición y vida**

El hecho de transmitir está muy ligado a la vida. En realidad la vida humana constituye una continua transmisión de sí misma a lo largo de las generaciones, de tal modo que ella se conserva porque se transmite.

De igual manera, en el campo de la revelación cristiana lo que se transmite es vida, que comunica lo necesario para una fe creciente.

La Iglesia, que nos comunica y transmite la revelación, es también una realidad viva y vivificante, transmisora de una vida total. Y así como la transmisión de vida supone la comunicación de unos conocimientos y de una cultura, también la Iglesia transmite un depósito de doctrina.

La Tradición cumple una doble función, por una parte protege contra las interpretaciones aberrantes y por otra asegura la transmisión del dinamismo original del texto previniéndola de posibles corrupciones.

**III. La Tradición apostólica.**

Cristo nuestro Señor, mandó a los apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio, como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que El mismo cumplió y promulgó con su voz" (Cfr. CV 7)

La predicación apostólica para cumplir el mando del Señor, se llevó a cabo de dos maneras:

**Primero, oralmente**: con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó.

**A continuación, por escrito**: Los mismos apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo. (Cfr. CEC 76)

Para que la predicación apostólica, se continuara hasta el fin de los tiempos, cumpliendo así el mandato del Señor, de llevar el Evangelio a todos los hombres, los apóstoles, nombraron como sucesores a los obispos, dejándoles su cargo en el magisterio.

Esta transmisión viva, llevado a cabo en el Espíritu Santo es llamada Tradición.

Así pues, **Tradición y Escritura** no son dos modos autónomos, separados o autosuficientes de transmitir la Revelación, sino dos modos íntimamente unidos que se necesitan y se compenetran entre sí, pues manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal y corren hacia el mismo fin, formando el único "sagrado depósito", del que la Iglesia deriva su certeza acerca de todas las verdades reveladas.

**La Sagrada Escritura** es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo.

**La Tradición** recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores, para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación. (Cfr. CEC 81)

Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad (Cfr DV 9). Una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo que ha prometido estar con los suyos “para siempre hasta el fin del mundo” (Mt. 28, 20).

En otras palabras eso significa que si bien la Biblia contiene la revelación, no trasmite toda la revelación, hay que recurrir también a la Tradición del mensaje vivo de los Apóstoles.

## IV. Complementariedad de Escritura y Tradición.

Los cristianos confesamos nuestra fe en Jesucristo como Señor, Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado para nuestra salvación. Allí está la esencia de nuestra fe y el punto central de nuestra identidad cristiana. Esta verdad, que constituye el vértice definitivo del auto comunicación de Dios, viene transmitida por la Iglesia de muchas maneras, a través de su predicación, sus creencias y prácticas que aseguran la continuidad idéntica y única. Sin embargo, dado que la transmisión podía desviar su camino y dejar de lado lo

esencial, reduciéndose a comunicar elementos secundarios y pasajeros, la Iglesia ha tenido que ir profundizando el concepto mismo de tradición a lo largo de su historia.

La preocupación acerca de la importancia y el contenido de la tradición apremió de manera especial a partir de Martín Lutero, quien daba primacía a la Escritura como única regla de fe, sobre cualquier otra autoridad en la transmisión del mensaje salvífico. De esta manera rechaza la Tradición, sin plantearse la cuestión de saber si hay otros datos divinos fuera de la Escritura.

Teniendo presente el contexto protestante, el concilio de Trento aclaró varios puntos que sirvieron para colocar en su verdadero puesto a la Tradición.

En primer lugar entiende por Tradición aquello que pertenece a la fe y a las costumbres, originadas por Cristo o por el Espíritu Santo y conservadas en la Iglesia católica por continua sucesión, distinguiéndola así de lo que es mudable en la Iglesia.

De esta manera, las tradiciones que el concilio toma en consideración son únicamente las que se caracterizan por su origen divino, recibidas y transmitidas por los apóstoles; por ser norma para la fe y las costumbres; y por no haber sido fijadas por escrito en la era apostólica.

Con la aclaración anterior queda rechazado el principio de la sola Escritura, pues la verdad de la revelación cristiana se contiene en los libros sagrados y en la Tradición no escrita; además se precisa que ninguna de las dos constituye, por si sola, un testimonio completo de la revelación (Cf. DV 9).

Cuando la Iglesia precisa que la sola Escritura es insuficiente para el conocimiento de toda la verdad revelada, está enseñando que la Tradición es esencial y normativa para la fe. Por ello, Escritura y Tradición son aceptadas por la Iglesia con idéntica piedad y reverencia, ya que ambas tienen el único y mismo fundamento (Cf. CEC 80-84).

Según el Vaticano II, en la transmisión de la divina Revelación en la Iglesia se sostienen recíprocamente y se completan la Tradición y la Sagrada Escritura, con las cuales las nuevas generaciones de los discípulos y de los testigos de Jesucristo alimentan su fe, porque "lo que los Apóstoles transmitieron... comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios" (DV 8).

"La Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf. Lc 2, 19. 51), cuando comprenden internamente los misterios que

viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad. La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios" (DV 8).

"La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen, pues un solo depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia. Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus Pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica..." (DV, 10).

Mediante estos dos modos, la comunicación que el Padre ha hecho de sí mismo por su Verbo en el Espíritu Santo sigue presente y activa en la Iglesia: "Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo" (DV 8; CEC n. 79).

## V. La transmisión tarea eclesial

Jesús escogió a sus apóstoles para enviarlos a transmitir lo que ellos habían recibido de Él (Mc 3,13-19) y ellos deben continuar en su nombre, porque lo que transmiten lo han recibido de Él (Gal 1,12). En cumplimiento de esta misión, "la predicación apostólica, expresada de un modo especial en los libros sagrados, se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin de los tiempos" (DV 8).

Así se formó la transmisión de la Revelación divina en la primera generación de cristianos: Pero, según expresión de San Ireneo (cf. Adv Haer III, 3, 1) para que el Evangelio se conservara siempre vivo e íntegro en la Iglesia, los Apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, "dejándoles su función en el magisterio" (cfr (DV 7).

Por eso los apóstoles, al trasmitir lo que recibieron, (1 Cor 15,3) urgen a los fieles a que conserven las tradiciones aprendidas de palabra o por carta (cfr 2 Tes 2,15 y luchen por la fe ya recibida (Jud 3). De esta forma, la Iglesia en su totalidad ha recibido la misión de transmitir el Evangelio y prolonga en la tierra la presencia y la acción evangelizadora de Cristo.

Es necesario insistir que el depósito sagrado' (cf. Tim. 6, 20; 2 Tim. 1, 12-12) de la fe ("depositum fidei"), contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia. 'Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica y en la unión, en la Eucaristía y la Oración, y así se

realiza una maravillosa concordia de pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida' (DV 10).

**VI. Objeto de la Tradición**

La Tradición se ha considerado muchas veces como una doctrina que se trasmite por vía verbal mediante la predicación, pero ese es solo un aspecto, pues es toda la vida de la Iglesia lo que hay que transmitir: todo lo que ella es y todo y lo que cree, pues lo que los apóstoles trasmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente.

**VII. Expresiones de la Tradición**

La Tradición sólo se hace presente en forma de tradiciones y testimonios eclesiásticos, litúrgicos y teológicos, llamados comúnmente "monumentos"' de la Tradición, es decir, las expresiones concretas en las que ésta puede ser captada.

Entre los medios y testigos de la Tradición la liturgia ocupa un lugar privilegiado, porque ésta, en cuanto se expresa en obras y palabras, es centro y modelo de transmisión. La liturgia es expresión de la Iglesia en su vitalidad, en su alabanza a Dios, en su comunión santa con El; ella es voz de la Iglesia que ama y ora, voz que no sólo expresa su fe, sino que la canta y la practica en una celebración viviente.

Se pueden señalar también los gestos y costumbres, por medio de los cuales se expresa el espíritu cristiano y en general todas las formas a través de las cuales se expresa la fe.

Como las expresiones de la Tradición son múltiples y variadas es necesario señalar algunos criterios que sirvan para distinguir lo propio de la Tradición apostólica de lo que pertenece a tradiciones eclesiales particulares.

**El Magisterio** que transmite lo que viene de otras generaciones e intenta discernir lo que el Espíritu sugiere hoy a la Iglesia. Su tarea está al servicio de la interpretación auténtica y está insertada en la comunión de fe eclesial, guiando a los fieles en el diálogo permanente entre tradiciones heredadas y experiencias nuevas.

**Antigüedad.** Vicente de Lerins lo formulaba "lo que es creído en todas partes, siempre y por todos, eso es verdadera y auténticamente católico", con lo cual se quería expresar que una tradición que proviene de la época apostólica y que continúa hasta nuestros días, está señalando su autenticidad y vitalidad para la vida de fe y sirve como criterio para la adquisición de nuevas tradiciones. De esta manera la antigüedad, la continuidad y la universalidad sirven para poder hacer un juicio correcto acerca de la Tradición.

**El sentido de la fe** que hace referencia directa a la comunión de la Iglesia en todos sus miembros y supone la presencia del Espíritu Santo para que los fieles todos reconozcan la expresión clara de la fe y posean un sentido interior de las realidades espirituales que experimentan. Para discernir las tradiciones a través del sentido de la fe es necesario tomar en examen la fe y la práctica de la Iglesia entera, desde los obispos hasta el último de los fieles, teniendo en cuenta, sin embargo, que el reconocimiento mismo del sentido de la fe supone siempre una verificación a través de los frutos visibles del Espíritu.

**La profesión de fe.** Entre los documentos del patrimonio eclesiástico, el credo de los apóstoles, el niceno y otras profesiones de fe han servido como instrumentos para verificar las tradiciones heredadas, pues constituyen una síntesis maravillosa de lo que enseña la Escritura y de lo que ha predicado la Iglesia, de tal modo que nos presentan el núcleo básico con el cual se pueden confrontar las nuevas formulaciones y la predicación actual.

**La Sagrada Escritura**, memoria normativa del origen de la fe; por consiguiente, toda tradición en la Iglesia debe confrontarse con ella como su criterio normativo y de existencia eclesial. La Sagrada Escritura es decisiva para la orientación de la fe y de la vida de los fieles, tanto más en cuanto que es formalmente la palabra de Dios.

**Cristo resucitado.** El criterio fundamental, al cual se dirigen todos los demás, es Cristo, como Palabra última y definitiva de Dios a los hombres. Ya san Pablo señalaba que Cristo muerto y resucitado es el traditum (transmitido) por excelencia (I Cor.11, 23). Las tradiciones deben llevar al creyente a configurarse más plenamente con El, a celebrar mejor la eucaristía y a proclamar con mayor eficacia la muerte y resurrección del Señor.

## VIII. El Espíritu Santo garante de la Tradición

La Tradición que parte de Dios cuenta con la colaboración de muchos sujetos humanos: en el plano de su origen histórico encontramos los profetas, Jesús y los apóstoles; en el plano de la transmisión está la Iglesia entera constituida por fieles y pastores. Pero lo que constituye la unidad interna y profunda de estos sujetos tan diversos es el Espíritu Santo: el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo lo que yo os he dicho (Jn 14,26).

La función del Espíritu Santo es actualizar e interiorizar lo que fue dicho y hecho por Cristo; Él es quien hace posible la comunión dentro de la Iglesia según la vocación y el puesto de cada uno; quien garantiza la recta y fiel transmisión de la revelación, asistiendo a la comunidad entera de los fieles en la profesión de su fe y en el ejercicio de su vida cristiana, y de manera

particular guiando y asistiendo al Magisterio para la auténtica y recta interpretación del dato revelado. Él es quien hace posible la continuidad de la Tradición, la fidelidad inalterable a la revelación y su perenne actualización en la Iglesia.

Esta presencia del Espíritu Santo en la revelación y la transmisión de la verdad divina es la base de la autoridad apostólica de la Iglesia y el tema decisivo de nuestra fe en la Palabra que ella nos transmite. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones (DV 5).

Se trata aquí de la fe de la Iglesia en su conjunto y de todo creyente. Se trata también de la «inteligencia» correcta de la divina revelación, que brota de la fe también por obra del Espíritu Santo, y del «desarrollo» de la fe mediante la reflexión teológica.

Para esta plenitud de verdad, el Espíritu Santo conduce y garantiza la transmisión de la Revelación, preparando a la Iglesia y, en la Iglesia, a todos y a cada uno de nosotros, a la venida definitiva del Señor.

**Lecturas complementarias**

*Juan Pablo II, Catequesis, 24 de abril de 1985*

*La transmisión de la Revelación divina*

*1. ¿Dónde podemos encontrar lo que Dios ha revelado para adherirnos a ello con nuestra fe convencida y libre? Hay un "sagrado depósito", del que la Iglesia toma comunicándonos sus contenidos.*

*Como dice el Concilio Vaticano II: "Esta Sagrada Tradición con la Sagrada Escritura de ambos Testamentos, son el espejo en el que la Iglesia peregrina contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta el día en que llegue a verlo cara a cara, como El es (cf. 1 Jn 3, 2)" (Dei Verbum , 7).*

*Con estas palabras la Constitución conciliar sintetiza el problema de la transmisión de la Revelación divina, importante para la fe de todo cristiano. Nuestro "credo", que debe preparar al hombre sobre la tierra a ver a Dios cara a cara en la eternidad, depende, en cada etapa de la historia, de la fiel inviolable transmisión de esta auto-revelación de Dios, que en Jesucristo ha alcanzado su ápice y su plenitud.*

*2. Cristo mandó "a los Apóstoles predicar a todo el mundo el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos" (Dei Verbum, 7). Ellos ejecutaron la*

*misión que les fue confiada ante todo mediante la predicación oral, y al mismo tiempo algunos de ellos "pusieron por escrito el mensaje de salvación inspirados por el Espíritu Santo" (Dei Verbum. 7). Esto hicieron también algunos del círculo de los Apóstoles (Marcos, Lucas).*

*Así se formó la transmisión de la Revelación divina en la primera generación de cristianos: "Para que este Evangelio se conservara siempre vivo e íntegro en la Iglesia, los Apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, "dejándoles su función en el magisterio" (según expresión de San Ireneo cf. Adv Haer III, 3, 1)" (Dei Verbum, 7).*

*3. Como se ve, según el Concilio, en la transmisión de la divina Revelación en la Iglesia se sostienen recíprocamente y se completan la Tradición y la Sagrada Escritura, con las cuales las nuevas generaciones de los discípulos y de los testigos de Jesucristo alimentan su fe, porque "lo que los Apóstoles transmitieron... comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios" (Dei Verbum, 8).*

*"Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf. Lc 2, 19. 51), cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad. La Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios" (Dei Verbum, 8).*

*Pero en esta tensión hacia la plenitud de la verdad divina la Iglesia bebe constantemente en el único "depósito" originario, constituido por la Tradición apostólica y por la Sagrada Escritura, las cuales "manan la una misma fuente divina, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin" (Dei Verbum, 9).*

*4. A este propósito conviene precisar y subrayar, también de acuerdo con el Concilio, que "...La Iglesia no saca exclusivamente de la Sagrada Escritura la certeza de todo lo revelado" (Dei Verbum, 9). Esta Escritura "es la Palabra de Dios en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo". Pero "la Palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, la transmite íntegra a los sucesores, para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación" (Dei Verbum, 9). "La misma Tradición da a conocer a la Iglesia el canon íntegro de los Libros sagrados y hace que los comprenda cada vez mejor y los mantenga siempre activos" (Dei Verbum, 8).*

*"La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia. Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus Pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica..." (Dei Verbum, 10). Por ello ambas, la Tradición y la Sagrada Escritura, deben estar rodeadas de la misma veneración y del mismo respeto religioso.*

*5. Aquí nace el problema de la interpretación auténtica de la Palabra de Dios, escrita o transmitida por la Tradición. Esta función ha sido encomendada "únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual la ejercita en nombre de Jesucristo" (Dei Verbum, 10). Este Magisterio "no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído"(Dei Verbum, 10).*

*6. He aquí, pues, una nueva característica de la fe: creer de modo cristiano significa también: aceptar la verdad revelada por Dios, tal como la enseña la Iglesia. Pero al mismo tiempo el Concilio Vaticano II recuerda que " la totalidad de los fieles... no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando "desde los obispos hasta los últimos fieles laicos" prestan su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres. Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el Pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente "a la fe confiada de una vez para siempre a los santos" (Jds 3), penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida guiado en todo por el sagrado Magisterio" (Lumen Gentium, 12).*

*7. La Tradición, la Sagrada Escritura, el Magisterio de la Iglesia y el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo de Dios forman ese proceso vivificante en el que la divina Revelación se transmite a las nuevas generaciones. "Así Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando con la esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo" (cf. Col 3, 16) (Dei Verbum, 8).*

*Creer de modo cristiano significa aceptar ser introducidos y conducidos por el Espíritu a la plenitud de la verdad de modo consciente y voluntario.*

**Autoevaluación**

1. Dar las definiciones de:

    a. Revelación
    b. Tradición
    c. Sagrada Escritura
    d. Depósito de la fe.

2. ¿Cuál es la relación que hay entre Tradición y Escritura?

3. ¿En qué forma se hace presente la Tradición?

4. ¿Por qué la liturgia ocupa un lugar principal entre los monumentos de la Tradición?

5. ¿Quién es el criterio fundamental para distinguir la Tradición apostólica?

6. ¿Quién garantiza la transmisión de la Revelación?

7. ¿Qué significa la expresión "sentido de la fe"?

8. ¿Qué significa creer de modo cristiano?

# Sesión 9
# El Magisterio en la transmisión de la Revelación

**Esquema de la lección**

I. Situación del tema
II. Relación del Magisterio con la Tradición y la Escritura.
III. El oficio del Magisterio de la Iglesia.
IV. Órganos del Magisterio
V. Los dogmas de fe
VI. Nivel de autoridad de una enseñanza del Magisterio.

**Profundiza tu fe:**

La Revelación no es un depósito frío e inmóvil defendido por la Iglesia. Es más bien el mensaje salvífico vivo y latente, escrito para siempre, que leído, explicado y aplicado por el Magisterio de la Iglesia se convierte en luz y norma de comportamiento para el hombre de todos los tiempos.

**Catecismo**

Cuando la Iglesia propone por medio de su Magisterio supremo que algo se debe aceptar como revelado por Dios para ser creído y como enseñanza de Cristo, hay que aceptar sus definiciones con la obediencia de la fe. CEC 891

**Cuerpo doctrinal**

**I. Situación del tema**

Si bien la Tradición y la Escritura son los canales de transmisión de la revelación, el Magisterio es un servicio dentro de la estructura jerárquica de la Iglesia, querido por Cristo, para la propagación y la conservación de la palabra de Dios, cuya finalidad es la transmisión ininterrumpida y fiel de la revelación, adaptándola a las situaciones históricas y culturales de cada época.

**II. Relación del Magisterio con la Tradición y la Escritura.**

Aunque todos los fieles tienen parte en la comprensión y en la transmisión de la verdad revelada, y han recibido la unción del Espíritu Santo que los instruye (Cfr. 1 Jn 2,20.27) y los conduce a la verdad completa (Cfr. Jn 16,13), el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo' (Cfr. DV 10).

El Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído (DV 10).

De esta forma, la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter, y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas mediante la transmisión y comprensión de la palabra de Dios.

Cuando se habla de la relación y mutua complementación no coloca en el mismo plano de igualdad a las tres realidades, pues la importancia de cada una es diferente. En efecto, Escritura y Tradición son el canal transmisor de la Revelación, mientras que el Magisterio se sitúa en un plano de subordinación, de explicación e interpretación.

El Magisterio, en el sentido estricto de la palabra, es el encargo dado por Cristo al Papa y a los obispos, en cuanto sucesores de los apóstoles, de proponer en su nombre la revelación con el carisma de la verdad, ya sea en forma extraordinaria u ordinaria. Este encargo constituye un servicio a la Iglesia, que cuenta con una especial asistencia del Espíritu Santo.

Los fieles, recordando la palabra de Cristo a sus apóstoles: "*Él que a vosotros escucha a mí me escucha*" (Lc. 10, 16; Cfr. LG 20), reciben con docilidad las enseñanzas y directrices que sus pastores les dan de diferentes formas.

Contrariamente, la doctrina fundamental del protestantismo admite la libre interpretación, esto es que a cada uno le asiste el derecho de interpretar según su propio criterio la Sagrada Escritura.

## III. El oficio del Magisterio de la Iglesia.

La transmisión de la revelación se realiza a través de toda la Iglesia, en la cual todos sus miembros participan del ministerio profético de Cristo. Pero la misión de enseñar y la promesa de la asistencia del Espíritu Santo en el cumplimiento de esta misión se hizo a los apóstoles y sus sucesores (Cfr. Mt 28,19-20). Así, pues, toda la Iglesia participa de la misión docente del Señor, pero como misión especial y como Magisterio oficial de la Iglesia solamente la jerarquía (Cfr. CEC 78).

Por tanto, sólo a los pastores, sucesores de Pedro y de los apóstoles, pertenece por institución divina enseñar a los fieles auténticamente, es decir, con la

autoridad de Cristo, participada por ellos de diversos modos; por esto los fieles no pueden darse por satisfechos con oírlos como expertos de la doctrina católica, sino que están obligados a recibir a los que les enseñan, con adhesión proporcionada a la autoridad que poseen y que tienen intención de ejercer (Cfr. CEC 862).

Puesto que Cristo ha instituido en Pedro el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de la fe y de la comunión, el Magisterio de los obispos es para los creyentes el signo y el camino que les permite recibir y reconocer la palabra de Dios. Por más que el Magisterio se valga de la contemplación, de la vida y de la búsqueda de los fieles, sin embargo, su función no se reduce a validar el consentimiento expresado por ellos; sino que incluso, al interpretar y explicar la palabra de Dios escrita o transmitida, puede prevenir tal consentimiento y hasta exigirlo. Finalmente, el mismo Pueblo de Dios, para que no sufra menoscabo en la comunión de la única fe, dentro del único cuerpo de su Señor, necesita tanto más de la intervención y de la ayuda del Magisterio cuando en su propio seno surgen y se difunden divisiones sobre la doctrina que hay que creer o mantener.

La potestad de enseñar se entiende como un mandato de transmitir la doctrina de los apóstoles, cuya autoridad proviene de la autoridad de Cristo. Por ello, la doctrina del Magisterio no es en sí algo nuevo, sino que es lo recibido y transmitido (Cfr.1 Cor 11,2.23; 2 Pe 2,21). Esta doctrina es transmitida a todos los pueblos por los mensajeros que Cristo ha enviado como testigos de autoridad y poder (Mc 16,20).

De ahí se sigue que al Colegio episcopal, con el Papa que es su cabeza, le compete la autoridad y la responsabilidad misional de transmitir la doctrina de los apóstoles. Este servicio está sostenido por la asistencia permanente del Espíritu Santo, tal como Cristo lo prometió (Cfr. Mt 28,20; Jn 14,26)

## IV. Órganos del Magisterio

El Magisterio eclesial para expresarse, utiliza formas diferentes según se trate de enseñanzas de carácter ordinario o de actos solemnes y extraordinarios.

### a. Magisterio ordinario

El Magisterio ordinario constituye el cauce normal de la predicación docente de la Iglesia, y se exterioriza a través de la enseñanza del Papa dirigida a toda la Iglesia y de los obispos en comunión con el Papa cuando lo ejercen como testigos cualificados de la fe y predican la Palabra en sus Iglesias particulares, traduciéndola a la vida. De este Magisterio participan los presbíteros en comunión con su obispo (Cfr. CEC 892).

Tanto el Magisterio ordinario de los Obispos, como el Magisterio ordinario del Papa, son distintos de lo que se llama el Magisterio ordinario y universal, constituido por el Colegio episcopal unido al Romano Pontífice, que constituye uno de los órganos del Magisterio infalible. Se trata por lo tanto del Magisterio del Colegio episcopal, el cual por su colegialidad tiene una especial asistencia del Espíritu Santo, que no puede, sin embargo, postularse para cada uno de los obispos en particular. Como el Colegio comprende siempre y necesariamente a su cabeza, no puede darse el Magisterio infalible sin el Romano Pontífice.

**b. Magisterio extraordinario**

El Magisterio extraordinario está constituido por los concilios bajo la autoridad del Papa, que se reúnen en determinadas circunstancias para manifestarse a propósito de cuestiones doctrinales o de vida cristiana. Dentro de ese Magisterio extraordinario se pueden pronunciar de manera infalible el concilio ecuménico y el Papa cuando habla *ex cathedra (Cfr. CEC 891).*

**c. Sujeto de la infalibilidad**

Para mantener a la Iglesia en la pureza de la fe transmitida por los apóstoles, Cristo, que es la Verdad, quiso conferir a su Iglesia una participación en su propia infalibilidad, dotando a los sucesores de Pedro y los apóstoles con el carisma de infalibilidad en materia de fe y de costumbres. (Cfr. CEC 889-891)

Refiriéndose al Magisterio, en la Iglesia sólo existe un sujeto de infalibilidad: el Colegio de los Obispos (sucesores de los apóstoles) con el Papa (sucesor de Pedro) como cabeza.

Se manifiesta de diferentes maneras:

- En un Concilio ecuménico, en comunión y bajo la autoridad del Papa, cuando definen solemnemente como definitiva una doctrina de fe y costumbres y así lo proponen a los fieles. el concilio

- En el Magisterio ordinario universal.

- En una decisión ex cathedra del Papa: acto magisterial del Romano Pontífice en el que como pastor y maestro de todos los cristianos, y usando de su suprema autoridad apostólica, define para siempre que una determinada doctrina en materia de fe y costumbres pertenece al depósito de la fe.

Según el Concilio Vaticano I, la infalibilidad consiste en que lo que se enseña o se define como formal y definitivamente obligatorio está libre de error. Y se

habla de decisión infalible cuando el Magisterio se pronuncia como tal y obligando definitivamente.

A este respecto es necesario tener en cuenta que una definición infalible no agota por completo una verdad, por el contrario suscita nuevas reflexiones y explicitaciones, no para reformar lo ya definido, sino para darle nueva actualidad y una mayor comprensión, ya que una definición, aunque de por sí es perfectible en consideración a los condicionamientos históricos y lingüísticos que han influido en su formulación, enuncia, sin embargo, la verdad de modo definitivo.

La infalibilidad del Magisterio se dirige sustancialmente a lo referente a la revelación contenida en la Escritura o transmitida por la Tradición. Por lo tanto es un servicio a la revelación. La autoridad de la Iglesia está totalmente al servicio de la palabra de Dios, y tiene como finalidad que esa palabra fructifique y se desarrolle hasta el máximo en la vida de los fieles. De ahí entonces que la infalibilidad de la Iglesia no tiene sentido sino entendida como una garantía absoluta y cierta de fidelidad para conservar y transmitir el depósito de la revelación cristiana (Cfr. CEC 889 y 890)

**d. El Magisterio del Papa**

El Señor hizo de Simón, al que dio el nombre de Pedro, y solamente de él, la piedra de su Iglesia. Le entregó las llaves de ella (Cfr. Mt 16, 18-19); lo instituyó pastor de todo el rebaño (Cfr. Jn 21, 15-17).

El Papa, obispo de Roma y sucesor de San Pedro, "es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles "(LG 23). "El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad" (LG 22; Cfr. CD 2. 9).

Cuando el Romano Pontífice ejerce su autoridad y magisterio como cabeza del Colegio episcopal y de la Iglesia, sus poderes no se derivan de este Colegio, sino de Cristo mismo en razón de su ministerio propio, al servicio de toda la Iglesia para confirmar a sus hermanos en la fe (Cfr. CEC 937)

El Papa ejerce su Magisterio cuando habla ex cathedra, además de este caso límite supremo, y por lo tanto, excepcional y poco frecuente, el Papa desempeña un Magisterio ordinario no infalible que se expresa a través de encíclicas, constituciones y exhortaciones apostólicas, motus proprio, alocuciones, que en razón de su autoridad magisterial piden un asentimiento por parte de todos los creyentes, lo cual no impide que se pueda continuar con investigaciones en las materias tratadas así por el Romano Pontífice.

### e. La aceptación del Magisterio

Como el Magisterio es un servicio eclesial que goza de la especial asistencia del Espíritu Santo en orden a transmitir fielmente la revelación, entonces sus enseñanzas deben ser respetuosamente aceptadas por toda la Iglesia.

La aceptación del Magisterio no se refiere únicamente a las proposiciones infalibles de la Iglesia, las cuales deben ser aceptadas y creídas como de fe divina y católica, sino que se extiende también al Magisterio auténtico del Romano Pontífice aun cuando no hable ex cathedra, al cual se debe prestar un obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento:

Así mismo, los obispos, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser respetados por todos sus súbditos como testigos de la verdad divina y católica.

Este asentimiento religioso de la voluntad y del entendimiento se refiere al respetuoso acatamiento de obediencia por parte de todos los fieles cristianos hacia los Pastores en su doble potestad de regir y de enseñar, sin que por ello se cierren las puertas a una legítima responsabilidad y a un diálogo y una libertad de investigación en aquellos puntos que el Magisterio no ha fijado de manera autoritaria. El Magisterio, en efecto, pide que se le escuche íntimamente también cuando sus afirmaciones no lleven la pretensión de una infalibilidad que obligue con carácter definitivo. Sin embargo hay que tener en cuenta que existe una graduación en el peso de las afirmaciones magisteriales, graduación que comúnmente se suele llamar 'calificación teológica'.

El creyente, por consiguiente, debe aceptar la enseñanza de la Iglesia, la cual propone lo que debe ser creído y lo que debe ser vivido en ella. Reducir el asentimiento sólo al Magisterio infalible, sería reducir la fe a una colección de doctrina. Pero sabemos que el Magisterio tiene el encargo de continuar transmitiendo todo lo que es útil y necesario para la salvación, para lo cual no sólo tiene una doctrina, sino también, sobre todo en el campo moral, una tradición viviente que expresa la vida misma de la Iglesia. Esta vida de la Iglesia no puede ser rechazada, por lo tanto, aduciendo que no se encuentra definida bajo el carisma de la infalibilidad.

## V. Los dogmas de fe

El Magisterio de la Iglesia ejerce plenamente la autoridad que tiene de Cristo cuando define dogmas, es decir, cuando propone, de una forma que obliga al pueblo cristiano a una adhesión irrevocable de fe, verdades contenidas en la Revelación divina o también cuando propone de manera definitiva verdades que tienen con ellas un vínculo necesario (Cfr. CEC 88).

Los vínculos mutuos y la coherencia de los dogmas pueden ser hallados en el conjunto de la Revelación del Misterio de Cristo (Cfr. Vaticano l: DS 3016: "*nexus mysteriorum*"; LG 25). "Existe un orden o 'jerarquía' de las verdades de la doctrina católica, puesto que es diversa su conexión con el fundamento de la fe cristiana" (UR ll).

En sentido amplio el dogma es una verdad contenida explícitamente en la Sagrada Escritura, en la Tradición y en el Magisterio ordinario y universal. En sentido estricto es una verdad revelada por Dios *y propuesta como tal por el Magisterio de la Iglesia a los fieles con la obligación de creer en ella.* Cuando el Espíritu Santo actúa así en la Iglesia por medio del Romano Pontífice, no lo hace para dificultar el acercamiento de la inteligencia a Dios, sino para marcar un camino claro que lleva a la fe en una verdad fundamental para la vida cristiana sin posibilidad de error.

**VI. Nivel de autoridad de una enseñanza del Magisterio.**

Los católicos obedecemos al Magisterio porque `El que a vosotros oye, a Mí me oye` (Lc 10:16). Todas sus enseñanzas son importantes y dignas de ser escuchadas con obediencia. Pero así como hay una jerarquía entre las verdades que nos ayuda a entender mejor como éstas se conectan entre si, el Papa y los obispos no ejercen el mismo grado de autoridad en todas sus enseñanzas.

**Doctrinas de fe.**

La Iglesia enseña como de fe aquellas verdades sobre las que tiene certeza de que están libres de error. Una verdad es de fe si está enunciada en los tres primeros niveles del Magisterio:

**Primer nivel:** Una definición infalible del Papa**.**

Aunque la mayoría de las proclamaciones infalibles del Papa han sido en colegialidad (en consulta con los obispos), esta no es requisito. El Papa puede definir un dogma aun sin los obispos. "sus definiciones por sí y no por el consentimiento de la Iglesia son irreformables, puesto que han sido proclamadas bajo la asistencia del Espíritu Santo prometida a él en San Pedro, y así no necesitan de ninguna aprobación de otros ni admiten tampoco la apelación a ningún otro tribunal. Porque en esos casos el Romano Pontífice no da una sentencia como persona privada, sino que en calidad de maestro supremo de la Iglesia universal, en quien singularmente reside el carisma de la infalibilidad de la Iglesia misma, expone o defiende la doctrina de la fe católica." (Cfr. Concilio Vat. II (LG 25):

**Segundo nivel:** La enseñanza del Magisterio episcopal en comunión con el Papa.

"La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el Cuerpo episcopal cuando ejerce el magisterio supremo con el sucesor de Pedro, sobre todo en un concilio ecuménico. Esta infalibilidad abarca todo el depósito de la Revelación divina." (CEC 891.).

"Aunque cada uno de los prelados por sí no posea la prerrogativa de la infalibilidad, sin embargo, si todos ellos, aun estando dispersos por el mundo, pero manteniendo el vínculo de comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro, convienen en un mismo parecer como maestros auténticos que exponen como definitiva una doctrina en las cosas de fe y de costumbres, en ese caso enuncian infaliblemente la doctrina de Cristo." (LG 25).

**Tercer nivel**: Cuando el Papa en su magisterio ordinario expresamente ejerce un juicio definitivo en materia de fe o moral que era antes debatida**.**

Cuando el Papa enseña está amparado por las promesas de Cristo y por lo tanto es infalible porque su promesa no puede fallar.

**Cuarto Nivel**. Se sitúan pronunciamientos que no son infalibles, ni requieren el asentimiento de la fe, pero sí una sumisión religiosa de la voluntad y del entendimiento.

Esta religiosa sumisión de la voluntad y del entendimiento, de modo particular se debe al magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable *ex cathedra*; de tal manera que se reconozca con reverencia su Magisterio supremo y con sinceridad se adhiera al parecer expresado por él según la mente y voluntad que haya manifestado él mismo y que se descubre principalmente, ya sea por la índole del documento, ya sea por la insistencia con que repite una misma doctrina, ya sea también por las fórmulas empleadas." (Cfr. LG 25; CIC 752).

Las declaraciones de las Congregaciones de la Curia Romana no pretenden enseñar doctrinas nuevas sino reafirmar o sintetizar la doctrina de la fe católica definida o enseñada en anteriores documentos del Magisterio de la Iglesia, indicando su recta interpretación frente a los errores y ambigüedades doctrinales actuales. Cuando las aprueba el Papa constituyen un acto de su magisterio ordinario universal, porque se promulgan respaldadas por su autoridad.

**Lecturas complementarias**

Concilio Vaticano I, Constitución dogmática *Pastor aeternus Capítulo 4*

*Sobre el magisterio infalible del Romano Pontífice*

*Aquel primado apostólico que el Romano Pontífice posee sobre toda la Iglesia como sucesor de Pedro, príncipe de los apóstoles, incluye también la suprema potestad de magisterio. Esta Santa Sede siempre lo ha mantenido, la práctica constante de la Iglesia lo demuestra, y los concilios ecuménicos, particularmente aquellos en los que Oriente y Occidente se reunieron en la unión de la fe y la caridad, lo han declarado.*

*Así los padres del cuarto Concilio de Constantinopla, siguiendo los pasos de sus predecesores, hicieron pública esta solemne profesión de fe: «La primera salvación es mantener la regla de la recta fe... Y ya que no se pueden pasar por alto aquellas palabras de nuestro Señor Jesucristo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"[22], estas palabras son confirmadas por sus efectos, porque en la Sede Apostólica la religión católica siempre ha sido preservada sin mácula y se ha celebrado la santa doctrina. Ya que es nuestro más sincero deseo no separarnos en manera alguna de esta fe y doctrina,...esperamos merecer hallarnos en la única comunión que la Sede Apostólica predica, porque en ella está la solidez íntegra y verdadera de la religión cristiana» [23].*

*Y con la aprobación del segundo Concilio de Lyon, los griegos hicieron la siguiente profesión: «La Santa Iglesia Romana posee el supremo y pleno primado y principado sobre toda la Iglesia Católica. Ella verdadera y humildemente reconoce que ha recibido éste, junto con la plenitud de potestad, del mismo Señor en el bienaventurado Pedro, príncipe y cabeza de los Apóstoles, cuyo sucesor es el Romano Pontífice. Y puesto que ella tiene más que las demás el deber de defender la verdad de la fe, si surgieran preguntas concernientes a la fe, es por su juicio que estas deben ser definidas» [24].*

*Finalmente se encuentra la definición del Concilio de Florencia: «El Romano Pontífice es el verdadero vicario de Cristo, la cabeza de toda la Iglesia y el padre y maestro de todos los cristianos; y a él fue transmitida en el bienaventurado Pedro, por nuestro Señor Jesucristo, la plena potestad de cuidar, regir y gobernar a la Iglesia universal»[25].*

*Para cumplir este oficio pastoral, nuestros predecesores trataron incansablemente que el la doctrina salvadora de Cristo se propagase en todos los pueblos de la tierra; y con igual cuidado vigilaron de que se conservase pura e incontaminada dondequiera que haya sido recibida. Fue por esta razón que los obispos de todo el orbe, a veces individualmente, a veces reunidos en sínodos, de acuerdo con la práctica largamente establecida de las Iglesias y la forma de la antigua regla, han referido a esta Sede*

*Apostólica especialmente aquellos peligros que surgían en asuntos de fe, de modo que se resarciesen los daños a la fe precisamente allí donde la fe no puede sufrir mella [26]. Los Romanos Pontífices, también, como las circunstancias del tiempo o el estado de los asuntos lo sugerían, algunas veces llamando a concilios ecuménicos o consultando la opinión de la Iglesia dispersa por todo el mundo, algunas veces por sínodos particulares, algunas veces aprovechando otros medios útiles brindados por la divina providencia, definieron como doctrinas a ser sostenidas aquellas cosas que, por ayuda de Dios, ellos supieron estaban en conformidad con la Sagrada Escritura y las tradiciones apostólicas.*

*Así el Espíritu Santo fue prometido a los sucesores de Pedro, no de manera que ellos pudieran, por revelación suya, dar a conocer alguna nueva doctrina, sino que, por asistencia suya, ellos pudieran guardar santamente y exponer fielmente la revelación transmitida por los Apóstoles, es decir, el depósito de la fe. Ciertamente su apostólica doctrina fue abrazada por todos los venerables padres y reverenciada y seguida por los santos y ortodoxos doctores, ya que ellos sabían muy bien que esta Sede de San Pedro siempre permanece libre de error alguno, según la divina promesa de nuestro Señor y Salvador al príncipe de sus discípulos: «Yo he rogado por ti para que tu fe no falle; y cuando hayas regresado fortalece a tus hermanos» [27].*

*Este carisma de una verdadera y nunca deficiente fe fue por lo tanto divinamente conferida a Pedro y sus sucesores en esta cátedra, de manera que puedan desplegar su elevado oficio para la salvación de todos, y de manera que todo el rebaño de Cristo pueda ser alejado por ellos del venenoso alimento del error y pueda ser alimentado con el sustento de la doctrina celestial. Así, quitada la tendencia al cisma, toda la Iglesia es preservada en unidad y, descansando en su fundamento, se mantiene firme contra las puertas del infierno.*

*Pero ya que en esta misma época cuando la eficacia salvadora del oficio apostólico es especialmente más necesaria, se encuentran no pocos que desacreditan su autoridad, nosotros juzgamos absolutamente necesario afirmar solemnemente la prerrogativa que el Hijo Unigénito de Dios se digno dar con el oficio pastoral supremo.*

*Por esto, adhiriéndonos fielmente a la tradición recibida de los inicios de la fe cristiana, para gloria de Dios nuestro salvador, exaltación de la religión católica y salvación del pueblo cristiano, con la aprobación del Sagrado Concilio, enseñamos y definimos como dogma divinamente revelado que:*

*El Romano Pontífice, cuando habla ex cathedra, esto es, cuando en el ejercicio de su oficio de pastor y maestro de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define una doctrina de fe o costumbres*

*como que debe ser sostenida por toda la Iglesia, posee, por la asistencia divina que le fue prometida en el bienaventurado Pedro, aquella infalibilidad de la que el divino Redentor quiso que gozara su Iglesia en la definición de la doctrina de fe y costumbres. Por esto, dichas definiciones del Romano Pontífice son en sí mismas, y no por el consentimiento de la Iglesia, irreformables.*

*Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Dei Verbum, n. 10*

*La Sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia; fiel a este depósito todo el pueblo santo, unido con sus pastores en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, persevera constantemente en la fracción del pan y en la oración (cf. Act., 8,42), de suerte que prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida.*

*Pero el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer.*

*Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas.*

*Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Lumen Gentium, n. 25*

*El oficio de enseñar de los Obispos*

*Entre los oficios principales de los Obispos se destaca la predicación del Evangelio. Porque los Obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, es decir, herederos de la autoridad de Cristo, que predican al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida, la ilustran con la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación las cosas nuevas y las cosas viejas (cf. Mt., 13,52), la hacen fructificar y con vigilancia apartan de la grey los errores que la amenazan (cf. 2Tim., 4,1-4). Los Obispos, cuando enseñan en comunión por el Romano Pontífice, deben ser respetados por*

*todos como los testigos de la verdad divina y católica; los fieles, por su parte tienen obligación de aceptar y adherirse con religiosa sumisión del espíritu al parecer de su Obispo en materias de fe y de costumbres cuando él la expone en nombre de Cristo. Esta religiosa sumisión de la voluntad y del entendimiento de modo particular se debe al magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable ex cathedra; de tal manera que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y con sinceridad se adhiera al parecer expresado por él según el deseo que haya manifestado él mismo, como puede descubrirse ya sea por la índole del documento, ya sea por la insistencia con que repite una misma doctrina, ya sea también por las fórmulas empleadas.*

*Aunque cada uno de los prelados por sí no posea la prerrogativa de la infalibilidad, sin embargo, si todos ellos, aun estando dispersos por el mundo, pero manteniendo el vínculo de comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro, convienen en un mismo parecer como maestros auténticos que exponen como definitiva una doctrina en las cosas de fe y de costumbres, en ese caso anuncian infaliblemente la doctrina de Cristo. la Iglesia universal, y sus definiciones de fe deben aceptarse con sumisión. Esta infalibilidad que el Divino Redentor quiso que tuviera su Iglesia cuando define la doctrina de fe y de costumbres, se extiende a todo cuanto abarca el depósito de la divina Revelación entregado para la fiel custodia y exposición.*

*Esta infalibilidad compete al Romano Pontífice, Cabeza del Colegio Episcopal, en razón de su oficio, cuando proclama como definitiva la doctrina de fe o de costumbres en su calidad de supremo pastor y maestro de todos los fieles a quienes ha de confirmarlos en la fe (cf. Lc., 22,32). Por lo cual, con razón se dice que sus definiciones por sí y no por el consentimiento de la Iglesia son irreformables, puesto que han sido proclamadas bajo la asistencia del Espíritu Santo prometida a él en San Pedro, y así no necesitan de ninguna aprobación de otros ni admiten tampoco la apelación a ningún otro tribunal. Porque en esos casos el Romano Pontífice no da una sentencia como persona privada, sino que en calidad de maestro supremo de la Iglesia universal, en quien singularmente reside el carisma de la infalibilidad de la Iglesia misma, expone o defiende la doctrina de la fe católica. La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el cuerpo de los Obispos cuando ejercen el supremo magisterio juntamente con el sucesor de Pedro. A estas definiciones nunca puede faltar el asenso de la Iglesia por la acción del Espíritu Santo en virtud de la cual la grey toda de Cristo se conserva y progresa en la unidad de la fe.*

*Cuando el Romano Pontífice o con él el Cuerpo Episcopal definen una doctrina lo hacen siempre de acuerdo con la Revelación, a la cual, o por escrito, o por transmisión de la sucesión legítima de los Obispos, y sobre todo por cuidado del mismo Pontífice Romano, se nos transmite íntegra y en la*

*Iglesia se conserva y expone con religiosa fidelidad, gracias a la luz del Espíritu de la verdad. El Romano Pontífice y los Obispos, como lo requiere su cargo y la importancia del asunto, celosamente trabajan con los medios adecuados, a fin de que se estudie como debe esta Revelación y se la proponga apropiadamente y no aceptan ninguna nueva revelación pública dentro del divino depósito de la fe.*

**Autoevaluación**

1. ¿El Magisterio puede situarse por encima de la revelación?
2. ¿En qué áreas de la vida cristiana es competente el Magisterio?
3. Si el Papa es el sucesor de Pedro, ¿los demás obispos considerados individualmente de quién son sucesores?
4. ¿Qué es el Magisterio?
5. ¿Por quién está constituido el Magisterio extraordinario?
6. ¿Cómo se exterioriza el Magisterio ordinario?
7. ¿Quién participa del carisma de la infalibilidad?
8. Según el Concilio Vaticano I, ¿en qué consiste la infalibilidad?
9. Como Vicario de Cristo, ¿qué potestad tiene el Papa en la Iglesia?
10. Según el Concilio Vaticano I, ¿cuál es el fundamento en la Sagrada Escritura para la infalibilidad de que goza la Iglesia?

# Sesión 10
# Transmisión de la Revelación mediante la catequesis

**Esquema de la lección**

I. Introducción
II. La Revelación del designio amoroso de Dios.
III. Qué es la catequesis
IV. La catequesis transmite la revelación con hechos y palabras.
V. La catequesis nace de la palabra de Dios
VI. Cristo centro de la catequesis.
VII. Catequesis enculturación de la Revelación

**Profundiza tu fe**

Del conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de "evangelizar" y de llevar a otros al "si" de la fe en Jesucristo y al mismo tiempo se hace sentir la necesidad de conocer siempre mejor esta fe.

**Catecismo**

Leer CEC ni. 1-10; 425 - 429

Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: "Mi doctrina no es mía, sino del que ha enviado" CEC 427

**Cuerpo doctrinal**

**I. Introducción**

Dios ha dispuesto que la Revelación se transmita a todos los pueblos, a todas las generaciones, y permanezca íntegra para siempre. Este mandato lo realiza la Iglesia mediante la Evangelización.

**II. La Revelación del designio amoroso de Dios**

La Constitución Dei Verbum del Concilio Vaticano II ha descrito la Revelación como el acto por el cual Dios se manifiesta personalmente a los hombres. Dios se muestra, en efecto, como quien quiere comunicarse a Sí mismo, haciendo a la persona humana partícipe de su naturaleza divina. Es así como realiza su designio de amor.

Este designio amoroso del Padre, revelado plenamente en Jesucristo, y que se realiza con la fuerza del Espíritu Santo, lleva consigo:

- La Revelación de Dios, de su « verdad íntima », así como de la verdadera vocación y dignidad de la persona humana, pues en un acto de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada.

- El ofrecimiento de la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios, que implica la liberación del mal, del pecado y de la muerte.

- La definitiva llamada para reunir a todos los hijos dispersos en la familia de Dios, realizando así entre los hombres la unión fraterna.

Para que esta llamada resuene en toda la tierra, Cristo envió a los apóstoles que había escogido, dándoles el mandato de anunciar el evangelio: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. (Mt 28,19-20). Fortalecidos con esta misión, los apóstoles "salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban" (Mc 16,20)

Este tesoro recibido de los apóstoles ha sido guardado fielmente por sus sucesores, quienes con la ayuda de Dios han acogido el llamamiento de Cristo y han respondido libremente a el**la**, se sienten por su parte urgidos por el amor de Cristo a anunciar por todas partes en el mundo la Buena Nueva, pero no solo ellos, pues todos los fieles son llamados a transmitirlo de generación en generación, anunciando la fe, viviéndola en la comunión fraterna y celebrándola en la liturgia y en la oración (Cfr. Hch 2,42).

## III. Qué es la catequesis

Catequesis es el proceso de educación de la fe. Se diferencia del *kerigma en que éste es un primer anuncio gozoso, en tanto que la catequesis es formación sistemática y completa, según el nivel de las personas.

He aquí una definición descriptiva de la catequesis: "Es una etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador, en la que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el evangelio del reino, al que han dado su adhesión, y para participar activamente en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del evangelio. Esta formación cristiana, integral y fundamental, tiene como meta la confesión de fe".

En un sentido más específico, globalmente, se puede considerar aquí que la catequesis es una *educación en la fe* que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana y la madurez en la fe (CT 18).

En esta tarea, la Iglesia, aún conteniendo en sí permanentemente la plenitud de los medios de salvación, actúa según un proceso gradual estructurado en etapas progresivas (Cfr. EN 52).

**a. Primera evangelización:**

La primera evangelización fue la gran tarea de los primeros Apóstoles. Y al núcleo del mensaje salvador que ellos predicaban lo llamamos "kerigma".

Es la primera presentación del mensaje evangélico y tiene por objetivo provocar la conversión a Cristo. Es obvio que esta tarea se realiza sobre todo en las tierras de misión. Pero no es excluyente porque también hay muchos bautizados en ambientes tradicionalmente cristianos que nunca se han planteado personal y seriamente seguir a Cristo o no. Por eso, también se puede hablar de una primera evangelización para los bautizados que necesitan hacer una opción consciente y, por lo tanto por primera vez, por Cristo.

Así pues el primer anuncio se dirige a los no creyentes y a los bautizados que de hecho viven en la indiferencia religiosa, asumiendo la función de anunciar el evangelio y llamar a la conversión.

**b. Catequesis:**

Los que optan por el evangelio necesitan completar o reestructurar su iniciación en la fe y en la vida cristiana en otro ministerio de la palabra. Y esta actividad es precisamente la catequesis, cuyo objetivo es la profundización en el mensaje evangélico integral, hasta llegar a la madurez en la fe.

La catequesis distinta del primer anuncio del Evangelio promueve y hace madurar esta conversión inicial educando en la fe al convertido e incorporándolo a la comunidad cristiana. De hecho es la que pone los cimientos de la fe ( DGC 61), pero va mas allá "es una formación orgánica y sistemática de la fe; más que una enseñanza es un aprendizaje de toda la vida cristiana, una iniciación cristiana integral que propicia el auténtico seguimiento de Jesucristo centrado en su persona.

La catequesis como formación básica esencial, es una forma de evangelizar que se centra en el núcleo de la experiencia cristiana, en las certezas más básicas de la fe y en los valores evangélicos fundamentales (DGC 67). Ciertamente

tiene su estilo propio, sus tiempos y lugares, su pedagogía y sus métodos, pero siempre para servir a la transmisión de la fe de la Iglesia.

**c. Predicación:**

Es la acción pastoral que tiene por objetivo la educación permanente en la fe de los fieles cristianos ya maduros e integrados en el seno de la comunidad (cfr. DGC 47-49).

Su objetivo es ayudar a vivir con intensidad la celebración litúrgica o el proceso de conversión que se está experimentando en el presente. Por eso, si bien es verdad que la predicación en la liturgia y en los momentos de oración sirven para profundizar en la fe, no se deben convertir en catequesis, aunque tengan su dimensión educadora de la fe.

Estas diferentes actividades que realiza la Iglesia para enseñar, nos hacen ver cómo la catequesis no es igual a la evangelización, sino que es una parte de ella. La catequesis ayuda mucho. Pero no se puede quedar la evangelización en la sola profundización del mensaje evangélico.

La catequesis es una acción esencialmente eclesial. El verdadero sujeto de la catequesis es la Iglesia que, como continuadora de la misión de Jesucristo Maestro y animada por el Espíritu, ha sido enviada para ser maestra de la fe. Realizada en unión con la comunidad eclesial, el anuncio no es asunto personal, sino unido a la actividad misional de toda la Iglesia (RM 45) es el resultado del unánime esfuerzo misionero de todo el pueblo de Dios.

Por ello, la Iglesia, imitando a la Madre del Señor, conserva fielmente el evangelio en su corazón, lo anuncia, lo celebra, lo vive y lo transmite en la catequesis a todos aquellos que han decidido seguir a Jesucristo.

## IV. La catequesis transmite la Revelación con hechos y palabras

Dios, en su inmensidad, para revelarse a la persona humana, utiliza una pedagogía, se sirve de acontecimientos y palabras humanas para comunicar su designio.

De igual manera, también la evangelización, que transmite al mundo la Revelación, se realiza con obras y palabras, pues es, a un tiempo, testimonio y anuncio, palabra y sacramento, enseñanza y compromiso.

La catequesis, por su parte, transmite los hechos y las palabras de la Revelación: debe proclamarlos y narrarlos y, al mismo tiempo, esclarecer los profundos misterios que contienen. Aún más, por ser la Revelación fuente de luz para la persona humana, la catequesis no sólo recuerda las maravillas de

Dios hechas en el pasado sino que, a la luz de la misma Revelación, interpreta los signos de los tiempos y la vida de los hombres y mujeres, ya que en ellos se realiza el designio de Dios para la salvación del mundo.

Por eso, cuando la catequesis hace suyo el proyecto de Dios y lo propone a los creyentes para que lo asuman como criterio fundamental de su vida, actualiza en cada época y en cada circunstancia la única y definitiva Revelación de Dios.

## V. La catequesis nace de la palabra de Dios

La fuente de donde la catequesis toma su mensaje es la misma palabra de Dios:

La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura, dado que la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen el único depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia.

Este depósito de la fe es como el arca del padre de la casa, que ha sido confiado a la Iglesia, la familia de Dios, y de donde ella saca continuamente lo viejo y lo nuevo. Todos los hijos del Padre animados por su Espíritu, se nutren de este tesoro de la Palabra. Ellos saben que la Palabra de Dios es Jesucristo, el Verbo hecho hombre y que su voz sigue resonando por medio del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo.

La Palabra de Dios, por admirable condescendencia divina, se dirige y llega a nosotros a través de obras y palabras humanas, a la manera como un día el Verbo del Padre eterno, al tomar la carne de la flaqueza humana, se hizo semejante a los hombres. Sin dejar de ser Palabra de Dios, se expresa en palabra humana. Cercana, permanece sin embargo velada. Por eso la Iglesia, guiada por el Espíritu, necesita interpretarla continuamente y, al tiempo que la contempla con profundo espíritu de fe, la escucha piadosamente, la custodia santamente y la anuncia fielmente (DV 10).

La palabra de Dios fuente de la catequesis contenida en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura:

- Es meditada y comprendida cada vez más profundamente por el sentido de la fe de todo el Pueblo de Dios, bajo la guía del Magisterio, que la enseña con autoridad

- Se celebra en la liturgia, donde constantemente es proclamada, escuchada, interiorizada y comentada

- Resplandece en la vida de la Iglesia, en su historia bimilenaria, sobre todo en el testimonio de los cristianos, particularmente de los santos

- Es profundizada en la investigación teológica, que ayuda a los creyentes a avanzar en la inteligencia vital de los misterios de la fe;

- Se manifiesta en los genuinos valores religiosos y morales de los pueblos y culturas que, como semillas de la Palabra, constituyen ya una preparación para el Evangelio

Las fuentes de la catequesis tienen cada una su propio lenguaje, que queda plasmado en una rica variedad de documentos de la fe.

La catequesis es tradición viva de esos documentos: perícopas bíblicas, textos litúrgicos, escritos de los Padres de la Iglesia, formulaciones del Magisterio, símbolos de fe, testimonios de santos, reflexiones teológicas.

La fuente viva de la Palabra de Dios y las fuentes que de ella derivan y en las que ella se expresa, proporcionan a la catequesis los criterios para transmitir su mensaje a todos aquellos que han tomado la decisión de seguir a Jesucristo. (Cfr. DGC 94-96)

## VI. Cristo centro de la catequesis

Jesucristo no sólo transmite la Palabra de Dios, Él es la Palabra de Dios. Por eso la catequesis --toda ella-- está referida a Él.

En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a El; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca.

En consecuencia, lo que caracteriza al mensaje que transmite la catequesis es, ante todo, el cristocentrismo, que debe entenderse en varios sentidos:

- Cristocentrico: Significa que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. En realidad la tarea fundamental de la catequesis es mostrar a Cristo: todo lo demás en referencia a Él. Lo que busca es propiciar el seguimiento de Jesucristo, la comunión con Él: cada elemento del mensaje tiende a ello.

- Histórico: Significa que Cristo está en el centro de la historia de la salvación, que la catequesis presenta. Él es, en efecto, el acontecimiento último hacia el que converge toda la historia salvífica. Él, venido en la plenitud de los tiempos (Ga 4,4), es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana. El mensaje catequético ayuda al cristiano a situarse en

la historia, y a insertarse activamente en ella, al mostrar cómo Cristo es el sentido último de esta historia.

- Sobrenatural: Significa, que el mensaje evangélico no proviene del hombre sino de la Palabra de Dios. La Iglesia, y en su nombre todo catequista, puede decir con verdad: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado (Jn 7,16). Por eso, lo que transmite la catequesis es la enseñanza de Jesucristo, la verdad que Él comunica o, más exactamente, la verdad que Él es. El cristocentrismo obliga a la catequesis a transmitir lo que Jesús enseña acerca de Dios, del hombre, de la felicidad, de la vida moral, de la muerte... sin permitirse cambiar en nada su pensamiento.

Los evangelios, que narran la vida de Jesús, están en el centro del mensaje catequético. Dotados ellos mismos de una estructura catequética, manifiestan la enseñanza que se proponía a las primitivas comunidades cristianas y que transmitía la vida de Jesús, su mensaje, y sus acciones salvadoras, por eso en la catequesis, los cuatro evangelios ocupan un lugar central, pues su centro es Cristo Jesús.

Así pues, el cristocentrismo de la catequesis, en virtud de su propia dinámica interna, conduce a la confesión de fe en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es un cristocentrismo esencialmente trinitario. Los cristianos en el Bautismo, quedan configurados con Cristo, Uno de la Trinidad y esta configuración sitúa a los bautizados, hijos en el Hijo, en comunión con el Padre y con el Espíritu Santo. Por eso su fe es radicalmente trinitaria. El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana.

EL cristocentrismo trinitario del mensaje evangélico impulsa a la catequesis a cuidar, entre otros, los siguientes aspectos:

- La estructura interna de la catequesis, en cualquier modalidad de presentación, será siempre cristocéntrico-trinitaria: Por Cristo al Padre en el Espíritu. Una catequesis que omitiese una de estas dimensiones o desconociese su orgánica unión, correría el riesgo de traicionar la originalidad del mensaje cristiano.

- Siguiendo la misma pedagogía de Jesús, en su revelación del Padre, de sí mismo como Hijo y del Espíritu Santo, la catequesis ha de mostrar la vida íntima de Dios, a partir de sus obras salvíficas en favor de la humanidad. Las obras de Dios revelan quién es Él en sí mismo y, a la vez, el misterio de su ser intimo ilumina la inteligencia de todas sus obras. Sucede así, analógicamente, en las relaciones humanas: las personas se revelan en su obrar y, a medida que las conocemos mejor, comprendemos mejor su conducta.

- La presentación del ser íntimo de Dios revelado por Jesús, uno en esencia y trino en personas, mostrará las implicaciones vitales para la vida de los seres humanos. Confesar a un Dios único significa que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal. Significa también que, la humanidad, creada a imagen de un Dios que es comunión de personas está llamada a ser una sociedad fraterna, compuesta por hijos de un mismo Padre, iguales en dignidad personal. Las implicaciones humanas y sociales de la concepción cristiana de Dios son inmensas. La Iglesia, al profesar su fe en la Trinidad y anunciarla al mundo, se comprende a sí misma como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Cfr. CEC 425-429)

## VII. Catequesis inculturación de la Revelación

La Palabra de Dios se hizo hombre, hombre concreto, situado en el tiempo y en el espacio, enraizado en una cultura determinada: Cristo, por su encarnación, se unió a las concretas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió. Esta es la originaria «inculturación» de la Palabra de Dios y el modelo referencial para toda la evangelización de la Iglesia, «llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas».

La «inculturación» de la fe, por la que se «asumen en admirable intercambio todas las riquezas de las naciones dadas a Cristo en herencia», es un proceso profundo y global y un camino lento. No es una mera adaptación externa que, para hacer más atrayente el mensaje cristiano, se limitase a cubrirlo de manera decorativa con un barniz superficial. Se trata, por el contrario, de la penetración del Evangelio en los niveles más profundos de las personas y de los pueblos, afectándoles «de una manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces» de sus culturas.

En este trabajo de inculturación, sin embargo, las comunidades cristianas deberán hacer un discernimiento: se trata de «asumir», por una parte, aquellas riquezas culturales que sean compatibles con la fe; pero se trata también, por otra parte, de ayudar a «sanar» y «transformar» aquellos criterios, líneas de pensamiento o estilos de vida que estén en contraste con el Reino de Dios. Este discernimiento se rige por dos principios básicos: «la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal». Todo el pueblo de Dios debe implicarse en este proceso, que «necesita una gradualidad para que sea verdaderamente expresión de la experiencia cristiana de la comunidad».

En esta inculturación de la fe, a la catequesis, se le presentan en concreto diversas tareas. Entre ellas cabe destacar:

- Considerar a la comunidad eclesial como principal factor de inculturación. Una expresión, y al mismo tiempo un instrumento eficaz de esta tarea, es el catequista que, junto a un sentido religioso profundo, debe poseer una viva sensibilidad social y estar bien enraizado en su ambiente cultural.

- Elaborar unos Catecismos locales que respondan «a las exigencias que dimanan de las diferentes culturas», presentando el Evangelio en relación a las aspiraciones, interrogantes y problemas que en esas culturas aparecen.

- Realizar una oportuna inculturación en el Catecumenado y en las instituciones catequéticas, incorporando con discernimiento el lenguaje, los símbolos y los valores de la cultura en que están enraizados los catecúmenos y catequizandos.

- Presentar el mensaje cristiano de modo que capacite para «dar razón de la esperanza» (1 P 3,15) a los que han de anunciar el Evangelio en medio de unas culturas a menudo ajenas a lo religioso, y a veces postcristianas. Una apologética acertada, que ayude al diálogo «fe-cultura», se hace imprescindible. (Cfr. DGC 109-110)

**Lecturas complementarias**

*Directorio General para la Catequesis, nn. 109-110*

***La inculturación del mensaje evangélico***

*109. La Palabra de Dios se hizo hombre, hombre concreto, situado en el tiempo y en el espacio, enraizado en una cultura determinada: «Cristo, por su encarnación, se unió a las concretas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió». Esta es la originaria «inculturación» de la Palabra de Dios y el modelo referencial para toda la evangelización de la Iglesia, «llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas».*

*La «inculturación» de la fe, por la que se «asumen en admirable intercambio todas las riquezas de las naciones dadas a Cristo en herencia», es un proceso profundo y global y un camino lento. No es una mera adaptación externa que, para hacer más atrayente el mensaje cristiano, se limitase a cubrirlo de manera decorativa con un barniz superficial. Se trata, por el contrario, de la penetración del Evangelio en los niveles más profundos de las personas y de los pueblos, afectándoles «de una manera vital, en profundidad y hasta las mismas raíces» de sus culturas.*

*En este trabajo de inculturación, sin embargo, las comunidades cristianas deberán hacer un discernimiento: se trata de «asumir», por una parte, aquellas riquezas culturales que sean compatibles con la fe; pero se trata también, por otra parte, de ayudar a «sanar» y «transformar» aquellos criterios, líneas de pensamiento o estilos de vida que estén en contraste con el Reino de Dios. Este discernimiento se rige por dos principios básicos: «la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal». Todo el pueblo de Dios debe implicarse en este proceso, que «necesita una gradualidad para que sea verdaderamente expresión de la experiencia cristiana de la comunidad».*

*110. En esta inculturación de la fe, a la catequesis, se le presentan en concreto diversas tareas. Entre ellas cabe destacar:*

- *Considerar a la comunidad eclesial como principal factor de inculturación. Una expresión, y al mismo tiempo un instrumento eficaz de esta tarea, es el catequista que, junto a un sentido religioso profundo, debe poseer una viva sensibilidad social y estar bien enraizado en su ambiente cultural.*

- *Elaborar unos Catecismos locales que respondan «a las exigencias que dimanan de las diferentes culturas», presentando el Evangelio en relación a las aspiraciones, interrogantes y problemas que en esas culturas aparecen.*

- *Realizar una oportuna inculturación en el Catecumenado y en las instituciones catequéticas, incorporando con discernimiento el lenguaje, los símbolos y los valores de la cultura en que están enraizados los catecúmenos y catequizandos.*

- *Presentar el mensaje cristiano de modo que capacite para «dar razón de la esperanza» (1 P 3,15) a los que han de anunciar el Evangelio en medio de unas culturas a menudo ajenas a lo religioso, y a veces postcristianas. Una apologética acertada, que ayude al diálogo «fe-cultura», se hace imprescindible.*

**Autoevaluación**

1. ¿Qué nombre se da a la primera presentación del mensaje evangélico?
2. ¿A quién se dirige el primer anuncio?
3. ¿Cuál es la finalidad última de la catequesis?

4. ¿Cuál es el objetivo de la predicación?
5. ¿Es lo mismo catequesis que evangelización?
6. ¿De dónde toma sus contenidos las catequesis?
7. ¿Cuál debe ser la estructura interna de la catequesis en cualquier modalidad?
8. ¿Qué es la inculturación?
9. ¿Qué debe tener en cuenta el trabajo de inculturación?
10. ¿Qué principios básicos debe seguir la inculturación?

# Sesión 11
# El Catecismo y su uso práctico

## Esquema de la lección

I. Introducción
II. Finalidad.
III. Sus fuentes
IV. Características
V. La estructura
VI. Criterios de elaboración
VII. ¿Cuál es su valor doctrinal?
VIII. Destinatarios
IX. Manejo del Catecismo.
X. Conclusión

## Profundiza tu fe

*El que enseña debe "hacerse todo a todos" (1 Cor 9,22), para ganarlos a todos para Jesucristo...¡ Los que son llamados al ministerio de la predicación deben, al transmitir la enseñanza del misterio de la fe y de las reglas de las costumbres, acomodar sus palabras al espíritu y a la inteligencia de sus oyentes (Catech. R., Prefacio, 11).*

## Catecismo

Lee CEC, nn. 11-25

Por encima de todo la Caridad. Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. CEC 25

## Cuerpo doctrinal

## I. Introducción.

La Iglesia, oyendo el mandato del Señor, en el Vaticano II, retoma la tarea de explicar mejor el precioso depósito de la doctrina cristiana con el fin de hacerlo más accesible a los hombres de hoy, mostrando su fuerza y actualidad, el Papa Juan Pablo II publicó oficialmente el ***Catecismo de la Iglesia Católica***, mediante la Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, del 11 de Octubre de 1992.

Este Catecismo, fruto de una amplísima colaboración y el resultado de diez años de intenso trabajo, es el texto del Magisterio que ha tenido una mayor base de participación de la Iglesia. El concurso de tantas voces es una verdadera "sinfonía" de la fe, donde se refleja la naturaleza colegial del episcopado; por eso en él nos habla la voz de la Iglesia universal en toda su plenitud "como la voz de muchas aguas" y se atestigua su catolicidad.

## II. Finalidad.

- Presentar los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica, tanto sobre la fe como sobre la moral, a la luz del Concilio Vaticano II y del conjunto de la Tradición de la Iglesia. (Cfr. CEC 11)
- Garantizar la unidad interior en la fe captándola y transmitiéndola como un todo.
- Dar a conocer mejor el misterio cristiano en la evangelización.
- Alentar y facilitar la redacción de catecismos locales que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas.
- Promover la auténtica renovación espiritual y moral del hombre, pues le ayuda a conocer mejor su fe, a vivirla profundamente y a trasmitirla con mayor convencimiento.
- No pretende trasmitir opinión privada de los autores o de algunos grupos, sino la fe eclesial que ha recibido de los Apóstoles, lo más exacta y cuidadosamente posible.

## III. Sus fuentes

Sus fuentes principales son la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la Liturgia y el Magisterio de la Iglesia. Está destinado a servir "como un punto de referencia para los catecismos o compendios que sean compuestos en los diversos países" (Cfr. CEC 11) (Sínodo de los Obispos 1985. Relación final II B A 4).

Tiene muy en cuenta la herencia espiritual de los Padres y los santos y especialmente las enseñanzas del Vaticano II que ponen de manifiesto las explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo ha sugerido a la Iglesia a lo largo de XX siglos y que constituyen su herencia espiritual y su patrimonio siempre antiguo y siempre nuevo.

## IV. Características

El Catecismo:

- Es una síntesis armoniosa, fiel y orgánica de los contenidos esenciales y fundamentales de la doctrina católica (Cfr. CEC 11) de valor universal en cuestiones de fe y moral.

- Ayuda a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que el en pasado aún no se habían planteado.

- Favorece la coherente y sistemática educación en la fe de los cristianos.

- No trasmite la opinión privada de sus autores o de grupos, sino la fe de todos los tiempos de nuestra madre la Iglesia lo más exacta y cuidadosamente posible.

- No es un acto de reducir a la uniformidad, simplemente defiende los elementos de unidad, declarando en común lo común.

## V. La estructura

La construcción externa del Catecismo expresa con un lenguaje adecuado a las exigencias del mundo de hoy, la verdad perenne del misterio cristiano, en un esquema tradicional de cuatro partes que se articulan entre sí, de modo que ninguna puede ser leída como unidad prescindiendo de las demás.

**Primera parte: La profesión de la fe bautismal (el Símbolo), e**xpone en qué consiste la Revelación por la que Dios se dirige y se da al hombre, y **la profesión de la fe**, por la cual el hombre responde a Dios.

**Segunda parte: Los sacramentos de la fe, e**xpone cómo la salvación de Dios, realizada una vez por todas por Cristo Jesús y por el Espíritu Santo, se hace presente en las acciones sagradas de la liturgia de la Iglesia.

**Tercera parte: La vida de la fe, (los Mandamientos)** Presenta el fin último del hombre; la bienaventuranza, y los caminos para llegar a ella, mediante un obrar recto y libre, con la ayuda de la ley y de la gracia de Dios; mediante un obrar que realiza el doble mandamiento de la caridad**.**

**Cuarta parte: La oración del creyente (el Padre Nuestro)** Trata del sentido y la importancia de **la oración** en la vida de los creyentes. Se cierra con un breve comentario del "Padre Nuestro" en el que encontramos la suma de los bienes que debemos esperar y que nuestro Padre celestial quiere concedernos.

## VI. Criterios que han determinado el plan de conjunto de elaboración

### a. Orientación por el principio de la jerarquía de verdades.

Es diverso el enlace de todas las verdades con el fundamento de la fe cristiana (UR 11). La jerarquía de verdades no significa que uno pueda limitarse a algunos puntos nucleares de la fe y desatender el resto, y tampoco que haya verdades seguras y menos seguras.

Es un principio orgánico de estructuración que no puede ser confundido con los grados de certeza.

Significa que las diversas verdades de la fe están agrupadas en torno a un punto central y a partir de él se hallan ordenadas entre sí, pero no que las verdades que no se hayan en el centro serían menos verdaderas.

### b. Unidad de la tradición eclesial en el espacio y el tiempo.

Prevalece el uso dogmático y doctrinal de la Sagrada Escritura y la Tradición eclesial, que están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente y se nutren del mismo caudal ( Cfr. DV 9)

### c. Realismo en la exposición de los contenidos.

Expone claramente una doctrina y al mismo tiempo ayuda a vivir mas plenamente esta fe y a testimoniarla más resueltamente. Los enunciados forman ese todo doctrinal al que llamamos depósito de la fe y que la confiesan como algo real.

## VII. Valor doctrinal

Es un acto del Magisterio ordinario del Papa, (suprema autoridad de la Iglesia) promulgado mediante una Constitución Apostólica, una de las formas más solemnes del magisterio pontificio.

Su valor doctrinal es que está avalado por el Papa como:

- Instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial .
- Norma segura para la enseñanza de la fe: el mensaje cristiano revelado por Dios en Cristo y confiado a la Iglesia.
- Medio para conocer mejor las riquezas inagotables de la salvación (Cfr. Jn 8,32)

- Un servicio del Sucesor de Pedro para sostener y confirmar la fe de todos los discípulos de Jesús. (Cfr. Lc 22,23)

- Útil para reforzar los vínculos de unidad en la misma fe apostólica y como punto de apoyo a los esfuerzos ecuménicos mostrando con exactitud el contenido y la coherencia armoniosa de la fe católica.

- Útil para ofrecer a todo hombre razón de nuestra esperanza y de lo que cree la Iglesia Católica. (1Pe 3,15)

Algunas observaciones importantes:

- El Catecismo no es una especie de súper dogma: cada punto de la doctrina que propone tiene la autoridad que ya posee.

- No todas las páginas tienen el mismo valor y la misma importancia, pero todo El avala la fe de la Iglesia. Hay hechos revelados, acontecimientos esenciales que son palabra de Dios y hay afirmaciones que expresan lo que la Iglesia enseña.

- Lo importante es el Catecismo en su conjunto: refleja la enseñanza de la Iglesia. Rechazarlo en su conjunto significa separarse inequívocamente de la fe y de la enseñanza de la Iglesia.

- Expone las verdades cristianos que están entre si conexionadas y distingue en la exposición los contenidos fundamentales, esenciales y permanentes de los que son secundarios, culturales, accesorios conforme a la jerarquía de verdades, teniendo como centro a Cristo.

- Expone lo creído por la Iglesia, no entra en discusiones ni aventura opiniones. Expone pacíficamente lo que está reconocido por la Iglesia como expresión de la revelación de Dios.

- Incorpora las adquisiciones del Vaticano II, en el método, los contenidos y la atención a cuestiones que plantea el mundo de hoy. Su actualidad no consiste en que diga lo que quiera el mundo que diga, sino en su fidelidad a lo que Cristo quiere.

¿Cómo aceptarlo? con la obediencia de la fe única ancla de salvación."El que a vosotros escucha a mi me escucha".

- No es una reseña de opiniones teológicas, aunque no cierra cuestiones particulares aun abiertas a la discusión y reflexión teológica.

- El Catecismo no reproduce una opinión probada cualquiera. Formula sus respuestas de la gran experiencia comunitaria de la Iglesia de todos los tiempos.

- En medio de un pluralismo de interpretaciones teológicas trasmite la fe única, recibida de los Apóstoles.

**VIII. Destinatarios**

**P**rincipalmente los responsables de la catequesis:

Obispos como pastores de la Iglesia, como instrumento en su tarea de enseñar al Pueblo de Dios.

Redactores de Catecismos.

Sacerdotes y catequistas.

Fieles cristianos.

**IX. Manejo del catecismo**

El Catecismo está concebido como una exposición orgánica de toda la fe católica. Es preciso, por tanto, leerlo como una unidad. Numerosas referencias en el interior del texto que señalan los lugares paralelos y el índice analítico al final del volumen permiten ver cada tema en su vinculación con el conjunto de la fe.

Frecuentemente los textos de la Sagrada Escritura no son citados literalmente, sino indicando sólo la referencia (mediante cf). Para una inteligencia más profunda de esos pasajes, es preciso recurrir a los textos mismos. Estas referencias bíblicas son un instrumento de trabajo para la catequesis.

Cuando, en ciertos pasajes, se emplea **letra pequeña**, con ello se indica que se trata de puntualizaciones de tipo histórico, apologético o de exposiciones doctrinales complementarias.

Las **citas**, en letra pequeña, de fuentes patrísticas, litúrgicas, magisteriales o hagiográficas tienen como fin enriquecer la exposición doctrinal. Con frecuencia estos textos han sido escogidos con miras a un uso directamente catequético.

Al final de cada unidad temática, una serie de textos breves resumen en fórmulas condensadas lo esencial de la enseñanza. Estos "resúmenes" tienen como finalidad ofrecer sugerencias para fórmulas sintéticas y memorizables en la catequesis de cada lugar.

El Catecismo contiene 2865 puntos en numeración corrida, cada párrafo esta marcado con un número, en negrita, al margen los números rojos son referencias de textos relacionados con el tema tratado en el párrafo.

Nosotros nos referiremos a los números marcados al inicio del párrafo en negrita.

Para encontrar información, al final del catecismo están 3 índices:

**ÍNDICE DE TEXTOS:** Hace mención:
Citas bíblicas,
Documentos, concilios y sínodos.
Escritores eclesiásticos.

**ÍNDICE ANALÍTICO:** Hace mención a:
Temas específicos
Definiciones.

**ÍNDICE GENERAL:**
Siglas.
Abreviaturas de los libros de la Biblia
Prólogo
Capítulos, etc.

## X. Conclusión

Este instrumento que permite a todos los cristianos comunicarse entre sí y con Dios, con el lenguaje universal de la fe, no se escribió con intención exclusiva de saberlo, hay que hacerlo vida.

No hay que presuponer, sino proponer la fe: urge llevar a todos la salvación, es un hecho que muchos no la conocen ni la tienen.

### Lecturas complementarias

*S.S. Juan Pablo II, Constitución apostólica Fidei Depositum*

### *1. INTRODUCCIÓN*

*Guardar el depósito de la fe es la misión que el Señor confió a su Iglesia y que ella realiza en todo tiempo. El concilio ecuménico Vaticano II, inaugurado solemnemente hace treinta años por nuestro predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, tenía como intención y finalidad poner de manifiesto la misión apostólica y pastoral de la Iglesia, a fin de que el*

*resplandor de la verdad evangélica llevara a todos los hombres a buscar y aceptar el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (cf. Ef 3, 19).*

*A ese Concilio el Papa Juan XXIII había asignado como tarea principal custodiar y explicar mejor el precioso depósito de la doctrina católica, para hacerlo más accesible a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad. Por consiguiente, el Concilio no tenía como misión primaria condenar los errores de la época, sino que debía ante todo esforzarse serenamente por mostrar la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe. "Iluminada por la luz de este Concilio -decía el Papa-, la Iglesia crecerá con riquezas espirituales y, sacando de él nueva energía y nuevas fuerzas, mirará intrépida al futuro... A nosotros nos corresponde dedicarnos con empeño, y sin temor, a la obra que exige nuestra época, prosiguiendo así el camino que la Iglesia ha recorrido desde hace casi veinte siglos" (1).*

*Con la ayuda de Dios, los padres conciliares, en cuatro años de trabajo, pudieron elaborar y ofrecer a toda la Iglesia un notable conjunto de exposiciones doctrinales y directrices pastorales. Pastores y fieles encuentran en él orientaciones para llevar a cabo aquella "renovación de pensamientos y actividades, de costumbres y virtudes morales, de gozo y esperanza, que era un deseo ardiente del Concilio" (2).*

*Después de su conclusión, el Concilio no ha cesado de inspirar la vida de la Iglesia. En 1985 quise señalar: "Para mí, que tuve la gracia especial de participar y colaborar activamente en su desenvolvimiento, el Vaticano II ha sido siempre, y es de modo particular en estos años de mi pontificado, el punto de referencia constante de toda mi acción pastoral, con el compromiso responsable de traducir sus directrices en aplicación concreta y fiel, a nivel de cada Iglesia y de toda la Iglesia. Hay que acudir incesantemente a esa fuente" (3)*

*Con esa intención, el 25 de enero de 1985 convoqué una asamblea extraordinaria del Sínodo de los obispos, con ocasión del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio. Objetivo de esa asamblea era dar gracias y celebrar los frutos espirituales del concilio Vaticano II, profundizar su enseñanza para lograr una mayor adhesión a la misma y difundir su conocimiento y aplicación.*

*En esa circunstancia, los padres sinodales afirmaron: "Son numerosos los que han expresado el deseo de que se elabore un catecismo o compendio de toda la doctrina católica, tanto en materia de fe como de moral, para que sirva casi como punto de referencia para los catecismos o compendios que se preparan en las diversas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica, y ha de ofrecer una doctrina sana y adaptada a la vida actual de los cristianos" (4). Después de la clausura del Sínodo, hice mío ese*

*deseo, al considerar que respondía "realmente a las necesidades de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares" (5).*

*Por ello, damos gracias de todo corazón al Señor este día en que podemos ofrecer a toda la Iglesia, con el título de Catecismo de la Iglesia católica, este "texto de referencia" para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe.*

*Tras la renovación de la Liturgia y la nueva codificación del Derecho canónico de la Iglesia latina y de los cánones de las Iglesias orientales católicas, este Catecismo contribuirá en gran medida a la obra de renovación de toda la vida eclesial, que quiso y comenzó el concilio Vaticano II.*

## *2. ITINERARIO Y ESPÍRITU DE LA REDACCIÓN DEL TEXTO*

*El Catecismo de la Iglesia católica es fruto de una amplísima cooperación: ha sido elaborado en seis años de intenso trabajo, llevado a cabo con gran apertura de espíritu y con celo ardiente.*

*El año 1986 confié a una Comisión de doce cardenales y obispos, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, el encargo de preparar un proyecto del catecismo solicitado por los padres del Sínodo. Un Comité de siete obispos diocesanos, expertos en teología y catequesis, colaboró con la Comisión en ese trabajo.*

*La Comisión, encargada de dar las directrices y vigilar el desarrollo de los trabajos, siguió atentamente todas las etapas de la elaboración de las nueve redacciones sucesivas del texto.*

*El Comité de redacción, por su parte, asumió la responsabilidad de escribir el texto, aportar las modificaciones solicitadas por la Comisión y examinar las observaciones de numerosos teólogos, de exegetas, de expertos en catequesis, de institutos y, sobre todo, de los obispos del mundo entero, con el fin de mejorar el texto. El Comité fue una fuente de fructuosos intercambios de opiniones y de enriquecimiento de ideas para asegurar la unidad y homogeneidad del texto.*

*El proyecto fue sometido a una vasta consulta de todos los obispos católicos, de sus Conferencias episcopales o de sus Sínodos, así como de los institutos de teología y catequética.*

*En su conjunto, ha tenido una aceptación muy favorable por parte del Episcopado. Se puede afirmar que este Catecismo es el fruto de una colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica, que acogió con generosidad mi invitación a asumir su parte de responsabilidad en esta*

*iniciativa que atañe de cerca a la vida eclesial. Esa respuesta suscita en mí un sentimiento profundo de alegría, pues la coincidencia de tantos votos manifiesta de verdad una cierta «sinfonía» de la fe. La elaboración de este Catecismo muestra, además, la naturaleza colegial del Episcopado: atestigua la catolicidad de la Iglesia.*

### *3. DISTRIBUCIÓN DE LA MATERIA*

*Un catecismo debe presentar con fidelidad y de modo orgánico la doctrina de la sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio auténtico, así como de la herencia espiritual de los Padres, y de los santos y santas de la Iglesia, para dar a conocer mejor los misterios cristianos y afianzar la fe del pueblo de Dios. Asimismo, debe tener en cuenta las declaraciones doctrinales que en el decurso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia. Y es preciso que ayude también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún.*

*Así pues, el Catecismo ha de presentar lo nuevo y lo viejo (cf. Mt 13, 52), dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas.*

*Para responder a esa doble exigencia, el Catecismo de la Iglesia católica, por una parte, toma la estructura "antigua", tradicional, ya utilizada por el catecismo de san Pío V, distribuyendo el contenido en cuatro partes: Credo; sagrada Liturgia, con los sacramentos en primer lugar; el obrar cristiano, expuesto a partir del Decálogo; y, por último, la oración cristiana. Con todo, al mismo tiempo, el contenido se expresa a menudo de un modo "nuevo", para responder a los interrogantes de nuestra época.*

*Las cuatro partes están relacionadas entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); ese misterio es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); inspira nuestra oración, cuya expresión principal es el "Padre nuestro", y constituye el objeto de nuestra súplica, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte).*

*La liturgia es en sí misma oración; la confesión de la fe encuentra su lugar propio en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, del mismo modo que la participación en la liturgia de la Iglesia exige la fe. Si la fe carece de obras, es fe muerta (cf. St 2, 14-26) y no puede producir frutos de vida eterna.*

*Leyendo el Catecismo de la Iglesia católica, podemos apreciar la admirable unidad del misterio de Dios y de su voluntad salvífica, así como el puesto*

*central que ocupa Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la bienaventurada Virgen María por obra del Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, de manera especial en los sacramentos. Él es la verdadera fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración.*

### *4. VALOR DOCTRINAL DEL TEXTO*

*El Catecismo de la Iglesia católica, que aprobé el día 25 del pasado mes de junio y que hoy dispongo publicar en virtud de mi autoridad apostólica, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia. Yo lo considero un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la enseñanza de la fe. Ojala sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo incesantemente invita a la Iglesia de Dios, cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino.*

*La aprobación y la publicación del Catecismo de la Iglesia católica constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la santa Iglesia católica, a todas las Iglesias particulares que están en paz y comunión con la Sede Apostólica de Roma: es decir, el servicio de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cf. Lc 22, 32), así como fortalecer los lazos de unidad en la misma fe apostólica.*

*Pido, por consiguiente, a los pastores de la Iglesia, y a los fieles, que acojan este Catecismo con espíritu de comunión y lo usen asiduamente en el cumplimiento de su misión de anunciar la fe y de invitar a la vida evangélica. Este Catecismo se les entrega para que les sirva como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y sobre todo para la elaboración de los catecismos locales. Se ofrece, también, a todos los fieles que quieran conocer más a fondo las riquezas inagotables de la salvación (cf. Jn 8, 32). Quiere proporcionar una ayuda a los trabajos ecuménicos animados por el santo deseo de promover la unidad de todos los cristianos, mostrando con esmero el contenido y la coherencia admirable de la fe católica. El Catecismo de la Iglesia católica se ofrece, por último, a todo hombre que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 P 3, 15) y que desee conocer lo que cree la Iglesia católica.*

*Este Catecismo no está destinado a sustituir los catecismos locales aprobados por las autoridades eclesiásticas, los obispos diocesanos o las Conferencias episcopales, sobre todo si han recibido la aprobación de la Sede Apostólica. Está destinado a favorecer y ayudar la redacción de los nuevos catecismos de cada nación, teniendo en cuenta las diversas situaciones y*

*culturas, pero conservando con esmero la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica.*

## *5. CONCLUSIÓN*

*Al concluir este documento, que presenta el Catecismo de la Iglesia católica, pido a la santísima Virgen María, Madre del Verbo encarnado y Madre de la Iglesia, que sostenga con su poderosa intercesión el trabajo catequístico de toda la Iglesia en todos sus niveles, en este tiempo en que está llamada a realizar un nuevo esfuerzo de evangelización. Ojala que la luz de la fe verdadera libere a los hombres de la ignorancia y de la esclavitud del pecado, para conducirlos a la única libertad digna de este nombre (cf. Jn 8, 32), es decir, a la vida en Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo, aquí en la tierra y en el reino de los cielos, en la plenitud de la felicidad de la contemplación de Dios cara a cara (cf. 1 Co 13, 12; 2 Co 5, 6-8).*

*Dado en Roma, el día 11 de octubre de 1992, trigésimo aniversario de la apertura del concilio ecuménico Vaticano II, décimo cuarto año de pontificado.*

---

*(1) Juan XXIII, Discurso de apertura del concilio ecuménico Vaticano II, 11 de octubre de 1962: AAS 54 (1962), pp. 788-791.*
*(2) Pablo VI, Discurso de clausura del concilio ecuménico Vaticano II, 8 de diciembre de 1965: AAS 58 (1966), pp. 7-8.*
*(3) Juan Pablo II, Homilía del 25 de enero de 1985, cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 3 de febrero de 1985, p. 12).*
*(4) Relación final del Sínodo extraordinario, 7 de diciembre de 1985, II, B, a, n. 4; Enchiridion Vaticanum, vol. 9, p. 1.758, n. 1.797.*
*(5) Juan Pablo II, Discurso en la sesión de clausura de la II Asamblea general extraordinaria del Sínodo de los obispos, 7 de diciembre de 1985; AAS 78 (1986), p. 435; cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 15 de diciembre de 1985, p. 11.*

## Autoevaluación

1. ¿Ha cambiado el Catecismo los contenidos de la fe y de la mora?

2. ¿Qué es el Catecismo?

3. ¿Qué movió a los Obispos a pedir al Papa un Catecismo que sirviera a toda la Iglesia?

4. ¿Cuáles son las fuentes del Catecismo?

5. ¿Cómo está dividido el Catecismo?

6. ¿Quiénes son los destinatarios del Catecismo?
7. ¿Cuál es el valor doctrinal del Catecismo actual?

# Sesión 12
# ¿Por qué creemos?

**Esquema de la lección**

I. Introducción
II. Naturaleza de la fe.
III. La fe como respuesta a la Revelación.
IV. Las exigencias de la fe cristiana.
V. El camino de la fe.
VI. Conocer mejor la propia fe.
VII. La conservación de la fe

**Profundiza tu fe**

Para el cristiano, creer en Dios es inseparablemente creer en aquel que él ha enviado, "su Hijo amado", en quien ha puesto toda su complacencia. El Señor mismo dice a sus discípulos: "Creed en Dios, creed también en mí" Podemos creer en Jesucristo porque es Dios, el Verbo hecho carne.

**Catecismo**

Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que él dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura. CEC 150

**Cuerpo doctrinal**

**I. Introducción.**

Cuando el CEC (n. 150) precisa que la fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios, e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado, está involucrando en el ejercicio de la fe la dimensión subjetiva, es decir, la vivencia de la fe **con la que** creemos, y también la dimensión objetiva, o la fe **que** creemos.

Este tema trata sobre la dimensión subjetiva, es decir de la virtud teologal de la fe, y en el siguiente trataremos la dimensión objetiva que trata de la fe que creemos, o sea de sus contenidos doctrinales.

**II. Naturaleza de la fe.**

El Concilio Vaticano I la define como *la virtud sobrenatural por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por El ha*

*sido revelado, no por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos* (Cfr. DH 3008).

Y el Catecismo la define como:

Una adhesión personal del hombre a Dios, y el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. (CIC 150)

La virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que El nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Es la verdad misma. (Cfr. CEC 1814)

Por lo anterior, vemos que la fe es un don, una gracia que Dios nos da.

**III. La fe como respuesta a la Revelación.**

Cuando por su revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía (DV 2), la respuesta adecuada a esta invitación es la fe, virtud por la que el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios que se revela (Cfr. DV 5; CEC 142, 143).

La carta a los Hebreos con abundantes testimonios elogia la fe ejemplar de los antiguos que se confiaron totalmente a Dios (Hb 11).

La fe es la respuesta del hombre al Dios que se revela en acciones, palabras y promesas. Para hablar de creer, se usa una expresión que se basa en la raíz "estar seguro", apoyarse en... (Ex.14,31; Num.14,11). Se trata de apoyarse en Dios, en su palabra, mostrando la relación personal del hombre con Dios, su actitud de confianza y abandono en Él.

En la versión de la Biblia de los LXX se habla de *pistéuo*; en latín se traduce "credere Deo", creer a Dios. La fe del Antiguo Testamento es creer EN Dios, confiarse a su palabra. La fe se ve como incluyendo de forma inseparable la condición de confianza, de acogida obediente y de conocimiento; se trata de decir AMEN a las promesas, palabras y gestos de Dios. Pero abarca también creer A Dios y creer POR Dios. Se cree a Dios, y él es también la razón de la fe.

También el Nuevo Testamento presenta la dimensión personal de la fe:

- **Sinópticos**: La fe se centra en Cristo resucitado (Cfr. Lc 9,20; Mt 16,16); pero es también la disposición que Él pide a los que ven sus signos y milagros o esperan una curación (Cfr. Mc 2,1-12; Lc.8,41- 56).

- **En las cartas paulinas**: la fe de las primeras comunidades surge de la proclamación de la resurrección de Jesús constituido Señor. "Cristo ha resucitado": esta es la fe; y por eso creo lo que dijo. La fe pascual es entendida como la aceptación total de la salvación ofrecida por Cristo.

  La fe se coloca entre dos polos: el hecho salvífico de la cruz y resurrección de Cristo, y la justificación del hombre gracias al don de la fe. *Pisteuein* (Fiarse) se relaciona con Cristo como con su contenido central (Cfr. Rom 10,8). El acto de fe es obediencia y acogida; pero también confianza. (Cfr. Rom 4,1-22): *Sé en quien he creído y me siento seguro (*Cfr. 2 Tim 1,12*)*

- **Hechos**: la fe también se relaciona con el acto salvífico de Cristo, y designa el objeto del mensaje. Se habla de obediencia.

- **San Juan:** La fe es adhesión a Cristo. Subraya el aspecto cognoscitivo, confesional de la fe, entendida como comunión. Cristo no sólo es el objeto, sino el fundamento mismo de la fe.

## IV. Las exigencias de la fe cristiana.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento ven la fe como la adhesión total del hombre a la palabra salvífica de Dios, con cuatro dimensiones:

- Se confiesa, se acepta y se profesa públicamente el anuncio cristiano como palabra salvífica.

- Conocimiento de la verdad salvífica; no se trata sólo de la percepción intelectual de unas verdades, sino de una apertura vital al misterio (que se resume en Cristo, en su muerte y resurrección).

- Como obediencia (Cfr. Rom.16, 26): conversión de la vida y sumisión a la economía divina de salvación: es someterse libremente a la palabra escuchada porque su verdad esta garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia Abraham es el modelo que propone la Escritura y la Virgen María la realización perfecta.

- Como confianza: la fe es un don, y desde ella el hombre se confía a Dios. Se trata de experimentar que Cristo nos sostiene y apoya; reconozco y experimento el amor de Dios en mi vida. En Abraham su fe es la garantía de lo que espera y la prueba de las realidades que no se ven.

## V. El camino de la fe.

San Juan, en su evangelio describe los pasos para llegar a la fe:

- Lo primero es entrar en contacto con los signos (Cfr. Jn 9,1-7). Los signos son todo lo que nos hace reflexionar y mirar al más allá. Puede ser algo muy grandioso, o tan sencillo como una flor.

- El ser humano descubre que hay algo superior, más allá de los signos, que no puede alcanzar "es un profeta", es decir, algo que no se cómo explicar y lo llamo profeta. (Cfr. Jn 9,17)

- El ser humano ama esa superioridad, a pesar de no poder alcanzarla (Cfr. Jn 9,23, 25, 27, 30). En Lv 33 dice "no se... pero lo defiende. En el v. 36 desea conocer más. Se siente atraído por lo que intuye que hay más allá, pero que no conoce.

- Dios concede al ser humano la fuerza necesaria para poder adherirse más fuertemente a esa superioridad inalcanzable. Esta fuerza superior es la fe, es decir, es una autodonación de Dios que ayuda al hombre a acercarse a lo que, naturalmente nunca llegaría. (Cfr. Jn 9,37) Dios descubre lo escondido al hombre).

- El hombre acepta y confía gracias a la ayuda de Dios (Cfr. Jn 9,38) El ciego conoce. Incluso se postra ante Jesús, inconcebible en un judío adorar a un humano.

La fe, pues, es la fuerza sobrenatural de Dios para ayudar a la voluntad a aceptar lo que la inteligencia no ve claramente, porque la voluntad natural no tendría fuerzas para decidirse a aceptar lo que no ve claramente por el conocimiento. De hecho, el objeto de la fe (Dios) es tan desproporcionado a la naturaleza humana que, sólo con la ayuda divina de la fe, puede realizar un acto superior y desproporcionado a sus capacidades, como es abandonarse en manos de Dios totalmente en algo que no ve.

Que haya que creer a pesar de las dudas no quiere decir que debe creerse a ciegas. El fideísmo ha sido condenado por el Concilio Vaticano I. Todo lo que hagamos por conocer mejor nuestra fe es facilitar el acercamiento a los signos, que son base de la fe.

**VI. Conocer mejor la propia fe.**

- Nuestras resistencias a la fe nacen muchas veces de la ignorancia. Conocemos poco y a medias. Cuando, nuestro conocimiento de la Revelación de Dios es más claro y coherente nos parece más lógico creer.

- Para creer no debemos preocuparnos de buscarle explicaciones a todo, sino buscar, confiar y apoyarnos en Dios para dar el salto hacia la fe. Creer es reconocer que no puedo entenderlo todo, pero que estoy

dispuesto a admitir algunas cosas que tengo delante de mí, aunque sean inexplicables (Cfr. CEC.157). La fe es creer misterios, no absurdos (Cfr. CEC159).

- Tener fe no elimina las dudas. Como dice Jacques Loen "tener fe es creer a pesar de las dudas". Por eso, es común que coexistan en nosotros la fe y las dudas, porque la fe es precisamente el acto de la voluntad que acepta como admisible aquello que la inteligencia percibe como dudoso. Otra cosa es poner en peligro la fe con lecturas o datos que me aumentan las dudas. (Cfr. CEC158).

- La fe, pues, es la fuerza sobrenatural que nos da Dios para ayudar a la voluntad a aceptar lo que la inteligencia no ve claramente.

- Es importante destacar que la voluntad natural no tendría fuerzas para decidirse a aceptar lo que supera las capacidades limitadas de su conocimiento: Dios es un objeto tan desproporcionado a la mente humana que, sólo con la ayuda divina de la fe, la voluntad puede permitir a la inteligencia abandonarse y confiar en Dios, a quien no ve (Cfr. CEC 156).

- El asentimiento de fe no nace de la evidencia de la verdad intrínseca de las cosas, porque tratándose de Dios rebasan nuestra limitada capacidad humana, sino que se apoya en la autoridad de Dios que revela, quien no puede engañarse ni engañarnos. Así se entiende que nuestra fe está esencialmente relacionada con el testimonio de Dios sobre sí mismo, razón de nuestra certeza.

**VII. La conservación de la fe**

a. Por parte de Dios, la fe puede ser puesta a prueba. Es vivida con frecuencia en la oscuridad. Las experiencias del mal y del sufrimiento pueden estremecer la fe.

b. Por parte del hombre, la fe se puede perder (Cfr. CEC 2089)

- Por falta de cultivo y coherencia

- Por no confesarla externamente por vergüenza o temor.

- Ponerla en peligro, por no apartarse de lo que puede dañarla: lecturas, personas, situaciones o supersticiones (como la guija, el espiritismo, la magia, etc.).

- Por incredulidad o carencia culpable y rechazo de la misma

- Por apostasía: abandono de la fe recibida en el bautismo.

- Herejía: negación voluntaria de alguna verdad definida por la autoridad de la Iglesia como dogma. Rechaza la autoridad de Dios que la ha revelado.

Para conserva la fe, debemos pedir a Dios que la aumente, y alimentarla con la Palabra de Dios.

**Lecturas Complementarias**

*Concilio Vaticano I, Constitución Dogmática de Fide Catholica, c 3. (Cfr. DS 3008)*

> *Dependiendo el hombre totalmente de Dios como de su creador y señor, y estando la razón humana enteramente sujeta a la Verdad increada; cuando Dios revela, estamos obligados a prestarle por la fe plena obediencia de entendimiento y de voluntad. Ahora bien, esta fe que es el principio de la humana salvación, la Iglesia católica profesa que es una virtud sobrenatural por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado, no por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede ni engañarse ni engañarnos. "Es, en efecto, la fe", en testimonio del Apóstol, "sustancia de las cosas que se esperan, argumento de lo que no aparece" (Heb. 11, 1).*

*Mt 7, 21. 23:*

> *No basta con que me digan: Señor, Señor, para entrar en el Reino de los cielos, sino que hay que hacer la voluntad de mi Padre que está en el cielo. En el día del juicio muchos me dirán Señor, Señor, profetizamos en tu nombre y en tu nombre arrojamos los demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros. Yo les diré entonces, no los reconozco. Aléjense de mí, todos los malhechores.*

*Jn 20, 24 – 31:*

> *Uno de los doce no estaba cuando vino Jesús. Era Tomás, llamado el Gemelo. Los otros discípulos le dijeron después: "Vimos al Señor", Contestó: "No creeré sino cuando vea la marca de los clavos en sus manos, meta mis dedos en el lugar de los clavos y palpe la herida de su costado". Ocho días después, los discípulos estaban de nuevo reunidos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús a pesar de estar las puertas cerradas, y se puso de pie en medio de ellos. Les dijo "La paz sea con vosotros" Después dijo a Tomas. "Ven*

*acá, mira mis manos, extiende tu mano y palpa mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe". Tomás exclamó: "Tú eres mi Señor y mi Dios" Jesús le dijo: "Tú crees porque has visto, Felices los que creen sin haber visto. Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que crean que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios y que por esta fe tengan la vida que él solo puede comunicar.*

**Autoevaluación**

1. ¿Quiénes son nuestros modelos en la obediencia de la fe?
2. En la práctica, ¿qué significa para el hombre creer en Dios?
3. ¿Cuál debe ser la respuesta del hombre a Dios que se revela?
4. ¿Qué es la fe? Da las dos definiciones que vienen en el Catecismo y menciona los números.
5. ¿Qué debemos hacer para creer?
6. ¿Qué debemos hacer para conservar y aumentar la fe?

# Sesión 13
# Las características de la fe

**Esquema de la lección**

I. La fe es teologal.
II. Es una gracia.
III. Es un acto auténticamente humano.
IV. La fe y la inteligencia.
V. La fe es cierta.
VI. Es razonable.
VII. Fe y ciencia
VIII. La fe es libre.
IX. La fe es necesaria.
X. La fe es eclesial.
XI. La fe, comienzo de la vida eterna

**Profundiza tu fe**

Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano.

**Catecismo**

Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros. CEC 166

**Cuerpo doctrinal**

**Introducción**

En este tema, complemento del anterior, se describen las características de la fe, guiados por el Catecismo de la Iglesia Católica.

**I. La fe es teologal.**

- No es una redundancia, pues se trata de adhesión personal del hombre precisamente a Dios, y asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. Toda, es toda sin restricciones.

- No solo es creer que Dios existe, sino confianza absoluta en Él y en su palabra.

- Sólo es justo confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que Él dice; en ninguna criatura podemos poner tal confianza y seguridad.

- Fe en Cristo, Hijo de Dios: *Creéis en Dios, creed en mí* (Jn 14,1). *Este es mi Hijo amado*. (Mt 3,17)

**II. Es una gracia.**

*Nadie puede venir a mi, si el Padre que me ha enviado no lo atrae* (Jn 6, 44), por eso, cuando Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le declara que esta revelación no le ha venido "de la carne y de la sangre, sino de mi Padre que está en los cielos" (Mt 16,17; Cfr. Ga 1,15; Mt 11,25).

Con estas palabras, Cristo viene a decir que la fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por Él; que para dar respuesta a la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, que abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad (DV 5). El hombre no puede dar ningún paso positivo hacia su salvación ni adherirse al mensaje cristiano sin ese don de Dios (Cfr. CEC 153).

**III. Es un acto auténticamente humano.**

Que sólo sea posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo, no hace menos cierto que creer sea un acto auténticamente humano, pues no es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades que Él ha revelado.

Esto también ocurre en las relaciones humanas, en las que no sentimos contrario a nuestra propia dignidad creer lo que otras personas nos dicen sobre ellas mismas y sobre sus intenciones, y prestar confianza a sus promesas (como, por ejemplo, cuando un hombre y una mujer se casan), para entrar así en comunión mutua.

Igualmente, no contraría ni a la inteligencia ni a la libertad del hombre depositar en Dios la confianza y adherirse a las verdades por Él reveladas. Además, si no es contrario a nuestra dignidad creer lo que otras personas nos dicen y prestarles confianza, mucho menos si se trata de Dios que se revela para invitarnos a entrar en comunión con Él (Cfr. CEC 154).

**IV. La fe y la inteligencia.**

Siendo la fe un acto verdaderamente humano, en el ejercicio de la misma cooperan la inteligencia y la voluntad humanas con la gracia divina, en efecto,

“creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia" (Cfr. CEC 155).

Pero cooperación, no quiere decir que el **motivo** de creer radique en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón natural. Creemos "a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos". "Sin embargo, para que el homenaje de nuestra fe fuese conforme a la razón, Dios ha querido que los auxilios interiores del Espíritu Santo vayan acompañados de las pruebas exteriores de su revelación" (ibid., DS 3009). En este sentido los milagros de Cristo y de los santos (Cfr. Mc 16,20; Hch 2,4), las profecías, la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad "son signos ciertos de la revelación, adaptados a la inteligencia de todos", "motivos de credibilidad que muestran que el asentimiento de la fe no es en modo alguno un impulso ciego del espíritu" (Cfr. CEC 156).

**V. La fe es cierta.**

La fe es más cierta que cualquier conocimiento humano, pues no es una opinión o un salto al vacío, sino que se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. Desde luego las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humanas, pero "la certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón natural" (S. Tomás de Aquino, s.th. 2-2, 171,5, obj.3). "Diez mil dificultades no hacen una sola duda", decía J. H. Newman. Cierta, significa segura, no necesariamente clara, diáfana o fácil de entender (CEC 157).

**VI. Es razonable.**

Es propio de la fe que el creyente, haciendo uso de su razón, desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más profundo suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe, en expresión de san Pablo, abre *los ojos del corazón* (Ef 1,18) para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación, es decir, del conjunto del designio de Dios y de los misterios de la fe, de su conexión entre sí y con Cristo, centro del Misterio revelado.

Ahora bien, "para que la inteligencia de la Revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" (DV 5). Así, en expresión de san Agustín (serm. 43, 7, 9), "creo para comprender y comprendo para creer mejor" (Cfr. CEC 158).

## VII. Fe y ciencia

Si bien la fe está por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas, pues el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón, Dios no podría negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero" (Cc. Vaticano I: DS 3017). Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios. Más aún, quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son (GS 36, 2; CEC 159).

## VIII. La fe es libre.

El hombre, al creer, responde voluntariamente a Dios, quien invita, pero no coacciona. Nadie puede ser obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza" (DH 10; cf. CIC, can.748,2). "Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados... Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús" (DH 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, él no forzó jamás a nadie a creer. "Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino...crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él" (Cfr. CEC 160).

## IX. La fe es necesaria.

El Señor mismo lo afirma: *El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará* ((Mc 16,16).

Creer en Cristo Jesús y en aquél que lo envió para salvarnos es necesario para obtener esa salvación. "Puesto que `sin la fe... es imposible agradar a Dios' (Hb 11,6) y llegar a participar en la condición de sus hijos, nadie es justificado sin ella y nadie, a no ser que `haya perseverado en ella hasta el fin' (Mt 10,22; 24,13), obtendrá la vida eterna" (Cfr. CEC 161).

Este don gratuito que Dios hace al hombre podemos perderlo, como advierte S. Pablo a Timoteo: "Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe" (1 Tm 1,18-19).

Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (Cfr. Mc 9,24; Lc 17,5;

22,32); debe "actuar por la caridad" (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (Cfr. Rom 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia. (CEC 162).

**X. La fe es eclesial.**

Cierto que la fe es un acto personal de respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro y debe transmitirla a otro como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros (Cfr. CEC 166).

La Iglesia es la primera que cree, y así conduce, alimenta y sostiene mi fe. La Iglesia es la primera que, en todas partes, confiesa al Señor, y con ella y en ella somos impulsados y llevados a confesar también: "creo", "creemos". Por medio de la Iglesia recibimos la fe y la vida nueva en Cristo por el bautismo. En el Ritual de este sacramento el ministro pregunta al catecúmeno: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?" Y la respuesta es: "La fe". "¿Qué te da la fe?" "La vida eterna". (Cfr. CEC 168).

Así pues, la fe de la Iglesia es anterior a la fe del creyente, el cual es invitado a adherirse a ella; por eso cuando digo "creo", estoy haciendo una profesión personal de la fe de la Iglesia, recibida a su vez, de los Apóstoles (Cfr. CEC 1124).

**XI. La fe, comienzo de la vida eterna**

La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna. En palabras de san Basilio: Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (Cfr. CEC 163).

Ahora, sin embargo, "caminamos en la fe y no en la visión" (2 Cor 5,7), y conocemos a Dios "como en un espejo, de una manera confusa,...imperfecta" (1 Cor 13,12). Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad (Cfr. CEC 164).

**Lecturas complementarias**

*S. S. Juan Pablo II, Catequesis 13 de Marzo 1985.*

***¿Qué quiere decir "creer"?***

*1. El primero y fundamental punto de referencia de la presente catequesis son las profesiones de la fe cristiana universalmente conocidas. Se llaman también "símbolos de fe". La palabra griega "symbolon" significaba la mitad de un objeto partido (por ejemplo, de un sello) que se presentaba como el signo de reconocimiento. Las partes rotas se juntaban para verificar la identidad del portador. De aquí provienen los ulteriores significados de "símbolo": la prueba de la identidad, las cartas credenciales e incluso un tratado o contrato cuya prueba era el "symbolon". El paso de este significado al de colección o sumario de las cosas referidas y documentadas era bastante natural. En nuestro caso, los "símbolos" significan la colección de las principales verdades de fe, es decir, de aquello en lo que la Iglesia cree. En la catequesis sistemática se contienen las instrucciones sobre aquello en lo que la Iglesia cree, esto es, sobre los contenidos de la fe cristiana. De aquí también el hecho de que los "símbolos de fe" son el primero y fundamental punto de referencia para la catequesis.*

*2. Entre los varios "símbolos de fe" antiguos, el más autorizado es el "símbolo apostólico", de origen antiquísimo y comúnmente recitado en las "oraciones del cristiano". En él se contienen las principales verdades de la fe transmitidas por los Apóstoles de Jesucristo. Otro símbolo antiguo y famoso es el "niceno-constantinopolitano": contiene las mismas verdades de la fe apostólica autorizadamente explicadas en los dos primeros Concilios Ecuménicos de la Iglesia universal: Nicea (325) y Constantinopla (381).El uso de los "símbolos de fe" proclamados como fruto de los Concilios de la Iglesia se ha renovado también en nuestro siglo: efectivamente, después del Concilio Vaticano II, el Papa Pablo VI pronunció la "profesión de fe" conocida como el Credo del Pueblo de Dios (1968), que contiene el conjunto de las verdades de fe de la Iglesia teniendo en especial consideración los contenidos a los que había dado expresión el último Concilio, o aquellos puntos en torno a los cuales se habían planteado dudas en los últimos años.*

*Los símbolos de fe son el principal punto de referencia para la presente catequesis. Pero ellos nos remiten al conjunto del "depósito de la Palabra de Dios", constituido por la Sagrada Escritura y la Tradición apostólica, del que son una síntesis conocida. Por esto, a través de las profesiones de fe nos proponemos remontarnos también nosotros a ese "depósito" inmutable, guiados por la interpretación que la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, ha dado de él en el curso de los siglos.*

*3. Cada uno de los mencionados "símbolos" comienza con la palabra "creo". Efectivamente, cada uno de ellos nos sirve no tanto como instrucción, sino como profesión. Los contenidos de esta profesión son las verdades de la fe cristiana: todas están enraizadas en esta primera palabra "creo". Y*

*precisamente sobre esta expresión "creo", deseamos centrarnos en esta primera catequesis.*

*La expresión está presente en el lenguaje cotidiano, aún independientemente de todo contenido religioso, y especialmente del cristiano. "Te creo", significa: me fío de ti, estoy convencido de que dices la verdad. "Creo en lo que tú dices" significa: estoy convencido de que el contenido de tus palabras corresponde a la realidad objetiva.*

*En este uso común de la palabra "creo" se ponen de relieve algunos elementos esenciales. "Creer" significa aceptar y reconocer como verdadero y correspondiente a la realidad el contenido de lo que se dice, esto es, de las palabras de otra persona (o incluso de más personas), en virtud de su credibilidad (o de la de ellas). Esta credibilidad decide, en un caso dado, sobre la autoridad especial de la persona: la autoridad de la verdad. Así, pues, al decir "creo", expresamos simultáneamente una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad, en consideración de la persona que tiene particulares títulos de credibilidad.*

*4. La palabra "creo" aparece con frecuencia en las páginas del Evangelio y de toda la Sagrada Escritura. Sería muy útil confrontar y analizar todos los puntos del Antiguo y Nuevo Testamento que nos permiten captar el sentido bíblico del "creer". Al lado del verbo "creer" encontramos también el sustantivo "fe" como una de las expresiones centrales de toda la Biblia. Encontramos incluso cierto tipo de "definiciones" de la fe, como por ejemplo: "la fe es la garantía de lo que se espera, la prueba de las cosas que no se ven" ("fides est sperandarum substantia rerum et argumentum non apparentium") de la Carta a los Hebreos (11, 1).*

*Estos datos bíblicos han sido estudiados, explicados, desarrollados por los Padres y los teólogos a lo largo de dos mil años de cristianismo, como nos lo atestigua la enorme literatura exegética y dogmática que tenemos a disposición. Lo mismo que en los "símbolos", así también en toda la teología el "creer", la "fe", es una categoría fundamental. Es también el punto de partida de la catequesis, como primer acto con el que se responde a la Revelación de Dios.*

*5. En el presente encuentro nos limitaremos a una sola fuente, pero que resume todas las otras. Es la Constitución conciliar <u>Dei Verbum</u> del Vaticano II. Allí leemos lo siguiente:*

*"Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1, 9); mediante el cual los hombres, por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden llegar hasta*

*el Padre y participar de la naturaleza divina."(Cf. Ef 2, 18; 2 Pe 1, 4)... "(Dei Verbum, 2).*

*«"Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe" (cf. Rom 16, 26; comp. con Rom 1, 5; 2 Cor 10, 5-6). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el "homenaje total de su entendimiento y voluntad" (Conc. Vat. I, Dei Filius, 3), asintiendo libremente a los que Dios le revela» (Dei Verbum, 5).*

*En estas palabras del documento conciliar se contiene la respuesta a la pregunta: ¿Qué significa "creer"? La explicación es concisa, pero condensa una gran riqueza de contenido. Deberemos en lo sucesivo penetrar más ampliamente en esta explicación del Concilio, que tiene un alcance equivalente al de una definición técnica, por así decirlo.*

*Ante todo hay una cosa obvia: existe un genético y orgánico vínculo entre nuestro "credo" cristiano y esa particular "iniciativa" de Dios mismo, que se llama "Revelación".*

*Por esto, la catequesis sobre el "credo" (la fe), hay que realizarla juntamente con la de la Revelación Divina. Lógica e históricamente la Revelación precede a la fe. La fe está condicionada por la Revelación. Es la respuesta del hombre a la divina Revelación.*

*Digamos desde ahora que esta respuesta es posible y justo darla, porque Dios es creíble. Nadie lo es como El. Nadie como El posee la autoridad de la verdad. En ningún caso como en la fe en Dios se realiza el valor conceptual y semántico de la palabra tan usual en el lenguaje humano: "Creo", "Te creo".*

*Concilio Vaticano II,Constitución dogmática Dei Verbum n,5*

***La revelación hay que recibirla con fe***

*5. Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad", y asistiendo voluntariamente a la revelación hecha por El. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que proviene y ayuda, a los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad". Y para que la inteligencia de la revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones.*

**Autoevaluación**

1. ¿Qué diferencia hay entre incredulidad, incertidumbre y duda?
2. El símbolo de los apóstoles del que habla el CEC n. 167, ¿se acepta con la inteligencia o con la voluntad?
3. ¿En dónde radica el motivo de la fe?
4. ¿Cuál es la función de los milagros en la aceptación de la fe?
5. ¿Por qué no es contrario a la dignidad del hombre creer?
6. ¿Por qué afirmamos que no hay contradicción entre la fe y la ciencia?
7. ¿Por qué decimos que la fe es necesaria para salvarnos? )
8. ¿Cuál es el grado de certidumbre de la fe? ¿Por qué razón?
9. Siguiendo la Catequesis de Juan Pablo II, "Qué quiere decir creer", ¿Cuáles son dos de los símbolos de la fe más antiguos e importantes?

# Sesión 14
# El crecimiento en la comprensión de la Revelación

**Esquema de la lección**

I. Introducción
II. La plenitud de la revelación
III. Comprensión y progreso de la Revelación.
IV. Esencia y función de la definición dogmática
V. La Iglesia intérprete de la revelación.

**Profundiza tu fe**

Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas.

**Catecismo**

Ahora bien, "para que la inteligencia de la Revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" Así, según el adagio de S. Agustín , "creo para comprender y comprendo para creer mejor". CEC 158

**Cuerpo doctrinal**

**I. Introducción.**

Cuando se habla de la fe, ésta se entiende en dos sentidos distintos, aunque complementarios entre sí.

- **En sentido subjetivo**, es decir la virtud teologal de la fe, que se trató en los dos temas anteriores.

  Pero la fe implica también, la adhesión a la verdad revelada por Dios, en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma.

- Este es el **sentido objetivo** y se refiere al depósito de la fe recibido en la revelación que cree la Iglesia y que mediante la inteligencia busca comprender cada día con mayor exactitud y profundidad.

**II. La plenitud de la revelación.**

Como ya se vio también en clases anteriores, la Iglesia sostiene el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo y que ha sido transmitida de una vez para siempre.

La Iglesia, afirma la declaración *Dominus Iesus,* cree firmemente que en el misterio de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, se da la revelación definitiva de la plenitud de la verdad divina: « Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar » (*Mt* 11,27). « A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado » (*Jn* 1,18); « porque en Él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente » (*Col* 2,9-10). Y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. *1 Tm* 6,14; *Tit* 2,13) », aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable (Cfr. DI 5), pues una cosa es el deposito de la fe y otra, la manera como se expresa, conservando el mismo sentido y la misma significación.

Por esta razón, aunque la Revelación está terminada, no está completamente explicitada y corresponde a la fe cristiana esforzarse por comprender progresivamente todo su contenido en el transcurso de los siglos (CEC 66).

**III. Comprensión y progreso de la Revelación.**

La revelación, aunque sea dicha en lenguaje humano, sigue siendo única, plena y completa porque quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado (Cfr. DI 6). Pero es precisamente por el uso de las diversas formas humanas de comunicación (Cfr. Hb 1,1), que gracias a la asistencia del Espíritu Santo, que *guía a la Iglesia hasta la verdad completa* (Cfr. Jn 16,13), la comprensión, tanto de las realidades como de las palabras del depósito de la fe puede crecer en la vida de la Iglesia (Cfr. CEC 94).

Esta comprensión sucede:

**a.** Cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (DV 8). Aunque todos los fieles tienen parte en la comprensión y en la transmisión de la verdad revelada (Cfr. CEC 91), esta responsabilidad corresponde en particular a la investigación de los teólogos, quienes metódicamente profundizan en el conocimiento de la verdad revelada (GS 62,7; 44, 2; DV 23, 24; UR 4)

**b.** Cuando los fieles "comprenden internamente los misterios que viven" (DV 8) Como es el caso de la *Lectio divina* (orar con la Palabra) y la predicación durante la Liturgia de la Palabra.

**c.** "Cuando las proclaman los obispos, sucesores de los apóstoles en el carisma de la verdad" (DV 8). Se da así el paso de la confesión de la fe, a la formulación doctrinal de todas aquellas verdades que se contienen en la palabra de Dios escrita o tradicional, y que de esta forma son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas (Cfr. Ds 3010), e inculturan en cada época el mensaje del Evangelio, sin quitar nada de él, pero favoreciendo que se reciba con adhesión renovada en los tiempos actuales.

La Iglesia propone la doctrina de una manera ordinaria, a través del Magisterio y la predicación permanente de los pastores y extraordinariamente a través de las definiciones dogmáticas de un concilio ecuménico, o por las intervenciones solemnes «*ex cathedra*» en las que el Papa hablando como representante de toda la Iglesia ejerce a través de su persona, el carisma de la infalibilidad prometido a la comunidad de los que creen en Cristo. El concilio Vaticano I define expresamente, que en estas decisiones «el Papa... goza de aquella infalibilidad de que el Redentor divino quiso que estuviera provista su Iglesia en la definición de la doctrina sobre la fe y las costumbres» (DS 3074).

## IV. Esencia y función de la definición dogmática

Dogma: verdad revelada por Dios y contenida en la Revelación divina, propuesto por el Magisterio de la Iglesia, con obligación de ser creída y aceptada por los fieles. La proclamación dogmática puede haber sido mediante una definición ex – cáthedra del Papa, en un Concilio ecuménico en comunión con el Papa, o mediante una proclamación especial. La negación o rechazo de esta enseñanza es considerada herejía.

La tarea primordial de una definición dogmática es facilitar la confesión de fe comunitaria en la Iglesia, hacer más clara la verdad y salir al paso de necesidades urgentes en determinado momento (Cfr. Concilio Florentino (DH 1302)

El dogma católico, según la enseñanza y la fe constante de la Iglesia es esencialmente inmutable, pues se trata de proposiciones que:

- Fueron siempre admitidas, aunque no siempre se enseñaron como reveladas explícitamente por Dios.

- Expresan el contenido de proposiciones de la Tradición en un lenguaje poco elaborado y aún por desarrollarse.

- Proposiciones de las que no existen formulaciones explícitas y equivalentes en la tradición que se remonten hasta los apóstoles.

A la objeción que la revelación confiada a la Iglesia quedó cerrada con la muerte del último apóstol (Cfr. DS 783; 2021) y por lo tanto ella solo puede testimoniar lo que recibió de la generación apostólica y lo que en este tiempo se reconoció como perteneciente al depósito de la fe, hay que recordar**le** que el progreso del dogma no es el progreso de la revelación.

- La revelación trasmitida en toda su plenitud en la persona de Cristo, no podía ser asimilada en toda su plenitud de una vez para siempre por el hombre. Esta limitación ha obligado a la Iglesia a buscar mayor precisión en la enseñanza doctrinal, pues el proceso de la revelación entra dentro de la palabra humana que es fundamentalmente finita e históricamente limitada en sus posibilidades afirmativas.

- La evolución de los dogmas es un acontecimiento teológico y espiritual: el Espíritu Santo conduce a los creyentes hacia toda la verdad y hace que la palabra de Cristo viva entre ellos en abundancia (DV 8). Esto acaece por medio del sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo de Dios, por medio de los dones y gracias del Espíritu (LG 12).

- La evolución del dogma representa una vuelta retrospectiva a la Tradición y a la Escritura, fuentes de la herencia apostólica (DV 8), pero a la vez el desarrollo progresivo en el entendimiento de la fe.

- En su desarrollo, la práctica, el estudio y la reflexión de todos los creyentes son muy importantes para la comprensión del depósito de la fe confiado a la Iglesia, pero la interpretación auténtica de la Escritura y de la Tradición, sus fuentes, y su eventual fijación mediante una formulación dogmática, corresponde únicamente al Magisterio (LG 25; DV 10).

## V. La Iglesia intérprete de la revelación.

Si bien la revelación quedó completada definitivamente con los apóstoles, testigos oficiales, debe permanecer hasta el final de los tiempos, tan viva como al principio, sin desviarse, sin cambiar de sentido, sin contaminarse.

Esta necesidad determina la función del Magisterio con relación a la revelación para responder a las cuestiones de cada generación, ilustrando y exponiendo lo que en el depósito de la fe se contiene sólo oscura e implícitamente.

Tomemos como ejemplo, la afirmación: *el Verbo se hizo carne,* que leemos en el cuarto evangelio (Jn 1, 14), implica que Cristo tiene naturaleza humana con cuerpo y alma, inteligencia y voluntad humanas; que su humanidad es adorable, etc. Se trata del desenvolvimiento, por explicación, de verdades explícitamente atestiguadas por la Sagrada Escritura.

Lo que se perfecciona y avanza no es, pues, el depósito de la fe en si mismo, sino nuestra inteligencia y asimilación de la revelación, expresándola mediante formulaciones más claras y explícitas.

La Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, goza de un carisma para conservar y declarar auténticamente la revelación, y le concede una ayuda especial y actual para defender, conservar e interpretar el depósito de la fe (Cfr. Dz 1793).

Mediante este carisma el Espíritu Santo preserva a la Iglesia de todo error, pero además la guía a la plenitud de la verdad y la dirige infaliblemente hacia un conocimiento más perfecto de las verdades reveladas (Cfr. Jn 16, 12-13), pero no le da nuevas revelaciones que fundamenten su enseñanza, pues la revelación fue consumada de una vez para siempre (Jds 3).

Se progresa, pues, en la inteligencia, cada vez más profunda, más detallada, más precisa, de la palabra, pero sin cambiar su sentido, pues no hay un nuevo mensaje.

En esta comprensión de la revelación participa, de una manera muy importante, la investigación teológica que utiliza el razonamiento humano, y goza de un poder superior de penetración cuando es fruto de la fe viva y de los dones del Espíritu Santo.

**Lecturas complementarias**

*Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Dei Verbum, n. 8*

> *8. Así, pues, la predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse hasta el fin de los tiempos por una sucesión continua. De ahí que los Apóstoles, comunicando lo que de ellos mismos han recibido, amonestan a los fieles que conserven las tradiciones que han aprendido o de palabra o por escrito, y que sigan combatiendo por la fe que se les ha dado una vez para siempre. Ahora bien, lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree.*

*Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo: puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios.*

*Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición conoce la Iglesia el Canon íntegro de los libros sagrados, y la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa, y de esta forma, Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente (cf. Col., 3,16).*

*Congregación para la doctrina de la fe, Declaración Dominus Iesus, nn. 5-8*

*5. Para poner remedio a esta mentalidad relativista, cada vez más difundida, es necesario reiterar, ante todo, el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo. Debe ser, en efecto, firmemente creída la afirmación de que en el misterio de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, el cual es «el camino, la verdad y la vida» (cf. Jn 14,6), se da la revelación de la plenitud de la verdad divina: «Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27). «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado» (Jn 1,18); «porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente» (Col 2,9-10).*

*Fiel a la palabra de Dios, el Concilio Vaticano II enseña: «La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación». Y confirma: «Jesucristo, el Verbo hecho carne, "hombre enviado a los hombres", habla palabras de Dios (Jn 3,34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (cf. Jn 5,36; 17,4). Por tanto, Jesucristo -ver al cual es ver al Padre (cf. Jn 14,9)-, con su total presencia y manifestación, con palabras y obras, señales y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, y finalmente, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino [...]. La economía cristiana, como la alianza nueva y*

*definitiva, nunca cesará; y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tm 6,14; Tit 2,13)».*

*Por esto la encíclica Redemptoris missio propone nuevamente a la Iglesia la tarea de proclamar el Evangelio, como plenitud de la verdad: «En esta Palabra definitiva de su revelación, Dios se ha dado a conocer del modo más completo; ha dicho a la humanidad quién es. Esta autorrevelación definitiva de Dios es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo». Sólo la revelación de Jesucristo, por lo tanto, «introduce en nuestra historia una verdad universal y última que induce a la mente del hombre a no pararse nunca».*

*6. Es, por lo tanto, contraria a la fe de la Iglesia la tesis del carácter limitado, incompleto e imperfecto de la revelación de Jesucristo, que sería complementaria a la presente en las otras religiones. La razón que está a la base de esta aserción pretendería fundarse sobre el hecho de que la verdad acerca de Dios no podría ser acogida y manifestada en su globalidad y plenitud por ninguna religión histórica, por lo tanto, tampoco por el cristianismo ni por Jesucristo.*

*Esta posición contradice radicalmente las precedentes afirmaciones de fe, según las cuales en Jesucristo se da la plena y completa revelación del misterio salvífico de Dios. Por lo tanto, las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, aun siendo limitados en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la Persona divina del Verbo encarnado, «verdadero Dios y verdadero hombre» y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable. La verdad sobre Dios no es abolida o reducida porque sea dicha en lenguaje humano. Ella, en cambio, sigue siendo única, plena y completa porque quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado. Por esto la fe exige que se profese que el Verbo hecho carne, en todo su misterio, que va desde la encarnación a la glorificación, es la fuente, participada mas real, y el cumplimiento de toda la revelación salvífica de Dios a la humanidad, y que el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, enseña a los Apóstoles, y por medio de ellos a toda la Iglesia de todos los tiempos, «la verdad completa» (Jn 16,13).*

*7. La respuesta adecuada a la revelación de Dios es «la obediencia de la fe (Rm 1,5: Cf. Rm 16,26; 2 Co 10,5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad", y asintiendo voluntariamente a la*

*revelación hecha por Él». La fe es un don de la gracia: «Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad"».*

*La obediencia de la fe conduce a la acogida de la verdad de la revelación de Cristo, garantizada por Dios, quien es la Verdad misma; «La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado». La fe, por lo tanto, «don de Dios» y «virtud sobrenatural infundida por Él», implica una doble adhesión: a Dios que revela y a la verdad revelada por él, en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma. Por esto «no debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo».*

*Debe ser, por lo tanto, firmemente retenida la distinción entre la fe teologal y la creencia en las otras religiones. Si la fe es la acogida en la gracia de la verdad revelada, que «permite penetrar en el misterio, favoreciendo su comprensión coherente», la creencia en las otras religiones es esa totalidad de experiencia y pensamiento que constituyen los tesoros humanos de sabiduría y religiosidad, que el hombre, en su búsqueda de la verdad, ha ideado y creado en su referencia a lo Divino y al Absoluto.*

*No siempre tal distinción es tenida en consideración en la reflexión actual, por lo cual a menudo se identifica la fe teologal, que es la acogida de la verdad revelada por Dios Uno y Trino, y la creencia en las otras religiones, que es una experiencia religiosa todavía en búsqueda de la verdad absoluta y carente todavía del asentimiento a Dios que se revela. Este es uno de los motivos por los cuales se tiende a reducir, y a veces incluso a anular, las diferencias entre el cristianismo y las otras religiones.*

*8. Se propone también la hipótesis acerca del valor inspirado de los textos sagrados de otras religiones. Ciertamente es necesario reconocer que tales textos contienen elementos gracias a los cuales multitud de personas a través de los siglos han podido y todavía hoy pueden alimentar y conservar su relación religiosa con Dios. Por esto, considerando tanto los modos de actuar como los preceptos y las doctrinas de las otras religiones, el Concilio Vaticano II -como se ha recordado antes- afirma que «por más que discrepen en mucho de lo que ella [la Iglesia] profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres».*

*La tradición de la Iglesia, sin embargo, reserva la calificación de textos inspirados a los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, en cuanto inspirados por el Espíritu Santo. Recogiendo esta tradición, la Constitución dogmática sobre la divina Revelación del Concilio Vaticano II enseña: «La*

*santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros enteros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo (cf. Jn 20, 31; 2 Tm 3,16; 2 Pe 1,19-21; 3,15-16), tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia». Esos libros «enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras de nuestra salvación».*

*Sin embargo, queriendo llamar a sí a todas las gentes en Cristo y comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor, Dios no deja de hacerse presente en muchos modos «no sólo en cada individuo, sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan "lagunas, insuficiencias y errores"». Por lo tanto, los libros sagrados de otras religiones, que de hecho alimentan y guían la existencia de sus seguidores, reciben del misterio de Cristo aquellos elementos de bondad y gracia que están en ellos presentes.*

## Autoevaluación

1. ¿Por qué la fe cristiana no es una "religión del libro"? Ayúdate del CEC n. 108
2. ¿Por qué las definiciones dogmáticas son inmutables?
3. ¿Por qué si puede cambiar la forma en que hizo una definición dogmática?
4. ¿Quién es el garante de la autenticidad de una definición dogmática?
5. ¿Cuál es la función del teólogo en la comprensión de la revelación?
6. ¿De qué manera la Iglesia propone la doctrina?
7. ¿Por qué la Iglesia goza del carisma y autoridad para conservar y declarar auténticamente la revelación?

# Sesión 15
# Razón y fe en la comprensión de la revelación

**Esquema de la lección**

Introducción
I. Consideraciones preliminares.
II. El doble camino a la verdad
III. La teología es una ciencia
IV. Conclusiones catequéticas.

**Profundiza tu fe**

La armonía entre fe y razón significa sobre todo que Dios no está lejos: no está lejos de nuestra razón y de nuestra vida; está cerca de todo ser humano, cerca de nuestro corazón y de nuestra razón, si realmente nos ponemos en camino. Creer abre el camino para cruzar la puerta de la verdad, pero también y de manera inseparable, la razón escruta la verdad para poder encontrar a Dios y creer.

**Catecismo**

La fe trata de comprender, es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe y comprender mejor lo que le ha sido revelado. CEC 158

**Cuerpo doctrinal**

**Introducción**

Durante la segunda mitad del siglo XV fue obispo de Ávila, Alonso Fernández de Madrigal, mejor conocido como “El Tostado”, fecundo exponente del pensamiento teológico de su tiempo.

Como algunas de sus opiniones resultaron demasiado audaces y novedosas para algunos, se cuenta que quienes se ocupaban de ayudarle a bien morir cuando se le aproximaba el trance, querían asegurarse de que amaneciera en el otro mundo con la fe ortodoxa y sin mancha.

Éstos, por lo visto, lo importunaron de tal manera que el *Tostado*, ya en agonía, sacando fuerzas de flaqueza, exclamó: —Yo, ¡como el carbonero!, hijos, ¡como el carbonero!

El carbonero aludido por el obispo era muy conocido en Ávila. En cierta ocasión le preguntó: — ¿Tú en qué crees? —En lo que cree la Santa Iglesia. — ¿Y qué cree la Iglesia? —Lo que yo creo. —Pero ¿qué crees tú? —Lo que cree la Iglesia... Y no había modo de apearle de semejante discurso.

Desde entonces, hablar de la «fe del carbonero», es referirse a una fe que ignora razones.

## I. Consideraciones preliminares

### a. La teología es sobrenatural.

La compresión de la Revelación ¿es obra puramente de la razón? ¿Es una reflexión de tipo filosófico sobre una materia calificada como revelada, de modo que incluso un hereje o un historiador de las religiones puedan dedicarse a ella lo mismo que un creyente?

Al origen de todo conocimiento sobre Dios está un doble don que Él da:

- El don de la revelación que Dios hace de sí mismo,
- El don de la fe para adherirse a esa revelación con certeza absoluta.

Sin revelación no tenemos datos sobre Dios, y sin fe no tenemos razones suficientes para aceptar esos datos. La fe no es el resultado de una demostración apologética, sino un don de la gracia: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae" (Jn 6,44).

### b. La fe origina la teología.

La fe origina la teología que es reflexión sobre la fe, por cuanto

- La fe no es todavía una *visión* de Dios*: "Caminamos en la fe y no en la visión"* (2 Cor 5,7). Vivimos en una relación de palabra y de audición, de testimonio y de fe. Creemos en el misterio por la *Palabra*, sin verlo, y no tenemos acceso a dios más que a través de unos signos: signos de la carne de cristo y signos de su palabra humana.
- Ello nos lleva a reflexionar sobre esos signos: o sea, a hacer "teología", que es una reflexión racional sobre la revelación aceptada con fe para entenderla mejor.

**c. La teología no es mejor que la fe.**

Hay en la fe un dinamismo de búsqueda del espíritu, por eso en ella está siempre presente un comienzo de búsqueda intelectual.

El espíritu humano está hecho para "ver" a Dios

- Al no ver, la fe busca comprender y al cuestionarse hace teología.
- La teología no es mejor que la fe, pero es un intento por responder a ese deseo de visión que sólo se saciará en la otra vida

El mensaje de fe provoca, por lo tanto, el apetito del espíritu; no por una simple curiosidad intelectual, sino porque la verdad que Él revela se presenta como el valor supremo para la vida humana, como lo que le da su sentido último y hace que la vida valga la pena ser vivida. Por eso la palabra de Dios tiene una riqueza inagotable que estimula indefinidamente al espíritu y al corazón.

**II. El doble camino a la verdad.**

**a. La crítica racionalista.**

El racionalismo típico de los siglos XVIII y XIX, en el que hoy algunos quedan varados, aunque en general se haya superado, negaba todo conocimiento que no fuera fruto de la capacidad natural de la razón.

**b. El Vaticano I** por su parte enseña que:

- Además del conocimiento propio de la razón humana, existe un conocimiento peculiar de la fe.
- La verdad alcanzada a través de la reflexión filosófica y la verdad que proviene de la Revelación no se confunden, ni una hace superflua la otra. Aparte aquellas cosas que la razón natural puede alcanzar, se nos proponen para creer misterios escondidos en Dios de los que, de no haber sido divinamente revelados, no se pudiera tener noticia.
- La fe se funda en el testimonio de Dios y cuenta con la ayuda sobrenatural de la gracia, mientras que la razón se apoya sobre la percepción de los sentidos y la experiencia, y se mueve a la luz de la sola inteligencia

**c. El hombre vive de creencias.**

- El hombre desde el nacimiento está inmerso en varias tradiciones, de las cuales recibe no sólo el lenguaje y la formación cultural, sino también muchas verdades en las que, casi instintivamente cree.

- El hombre busca la verdad, es también aquél que vive de creencias. Tanto que en su vida las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal. En efecto, ¿quién podría reconstruir los procesos de experiencia y de pensamiento por los cuales se han acumulado los tesoros de la sabiduría y de religiosidad de la humanidad?

- Cada uno, al creer, confía en los conocimientos adquiridos por otras personas. La fe cristiana le ayuda ofreciéndole la posibilidad concreta de ver realizado el objetivo de esta búsqueda.

**d. No hay competitividad.**

- El deseo de conocer es una característica común a todos los hombres. Gracias a la inteligencia se da a todos, tanto creyentes como no creyentes, la posibilidad de alcanzar la verdad.

- Hay una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y el de la fe.

- No hay competitividad alguna entre la razón y la fe: una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización.

- La razón y la fe, por tanto, no se pueden separar sin que se reduzca la posibilidad del hombre de conocer de modo adecuado a sí mismo, al mundo y a Dios.

- En esta perspectiva la razón es valorizada, pero no sobrevalorada. En efecto, lo que ella alcanza puede ser verdadero, pero adquiere significado pleno solamente si su contenido se sitúa en un horizonte más amplio, que es el de la fe. En definitiva, el hombre con la razón alcanza la verdad, porque iluminado por la fe descubre el sentido profundo de cada cosa y, en particular, de la propia existencia.

**e. La aportación de la Revelación.**

- Si analizamos los desafíos que el pueblo elegido tuvo que afrontar y a los cuales dio respuesta, es porque descubrió que el conocimiento no se fundamenta solamente en una observación atenta del hombre, del mundo y de la historia, sino que supone también una indispensable relación con la fe y con los contenidos de la Revelación.

- La apertura al misterio que viene de la Revelación es fuente de un verdadero conocimiento, que permite a la razón entrar en el ámbito de lo infinito, recibiendo así posibilidades de compresión hasta entonces insospechadas, aunque el esfuerzo de la búsqueda no esté exento de la dificultad que supone enfrentarse con los límites de la razón.

**f. Relación entre la fe y la razón.**

- Desde un inicio, para hacerse comprender, el anuncio cristiano tuvo que confrontarse con las corrientes de pensamiento de la época que pretendían subordinar la verdad de la revelación a las interpretaciones de los filósofos.

- San agustín consiguió hacer la primera gran síntesis del pensamiento filosófico y teológico en la que confluían las corrientes del pensamiento griego y latino, sin identificar el contenido de su mensaje con los sistemas a que hacía referencia o limitar su obra a la sola transposición de las verdades de la fe en categorías filosóficas.

- Para san Anselmo de Canterbury la prioridad de la fe no es incompatible con la búsqueda propia de la razón.

- Santo Tomás de Aquino destacó la armonía que existe entre la razón y la fe.

La teología, en cuanto elaboración refleja y científica de la inteligencia de la revelación a la luz de la fe, no puede prescindir de relacionarse con las filosofías elaboradas de hecho a lo largo de la historia, tanto para algunos de sus procedimientos como también para lograr sus tareas específicas.

**III. La teología es una ciencia.**

**a. El concepto de ciencia**.

Para mostrar el carácter científico de la teología, antes hay que establecer el concepto de ciencia.
Si entendemos por ciencia solamente aquella disciplina caracterizada por una aproximación a la verdad, cuya exactitud es dirigida y verificada por una experimentación, ciertamente la teología no es una ciencia, puesto que lo científico sería sólo lo rigurosamente verificable a través de la experiencia que se puede medir y cuantificar.

Pero si entendemos como ciencia aquella disciplina que tiene un objeto y un método riguroso propios, con conclusiones que se pueden comunicar a otros; en

este sentido se puede hablar con todo derecho de ciencia histórica, ciencia bíblica, y ciencia teológica

La razón humana, en efecto, se sirve de todas las leyes del razonamiento y de las técnicas humanas, con todas las exigencias de la ciencia; concretamente en materia de método, de sistematización y de unidad; su actividad se ejerce de diversas maneras:

- Establece el hecho de la revelación en la historia, y el hecho de la Iglesia como depositaria y mediadora de esta Revelación a través de los siglos.

- Define la verdad revelada, demostrando que no es ni imposible ni desprovista de sentido, sino espléndidamente inteligible.

- Prosigue esa inteligencia fructífera de los misterios que define el Concilio Vaticano I en estos términos: “Cuando la razón, iluminada por la fe, busca con diligencia, piedad y prudencia, llega, con la gracia de Dios, a cierta inteligencia de los misterios que es sumamente fructuosa, y esto bien por los caminos de la analogía con los conocimientos naturales, bien por la revelación de los misterios entre sí y con el último fin del hombre” (DS 1796).

b. **Santo Tomás** por su parte mantiene el carácter científico de la teología basándose en dos argumentos:

- Se supone que la ciencia debe “tener evidencia” (es decir, poder ver la verdad) de los principios en base a los cuales se desarrolla. Pero también hay ciencias, llamadas ciencias subalternas, que se basan en principios recibidos de una ciencia superior. La ciencia subalterna no tiene evidencia de esos principios, pero la superior sí.

- La teología es una de estas ciencias subalternas. Se basa en las verdades de fe, cuya evidencia no la demuestra la teología: Sin embargo, hay una ciencia (un conocimiento cierto), superior a la teología, para la cual los principios sí son evidentes: es la ciencia de Dios. En efecto, la visión directa de los misterios existe en Dios, quien los revela a nosotros.

- Por tanto concluimos con Sto. Tomás que la teología es una ciencia, una ciencia que es subalterna de la ciencia de Dios

- También cobra razón de ciencia cuando logra construir racionalmente lo revelado de tal manera que determinadas verdades se presentan ligadas a otras como a sus raíces reales. Es decir, la teología es una ciencia porque hay «verdades-conclusiones» que parten racionalmente de «verdades-principios», de modo que resulte que ambas (conclusiones y

principios) sean igualmente reveladas. Es decir, es ciencia porque se logra obtener unas conclusiones de unos principios revelados de tal forma que las conclusiones también se puedan considerar reveladas.

Precisamente la importancia de la teología se cifra en que logra adquirir conclusiones más allá de lo revelado formalmente. Si esto no fuera así, no podríamos salir del Kerigma (repetir textualmente lo que nos dejaron los apóstoles), y nos perderíamos gran cantidad de verdades secundarias que parten de un desarrollo racional de la revelación y que, por tanto, también son verdades (cfr. Congar, Fe y Teología).

**c. La certeza de la fe.**

La fe es cierta, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. Ciertamente las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humas, pero "la certeza que da la luz divina es mayor que la da la luz de la razón natural" (Cfr. CEC 157)

La certeza de fe precede al trabajo teológico, asegurando su validez. En efecto, por su fe quien estudia la teología tiene como absolutamente ciertas unas verdades (que no podría conocer ni por su experiencia ni por su reflexión); en razón de esta certeza, se dedica a comprender el sentido de la Palabra de Dios.

Así, por ejemplo, cuando el estudiante de teología afirma que hay en Cristo dos naturalezas y una persona, tiene como absolutamente cierto que estas palabras corresponden a la realidad, y por eso intenta comprender esa realidad. Sin la fe, sin duda alguna lo rechazaría como imposible – ¡con lo que dejaría de conocer algo que es real y cierto!

Su trabajo tiene cierta semejanza con el estudiante de matemáticas, quien al final del libro puede comprobar el resultado correcto del ejercicio que acaba de realizar. Ello le permite saber que ha aplicado el razonamiento matemático de manera correcta, o que ha tenido algún error. Si ha errado, puede revisar su trabajo, llegando así a un conocimiento científico-matemático más exacto, gracias a la confianza que tiene en el autor del libro.

Si el teólogo no estuviera apoyado por su fe, se encontraría en la condición de aquel que lleva a cabo una investigación sobre una religión diferente de la suya, pero sin compartir su credo. En ese caso su estudio no sería ya la ciencia de Dios y de las realidades divinas reveladas y creídas, sino una ciencia sin principios (y toda ciencia, para serlo, tiene que tener sus principios). Por eso un ateo o un hereje formal no podrían ser considerados como teólogos en sentido propio.

## IV. Conclusiones catequéticas.

En la comprensión de la revelación, también la filosofía, además de la teología, tiene una notable importancia, pues aquella conlleva implicaciones filosóficas que deben estudiarse a la luz de la fe.

La reflexión filosófica puede contribuir mucho a clarificar la relación entre verdad y vida, entre acontecimiento y verdad doctrinal y, sobre todo, la relación entre verdad trascendente y lenguaje humanamente inteligible. La reciprocidad que hay entre las materias teológicas y los objetivos alcanzados por las diferentes corrientes filosóficas puede manifestar, pues, una fecundidad concreta de cara a la comunicación de la fe en la catequesis y de su comprensión más profunda.

**Una característica de las ciencias** es que parten de unos datos objetivos, que existen o se dan previa e independientemente del esfuerzo humano de la ciencia, que busca conocer y entenderlos. La fuerza de gravedad, o los interacciones atómicas, no son meras invenciones de la razón, que puedan ser aceptadas o negadas arbitrariamente al gusto de la física o la química.

De igual manera, la doctrina cristiana no se puede inventar o modificar a gusto.

- Viene normada por sus propios datos objetivos, que componen lo que se llama el depósito sagrado o depósito de la fe. Es la Revelación que la Iglesia ha recibido y custodia.

- La misma Iglesia no puede alterarlo, sólo respetarlo, cuidar que se conserve íntegro, y transmitirlo.

- Por eso es un absurdo "exigirle" a la Iglesia que "adapte" su doctrina a lo que pide la sociedad actual. Es pedirle que trate el contenido de su fe como una invención propia.

- Es igualmente absurdo –por no decir criminalmente negligente y abusivo- que cualquier teólogo o estudioso se tome la libertad de cocinarse su propia fe "cristiana". Resultaría tan poco profesional como un astrofísico que se sacara de la manga una galaxia inexistente para justificar su teoría favorita, o un periodista que manipulara las declaraciones de un personaje para que parezca decir lo que el periodista quiere, y no lo que dijo de verdad.

## Lecturas complementarias

En su *Proslogion,* Anselmo de de Canterbury se expresa así:

*«Dirigiendo frecuentemente y con fuerza mi pensamiento a este problema, a veces me parecía poder alcanzar lo que buscaba; otras veces, sin embargo, se escapaba completamente de mi pensamiento; hasta que, al final, desconfiando de poderlo encontrar, quise dejar de buscar algo que era imposible encontrar. Pero cuando quise alejar de mí ese pensamiento porque, ocupando mi mente, no me distrajese de otros problemas de los cuales pudiera sacar algún provecho, entonces comenzó a presentarse con mayor importunación [...]. Pero, pobre de mí, uno de los pobres hijos de Eva, lejano de Dios, ¿qué he empezado a hacer y qué he logrado? ¿qué buscaba y qué he logrado? ¿a qué aspiraba y por qué suspiro? [...]. Oh Señor, tú no eres solamente aquel de quien no se puede pensar nada mayor (non solum est quo maius cogitari nequit), sino que eres más grande de todo lo que se pueda pensar (quiddam maius quam cogitari possit) [...]. Si tu no fueses así, se podría pensar alguna cosa más grande que tú, pero esto no puede ser ». (Cfr. PL 158).*

*Benedicto XVI, Audiencia de los Miércoles 30 de enero de 2008, San Agustín Armonía entre fe y razón*

*Queridos amigos:*

*Después de la Semana de oración por la unidad de los cristianos volvemos hoy a hablar de la gran figura de san Agustín. Mi querido predecesor Juan Pablo II le dedicó, en 1986, es decir, en el decimosexto centenario de su conversión, un largo y denso documento, la carta apostólica Augustinum Hipponensem (cf. L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 14 de septiembre de 1986, pp. 15-21).[…]. La catequesis de hoy está dedicada, en cambio, al tema de la fe y la razón, un tema determinante, o mejor, el tema determinante de la biografía de san Agustín. De niño había aprendido de su madre, santa Mónica, la fe católica. Pero siendo adolescente había abandonado esta fe porque ya no lograba ver su racionalidad y no quería una religión que no fuera también para él expresión de la razón, es decir, de la verdad. Su sed de verdad era radical y lo llevó a alejarse de la fe católica. Pero era tan radical que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la verdad misma, que no llegaran hasta Dios. Y a un Dios que no fuera sólo una hipótesis cosmológica última, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida. De este modo, todo el itinerario intelectual y espiritual de san Agustín constituye un modelo válido también hoy en la relación entre fe y razón, tema no sólo para hombres creyentes, sino también para todo hombre que busca la verdad, tema central para el equilibrio y el destino de todo ser humano.*

*Estas dos dimensiones, fe y razón, no deben separarse ni contraponerse, sino que deben estar siempre unidas. Como escribió san Agustín tras su*

*conversión, fe y razón son "las dos fuerzas que nos llevan a conocer" (Contra académicos, III, 20, 43). A este respecto, son justamente célebres sus dos fórmulas (cf. Sermones, 43, 9) con las que expresa esta síntesis coherente entre fe y razón: crede ut intelligas ("cree para comprender") —creer abre el camino para cruzar la puerta de la verdad—, pero también y de manera inseparable, intellige ut credas ("comprende para creer"), escruta la verdad para poder encontrar a Dios y creer.*

*Las dos afirmaciones de san Agustín expresan con gran eficacia y profundidad la síntesis de este problema, en la que la Iglesia católica ve manifestado su camino. Históricamente esta síntesis se fue formando, ya antes de la venida de Cristo, en el encuentro entre la fe judía y el pensamiento griego en el judaísmo helenístico. Sucesivamente, en la historia, esta síntesis fue retomada y desarrollada por muchos pensadores cristianos. La armonía entre fe y razón significa sobre todo que Dios no está lejos: no está lejos de nuestra razón y de nuestra vida; está cerca de todo ser humano, cerca de nuestro corazón y de nuestra razón, si realmente nos ponemos en camino.*

*San Agustín experimentó con extraordinaria intensidad esta cercanía de Dios al hombre. La presencia de Dios en el hombre es profunda y al mismo tiempo misteriosa, pero puede reconocerse y descubrirse en la propia intimidad: no hay que salir fuera —afirma el convertido—; "vuelve a ti mismo. La verdad habita en lo más íntimo del hombre. Y si encuentras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo. Pero, al hacerlo, recuerda que trasciendes un alma que razona. Así pues, dirígete adonde se enciende la luz misma de la razón" (De vera religione, 39, 72). Con una afirmación famosísima del inicio de las Confesiones, autobiografía espiritual escrita en alabanza de Dios, él mismo subraya: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti" (I, 1, 1).*

*La lejanía de Dios equivale, por tanto, a la lejanía de sí mismos. "Porque tú —reconoce san Agustín (Confesiones, III, 6, 11)— estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mí, y más alto que lo supremo de mi ser" ("interior intimo meo et superior summo meo"), hasta el punto de que, como añade en otro pasaje recordando el tiempo precedente a su conversión, "tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había alejado también de mí, y no acertaba a hallarme, ¡cuánto menos a ti!" (Confesiones, V, 2, 2).*

*Precisamente porque san Agustín vivió a fondo este itinerario intelectual y espiritual, supo presentarlo en sus obras con tanta claridad, profundidad y sabiduría, reconociendo en otros dos famosos pasajes de las Confesiones (IV, 4, 9 y 14, 22) que el hombre es "un gran enigma" (magna quaestio) y "un gran abismo" (grande profundum), enigma y abismo que sólo Cristo ilumina y colma. Esto es importante: quien está lejos de Dios también está lejos de sí*

*mismo, alienado de sí mismo, y sólo puede encontrarse a sí mismo si se encuentra con Dios. De este modo logra llegar a sí mismo, a su verdadero yo, a su verdadera identidad.*

*El ser humano —subraya después san Agustín en el De civitate Dei (XII, 27)— es sociable por naturaleza pero antisocial por vicio, y quien lo salva es Cristo, único mediador entre Dios y la humanidad, y "camino universal de la libertad y de la salvación", como repitió mi predecesor Juan Pablo II (Augustinum Hipponensem, 21). Fuera de este camino, que nunca le ha faltado al género humano —afirma también san Agustín en esa misma obra— "nadie ha sido liberado nunca, nadie es liberado y nadie será liberado" (De civitate Dei X, 32, 2). Como único mediador de la salvación, Cristo es cabeza de la Iglesia y está unido místicamente a ella, hasta el punto de que san Agustín puede afirmar: "Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si él es la cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total es él y nosotros" (In Iohannis evangelium tractatus, 21, 8).*

*Según la concepción de san Agustín, la Iglesia, pueblo de Dios y casa de Dios, está por tanto íntimamente vinculada al concepto de Cuerpo de Cristo, fundamentada en la relectura cristológica del Antiguo Testamento y en la vida sacramental centrada en la Eucaristía, en la que el Señor nos da su Cuerpo y nos transforma en su Cuerpo. Por tanto, es fundamental que la Iglesia, pueblo de Dios, en sentido cristológico y no en sentido sociológico, esté verdaderamente insertada en Cristo, el cual, como afirma san Agustín en una página hermosísima, "ora por nosotros, ora en nosotros; nosotros oramos a él; él ora por nosotros como sacerdote; ora en nosotros como nuestra cabeza; y nosotros oramos a él como a nuestro Dios; por tanto, reconocemos en él nuestra voz y la suya en nosotros" (Enarrationes in Psalmos, 85, 1).*

*En la conclusión de la carta apostólica Augustinum Hipponensem, Juan Pablo II pregunta al mismo santo qué quería decir a los hombres de hoy y responde, ante todo, con las palabras que san Agustín escribió en una carta dictada poco después de su conversión: "A mí me parece que hay que conducir de nuevo a los hombres... a la esperanza de encontrar la verdad" (Ep., 1, 1), la verdad que es Cristo mismo, Dios verdadero, a quien se dirige una de las oraciones más hermosas y famosas de las Confesiones (X, 27, 38): "Tarde te amé, hermosura tan antigua, y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo, y me arrojaba sobre esas hermosuras que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me mantenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Llamaste y gritaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia, la respiré y suspiro por ti; te gusté y tengo hambre y sed de ti; me tocaste y me abrasé en tu paz".*

*San Agustín encontró a Dios y durante toda su vida lo experimentó hasta el punto de que esta realidad —que es ante todo el encuentro con una Persona, Jesús— cambió su vida, como cambia la de cuantos, hombres y mujeres, en cualquier tiempo, tienen la gracia de encontrarse con él. Pidamos al Señor que nos dé esta gracia y nos haga encontrar así su paz.*

**Autoevaluación**

1. ¿Qué es la teología?

2. ¿Por qué es importante la teología para comprender la Revelación?

3. ¿Por qué la certeza de la fe valida el trabajo teológico?

4. ¿En qué se diferencian el conocimiento fruto de la razón y el peculiar de la fe?

5. ¿El trabajo de la razón y el de la fe, son competitivos, complementarios, paralelos o subordinados uno al otro?

6. ¿Cuáles son los diversos órdenes de conocimiento humano?